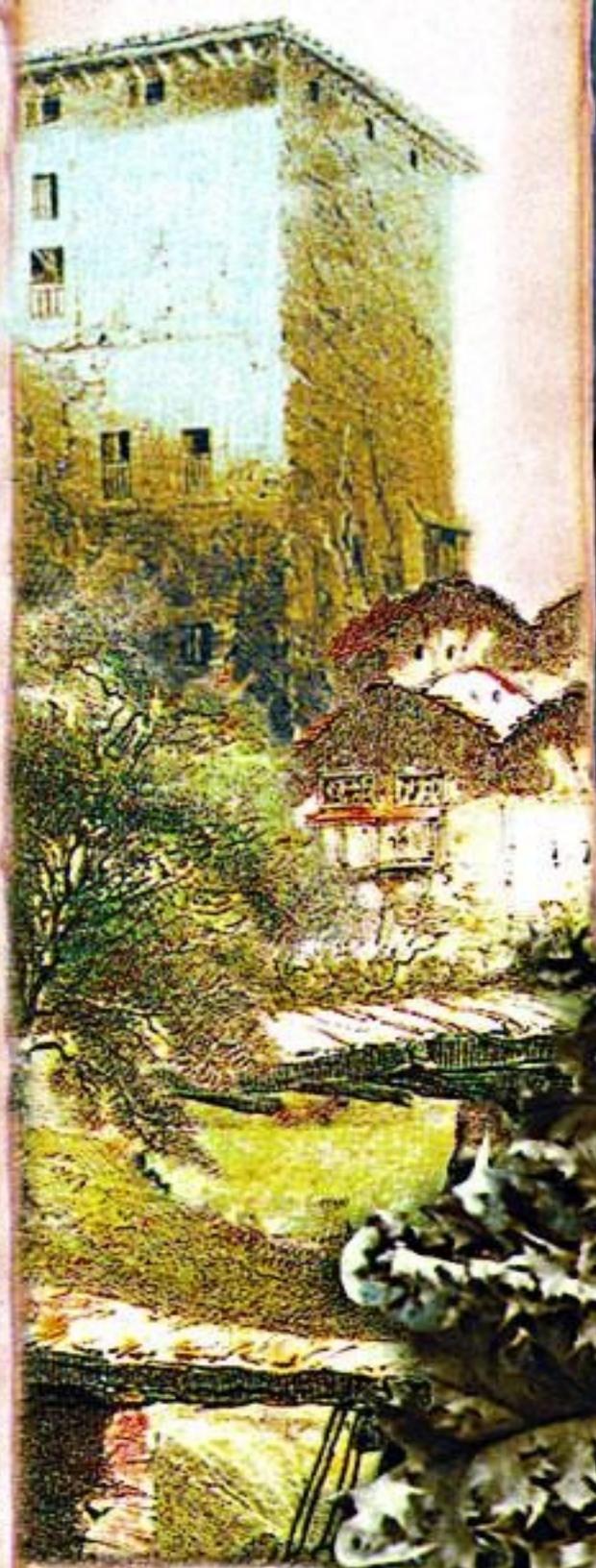


# El agote



*Gaizka  
Arostegi*



Lectulandia

Los agotes de Navarra, pocos en número, acantonados en los valles del Roncal y del Baztán, pasaban por ser descendientes de visigodos, de moros o de judíos. Eran mirados como sospechosos de herejía y se les consideraba inferiores socialmente; se les achacaba, además, supuestas enfermedades como la lepra. Solo podían ejercer determinados oficios como carpintero, leñador o tornero; no eran admitidos en los gremios y cobraban sueldos inferiores a los habituales. La costumbre, no la ley, prohibía el trato y el matrimonio con ellos. La diferenciación se llevaba incluso al terreno religioso.

Este es el escenario donde discurre el siguiente relato, que da comienzo en la primavera del año 1722, Narra, precisamente, la trágica historia de un amor imposible entre un joven agote y una doncella de noble estirpe. Cien años después de que aconteciese esta historia las Cortes de Navarra emanciparon a esta comunidad al prohibir que se les aplicasen nombres especiales o se les injuriase, y al reconocerles igualdad de derechos. La leyenda maldita ha perdurado, sin embargo. Hasta nuestros días.

**Lectulandia**

Gaizka Arostegi

# **El agote**

ePUB r1.3

orhi 25.10.13

Título original: *El agote*

Gaizka Arostegi, 2002

Editor digital: orhi

Corrección de erratas: nixkevan

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

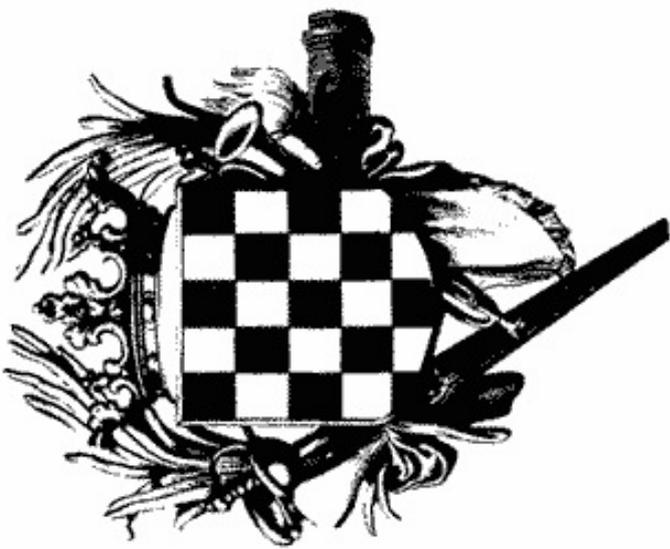
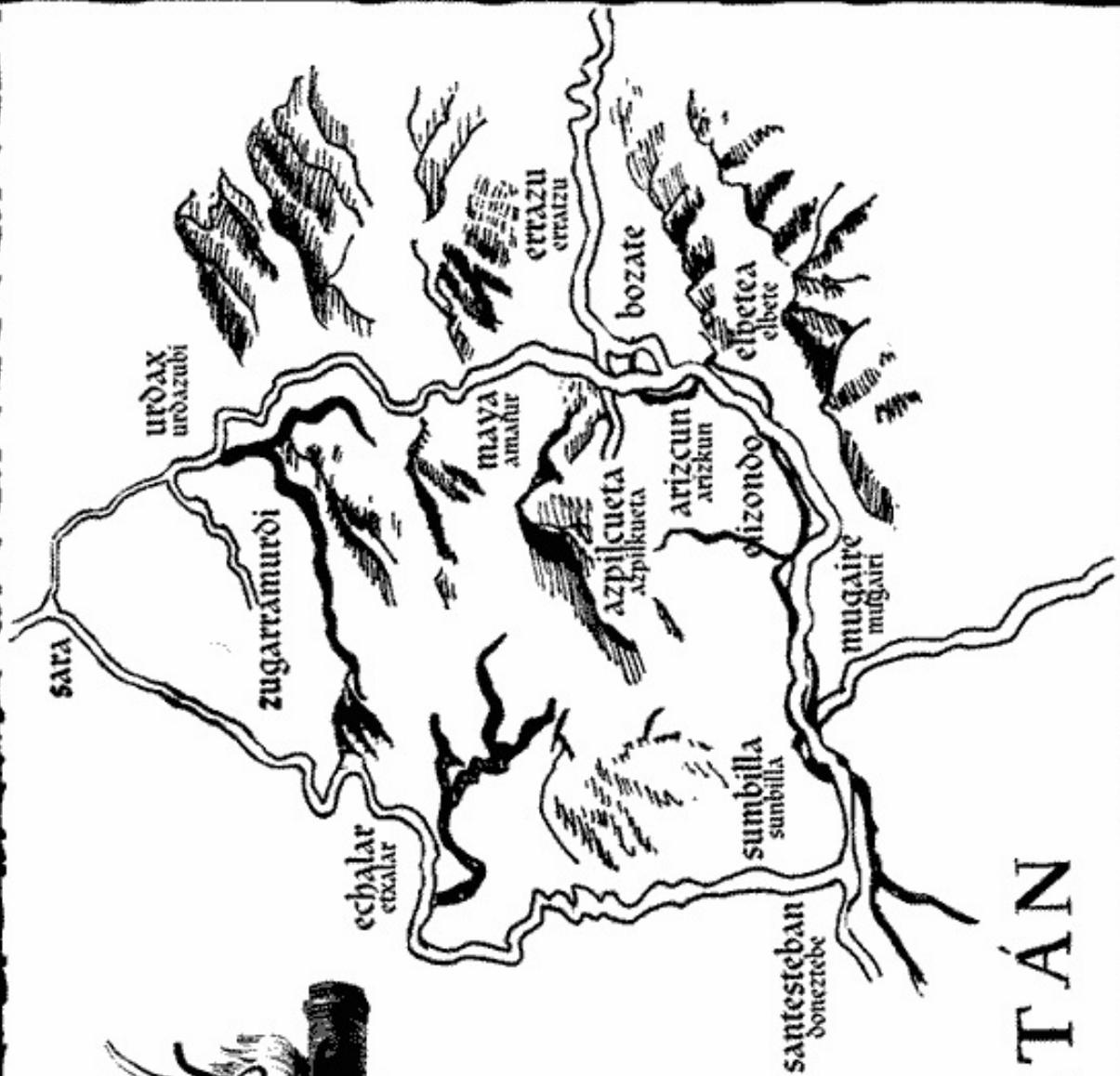
*Deseo dedicar esta novela a todos los que, de una manera u otra, me han ayudado a elaborarla, en especial, a Salvador Arostegi, Ana Castrillo, Jose Andrés Iza, Mikel Izkue, Nati López, Toti Martínez de Lezea, Jorge de Prado y Pello Salaburu.*

Para Nati.  
Para Ainhoa, para que crezca sin odio.

*Encuer que cagots siam  
nou nom dam;  
touts sen hills deu pai Adam.*

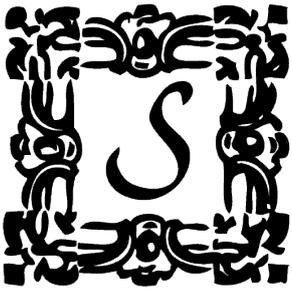
*Aunque seamos agotes,  
poco nos importan las palabras;  
todos somos hijos del padre Adán.*

*Poema anónimo escrito en occitano*



VALLE  
**DE BAZTÁN**

## Prefacio



*erá otoño cuando regrese al valle. El río estará bajo, pardos los campos. Habrán pasado las últimas palomas. Tal vez, si el frío se adelanta, la nieve cubra con su manto las cumbres más enhiestas. Los robles, los castaños, los alisos, mudarán su follaje en esos días. Las hojas lucirán ocre y doradas. Rojas como la sangre que correrá cuando consume mi venganza.*

*Abandonaré el barco en el puerto de Bayona. Lloverá. Las calles, esas mismas rúas silenciosas que me vieron partir hace ya mucho, me recibirán con la medida indiferencia que guardan para los extranjeros. Mis ojos contemplarán, sin una sola pizca de emoción, las enormes mansiones de los comerciantes más prósperos, las plazuelas cuajadas de tabernas, las huidizas figuras de los transeúntes que se atrevan a afrontar el aguacero. Habrán pasado veinte años desde que zarpé a bordo de aquel vetusto bergantín; roto, vencido, sin ella... con el alma vacía y el corazón partido en mil pedazos. El tiempo, que cicatriza algunas llagas, mantiene otras abiertas, lo mismo que esas ascuas que, agazapadas bajo las cenizas, tan sólo aguardan a que un viento propicio las avive para volver a desatar el incendio. Poco tengo ya que ver con aquel mozo idealista que, a popa, antes de que los últimos contornos de la costa desaparecieran tragados por la bruma, juró que volvería para desquitarse de cuanto le habían hecho. No obstante, aún permanece incólume en lo más hondo de mi ser aquel propósito: eso es lo que me ha ayudado a arrastrar tantos peligros, lo que me ha dado fuerzas para salir con bien de los terribles avatares que, desde entonces, han sobresaltado mi existencia.*

*Me demoraré unos días en la ciudad antes de dirigirme a la frontera. Será menester unir diversos cabos, contactar con algunas personas, ultimar los postreros detalles de mi plan para que todo salga a pedir de boca. No tendré prisa. Habré esperado tanto que unas pocas semanas no harán sino acrecentar todavía más mis ansias de revancha.*

*Por fin, cuando todo esté listo, cuando cada una de las piezas que con paciencia y tesón he construido encaje en su lugar correspondiente, contrataré a un cochero que me traslade hasta el valle. Cruzaré sin contratiempos la frontera. Todo estará arreglado, atado y bien atado de antemano. Quizá no pueda evitar que los sentimientos me traicionen al divisar desde lo alto del puerto los añorados paisajes de mi infancia; los mil tonos del campo, el ganado paciando en las laderas, los caseríos humeantes, la niebla adormilada en los regatos. A lo lejos, más que avistar, adivinaré los rojizos tejados de Bozate, el malhadado lugar en donde vine al mundo.*

*Será domingo. Las gentes de Arizcun, recién salidas de la iglesia, de ese lóbrego templo que tantos y tan intensos recuerdos me concita, contemplarán curiosas cómo*

un forastero embozado en negras vestiduras desciende del carruaje con un par de valijas por toda impedimenta. Se elevarán murmullos en el aire humedecido, desatinadas teorías acerca de quién es el desconocido enjuto y taciturno, de luengos cabellos y poblada barba, que cubre su cabeza con un sombrero ancho; de cuáles son los propósitos que le llevan hasta allí.

Pero, por mucho que lo intenten, ninguno de ellos conseguirá dar con la verdad. Nadie adivinará que el extranjero a que se refieren no es tal, sino que ha nacido a escasa distancia del lugar. No reconocerán en él a aquel joven agote que, por amor, por coraje, se atrevió a desafiar las leyes nunca escritas que imperan en el Baztán.

Despediré al conductor ante sus ojos atentos. Le daré una propina exagerada para que tengan de que hablar, para que se hagan aún más descabelladas sus elucubraciones. Todo el dinero que, lícita o ilegalmente, he amasado a lo largo de mi vida, ha estado abocado de un modo u otro hacia este fin; nada me impedirá gastarlo con una alegría que algunos calificarían de excesiva. Acto seguido, me giraré hacia ellos y les saludaré con fingida cortesía, llevando la punta de los dedos hasta el ala del tocado. Volverán la cabeza simulando indiferencia, aparentando vanamente no haber reparado en mi llegada. Sin embargo, ya habré localizado entre el gentío al hombre que busco. No me costará reconocerle a pesar del tiempo transcurrido. Puede que haya perdido el pelo, que esté manso, viejo, encorvado sobre sus hombros debido al paso de los años. No se percatará de que mis pupilas se clavan en su rostro igual que dagas, de que mis puños se cierran, y mi ceño se frunce, y mis labios se aprietan cual tenazas.

Haré venir a unos mocosos y les largaré algunas monedas para que carguen mi equipaje y me conduzcan a la fonda que se alza a un lado de la plaza. Cuando el posadero pregunte, le daré un nombre que no es el mío, la nueva identidad que ya he usurpado y que habrá de acompañarme hasta el fin de mis días. Usaré el habla del valle para acrecentar así la incertidumbre, para tornar todavía más desatinados los bulos y los rumores que, sin duda, derrocharán los lugareños. Después, encargará una copiosa comida y una botella de licor y, una vez dé buena cuenta de todo ello, subiré a la habitación y me derrumbaré sobre la cama.

Soñaré con ella. Llevo haciéndolo casi todas las noches de mi vida, incluso cuando he dormido arropado por el cuerpo desnudo de alguna otra mujer. Sonreirá. La abrazaré por un fugaz instante y, luego, cuando me encuentre a punto de besar sus labios de amapola, se escurrirá de entre mis manos con un gesto de horror desencajando su rostro hermoso y pálido.

Despertaré gritando, empapado en semen y en sudor. Al darme cuenta de dónde estoy, de que ya he vuelto al valle, abriré una de las valijas, sacaré de ella un estuche y, estremecido por el odio y la nostalgia, empuñaré con fuerza la pistola que no dudaré en utilizar cuando llegue el momento.

## I



El catorce de mayo de mil setecientos veintidós amaneció radiante. La primavera había comenzado con un tiempo inusualmente bueno, y ya los árboles estaban verdes y los campos en flor. Era como si el cielo hubiera querido bendecir con un sol de verano aquella fecha, señalada para cuantos moraban en el navarro valle del Baztán: Juan, primogénito de la casa de Arralde, contraería matrimonio con Isabel de Yrigoyen, la menor de las hijas de uno de los más respetados linajes de la zona. Los esponsales se llevarían a cabo a mediodía, en la iglesia de Santiago, en Elizondo, y todos los que poseían una cierta enjundia en la comarca, amén de varias decenas de importantes personajes, recién llegados tanto desde Pamplona como desde Madrid, Sevilla o Cádiz, e incluso desde más lejos, estaban invitados a las nupcias, que irían seguidas por los consabidos festejos, que se prolongarían durante varios días.

Aquel enlace, largo tiempo ambicionado por los progenitores de los novios, uniría con vínculos de sangre a ambas familias, de las más prominentes de aquellas verdes tierras, y las colocaría en una posición de privilegio que acrecentaría aún más su ya grande influencia.

Los prolegómenos de la boda habían sido, tal como correspondía a gentes de tan rancio abolengo, todo un acontecimiento por sí mismos. Los habitantes del valle habrían de recordar durante mucho tiempo los siete carretones tirados por bueyes emborlados que, tras las últimas proclamas, habían transportado el magnífico arreo de la novia desde el palacio de su padre, en Elizondo, hasta el solar de quien muy pronto se convertiría en su esposo, ubicado en la localidad de Arizcun. La caravana, solemne y jocosa al mismo tiempo, encabezada por uno de los hermanos de Isabel, había desechado la ruta más directa y había dado un rodeo a fin de atravesar diversas poblaciones de la vega, haciendo pública exhibición de su contenido. Los engalanados carruajes habían pasado entre chirridos por Elvetea, por Azpilicueta, por Maya y por Errazu lugares todos en los que los vecinos se habían echado a la calle, con una mixtura de envidia y de alborozo, a fin de contemplar la enorme cama con dosel, las ricas telas, los muebles primorosos, los arcones finamente tallados que contenían vajillas y otras piezas de valor. Ni los más viejos recordaban haber visto jamás un ajuar semejante al transportado por aquella comitiva, que tan sólo dejó de cruzar por Bozate, el barrio en donde residían los agotes, la raza maldita que todos despreciaban.

A lo largo y ancho de las últimas jornadas, un buen número de personas se había acercado hasta el predio de Arralde, en donde viviría el nuevo matrimonio, tanto para hacer entrega de sus obsequios como para desearles a los novios la mejor de las

fortunas. Criados y deudos, amigos y rivales, pastores, labradores, comerciantes, arrendatarios de las tierras que ambas familias poseían... todos ansiaban unirse a aquella celebración que había sacado a la comarca de su habitual letargo. Ni los vecinos más hostiles, que llevaban centurias litigando contra los palacianos a fin de poner coto a los privilegios de estos últimos, habían dejado de presentarles cortésmente sus respetos. Los humildes, a falta de otra cosa, ofrecían menaje, verduras, o pequeños animales de cría que serían servidos en los fastos, mientras que, quienes disfrutaban de una prosperidad mayor, habían rivalizado lo mismo en esplendidez que en buenos deseos a la hora de descubrir sus ofrendas ante los ojos ajenos. No obstante, mucho o poco, barato o caro, ninguno de los visitantes llegó con las manos vacías al recio cabo de armería del padre de Juan. Eran proverbiales los fuertes lazos de paisanaje que imperaban en el valle, y todos sus naturales, ricos o pobres, preclaros o mezquinos, alardeaban por igual de la pureza de su sangre, así como de la hidalguía que, desde antiguo, les estaba reconocida a cuantos habían nacido en el Baztán.

Durante los días anteriores a la ceremonia, habían ido llegando, uno tras otro, los invitados provenientes de otros pagos. No eran pocos los hijos de la tierra — segundones imposibilitados para heredar la hacienda de sus mayores a causa de las estrictas leyes que imperaban a la hora de transmitir el mayorazgo— que habían hecho fortuna tanto en la Corte madrileña como en Andalucía y en las Américas. Gracias, en gran medida, al oro de estos emigrados, las principales familias habían construido a lo largo de las últimas décadas enhiestos palacetes cuyas fachadas presidían imponentes escudos en los que destacaba el tablero de ajedrez que el rey Sancho había otorgado a los baztaneses como recompensa al arrojo mostrado frente al infiel en la batalla de las Navas de Tolosa. Todo estaba dispuesto para los esponsales. Sería una jornada inolvidable. Incluso el Virrey había prometido venir desde Pamplona para honrar con su presencia al nuevo matrimonio. Algo estaba cambiando en la comarca. La prosperidad, antaño esquiva, comenzaba a vislumbrarse en aquellas montañas apartadas. Después de tan largo tiempo de calamidades y penurias, Dios parecía haber vuelto sus ojos hacia ellos.

Martín llevaba un buen rato levantado para cuando cantó el gallo. Era un muchacho esbelto y musculoso, de mirada penetrante y porte gallardo, curtido por el paso de diecinueve inviernos. Tenía la tez pálida y las facciones anchas, la frente despejada, los miembros poderosos y bien proporcionados. Su cabello rojizo y sus ojos azules proclamaban a los cuatro vientos su pertenencia a la raza de los agotes. No hubiera conseguido ocultar aquel origen aun en el caso de haber sentido la tentación de hacerlo.

Dio cuenta de un frugal desayuno a base de queso curado, de pan de maíz y de castañas, y se humedeció la cara con el agua que su madre había acarreado desde el

arroyo próximo. Haría calor esa jornada. Los de Arralde estarían satisfechos. Incluso el sol se ponía de su parte.

De pronto, se abrió la puerta de la calle y una joven airosa hizo su aparición en el umbral. Se trataba de Catalina, la hermana pequeña de Martín, con quien guardaba un parecido extraordinario. Su faz estaba engalanada con una amplia sonrisa. Vestía cual si fuera domingo.

—¿Estás listo? —dijo la chica, con voz de cascabel—. Llegaremos tarde.

Él asintió en completo silencio. No parecía especialmente satisfecho ante la perspectiva de asistir a la boda que uniría al mayor de los de Arralde con la menor de los Yrigoyen. Era el único bozatarra que estaría presente en aquella ceremonia. Los deudos de los contrayentes habían invitado a los esponsales cuando menos a un representante de cada una de las principales familias del valle. Por supuesto, se habían cuidado mucho de no hacer extensivo el convite a ningún agote. Aquello hubiera sido algo inimaginable, una auténtica afrenta tanto para los novios como para las demás gentes que asistirían a las nupcias. Además, los presuntuosos dueños de Arralde siempre se habían distinguido, incluso en mayor medida que el resto de sus convecinos, a la hora de hacer patente su animadversión para con los nativos del barrio. Martín asistiría en calidad de txistulari. Era bien conocida la destreza de los de su casta a la hora de hacer sonar ese instrumento y el joven había sido requerido para que alegrase la jornada con su música. En un principio, había decidido rehusar aquel ofrecimiento, pero las palabras de su padre, que le había rogado que accediese a fin de no deteriorar todavía más las ya pésimas relaciones que mantenían los suyos con los habitantes de la comarca, terminaron por convencerle de que lo mejor era tragarse el orgullo y aceptar. Amaba y respetaba a sus mayores. Lo haría por ellos.

Ana, la madre, terminó de arreglar el atuendo de su vástago. Deseaba que fuera pulcro y elegante, con la ropa sin mácula, el rostro rasurado y el cabello reluciente. Se sentía orgullosa de Martín. Estaba convencida de que no había un joven en todo el Baztán que pudiera comparársele ni en apostura, ni en arrojo, ni en generosidad. Quería que, cuando tocara, ni uno solo de los convidados pudiera dejar de volverse hacia él para observarle con secreta admiración. Poco importaba que luego comentasen con desprecio que no se trataba más que de un agote. Serían la envidia y el despecho los que indujeran a hablar así a aquellos engreídos que siempre les miraban por encima del hombro. Alisó la camisa de lino de su hijo y se solazó al contemplarle tan bizarro.

—Alta la cabeza, Martín. Jamás te avergüences de lo que eres.

El chico se irguió en toda su estatura y besó las mejillas de la mujer que le había traído al mundo. Muchos de los de su raza caminaban igual que sombras por las calles, evitando alzar la vista del suelo al cruzarse con los demás pobladores del país; vencidos, temerosos, más humillados que humildes. Él nunca lo haría. Algún día

demostraría a aquellos perlutas pagados de si mismos que un agote podía ser tan bueno como cualquiera de ellos. Se volvió hacia su hermana, que esperaba impaciente sobre el suelo de tierra de la cocina, estancia en torno a la que gravitaba la vida en la modesta morada. Catalina estaba allí, lozana igual que un lirio. Pese a que sólo tenía quince años, ya se adivinaba en ella a la mujer que estaba llamada a ser a no tardar. Hizo una señal con la cabeza y, sonriendo, ambos jóvenes salieron de la casa dejando a su madre apoyada en el marco de la puerta.

Bozate, el barrio en donde se agrupaba la mayor parte de los agotes de la comarca, estaba enclavado en un altozano que se alzaba a escasa distancia del río que otorgaba su nombre al Baztán. Lo componían más de medio centenar de viviendas de paupérrimo aspecto, nada que ver con los arrechos caserones que jalonaban el valle de cabo a rabo. Sus vecinos, que subsistían hacinados en reducidas y hediondas estancias, carecían tanto de permiso como de medios para erigir aquella clase de construcciones que tanto admiraban. También les estaba prohibido usar distintivos heráldicos u otro tipo de blasones que adornaran las fachadas, así como hacer carbón y confeccionar cal con que abonar los huertos o blanquear las paredes. Poseer ganado o utilizar los terrenos comunales de los que disfrutaban los demás lugareños tampoco les estaba permitido.

En sus inmediaciones se elevaba, imponente, el antiguo torreón de los Ursúa, con sus troneras y sus cubos, su barbacana, su foso y su puente levadizo. Sus señores, pese al declive que en los últimos tiempos padecían la mayor parte de los palacianos, eran propietarios de los lugares en que se alzaba la miserable aldea. Se trataba de gentes furibundas que empleaban a los bozatarra a guisa de siervos, obligándoles a trabajar para ellos como y cuando lo considerasen oportuno. Igualmente debían los agotes, además de pagar una elevada pecha anual, pedirles su consentimiento a la hora de casarse, de levantar una morada o de talar un árbol. Una lúgubre fama sobrevolaba las almenas del baluarte: hacía años, uno de sus hijos había asesinado junto al altar de la ermita aledaña a su esposa, la misma noche de su boda, al darse cuenta de que estaba embarazada. Se contaba que, para huir sin ser hallado, había colocado del revés las herraduras del rocín, despistando de ese modo a los perseguidores que reclamaban su cabeza. Otro de sus vástagos, Pedro, había capitaneado en las Américas la malhadada expedición que se internó en la jungla en busca de Eldorado, pero Lope de Aguirre, más artero y sanguinario, le quitó la vida antes de rebelarse contra el Emperador y proclamar su independencia respecto a la Corona. Lo demás estaba consignado en los libros de historia.

Martín colocó una manta en el lomo del asno que aguardaba hociqueando junto a la puerta. Catalina cabalgaría sobre el animal, con ambas piernas hacia un lado, como era menester entre las mujeres del país, mientras que él caminaría delante, cogidas las riendas en la mano. Llevaba puestas unas gastadas abarcas de cuero que, antes de

entrar en Elizondo, reemplazaría por un calzado, prestado por un pariente, más acorde a la categoría de la celebración a que se dirigían. Cuando estaban a punto de partir, Nicolás, el padre de los muchachos, salió de un habitáculo anexo a la vivienda, en donde ejercía su oficio de carpintero. Su cabello, ya cano, se hallaba recubierto de polvo y de virutas. Apartó el sudor que le bajaba por la frente y observó a su hijo con el ceño fruncido. Sabía de su carácter impulsivo y temía que aquello le causara algún problema. La gente bebería en exceso esa jornada y nadie podía predecir lo que un perluta ebrio era capaz de hacer. Las contadas personas de su raza que osaban aparecer en las romerías de la zona resultaban a menudo apaleadas por los exaltados mozos baztaneses, quienes, de tan expeditivo modo, reafirmaban el odio y la exclusión que imperaban en el valle. El hombre caminó hasta donde aguardaba la pareja y apoyó ambas manos sobre los hombros del chico.

—Tened cuidado, hijos míos —exclamó con el semblante ensombrecido—. Dadme vuestra palabra de que no os meteréis en pleitos.

Catalina esbozó una sonrisa dulce, en tanto que, Martín, inclinó la cabeza en completo silencio.

—Júramelo —insistió el carpintero.

Él asintió quedamente. Nicolás pareció darse por satisfecho con aquella promesa y despidió a sus retoños con un gesto. En cuanto les vio alejarse por el camino que llevaba a Elizondo retornó a la faena en el taller.

La iglesia de Santiago se encontraba llena a rebosar. Además de los numerosos invitados a la boda, eran muchos los curiosos que no habían querido perderse tamaña ceremonia. No todos los días se celebraban semejantes fastos en el Baztán. Las primeras bancadas se hallaban ocupadas por los deudos de ambos contrayentes, además de por las personalidades arribadas de allende las montañas. Por parte de los de Arralde destacaba Lope, el venerable patriarca que, pese a los muchos años con que contaba y a la enfermedad que, según las malas lenguas, le corroía poco a poco las entrañas, se erguía en su todavía imponente estatura, ataviado con ricas vestimentas que le hacían parecer más joven. A su alrededor, se ubicaban sus hermanas, así como los consortes de estas. También estaba su hija, prudente y hermosa, sentada con la cabeza gacha junto a él. Juan era el único varón que le sobrevivía al otrora fiero señor, el vástago destinado a sucederle al frente del mayorazgo y a perpetuar el antiguo apellido de la casa.

Al lado izquierdo del altar mayor se congregaba la numerosa parentela de la novia. El ya anciano Teodoro, hombre esforzado, bajo cuya dirección habían alcanzado los Yrigoyen su máximo apogeo, aparecía rodeado de sus muchos descendientes: Julián, el primogénito, que a la muerte del padre habría de erigirse en cabeza del clan; Carlos y Enrique, que, gracias a la tutela y al apoyo de sus tíos, habían hecho carrera en la Corte madrileña; Luis, que había optado por la religión;

Pedro, que comenzaba a ostentar cargos relevantes en la milicia... Isabel era la única hembra que había parido su esposa quien, débil de salud y avejentada, encorvada por el peso implacable de los años y por los muchos embarazos, había preferido quedarse en el palacio, atendida por sus fieles sirvientas.

Aquel matrimonio lo habían pactado los adustos cabezas de familia mucho tiempo atrás, nada más producirse el nacimiento de la novia. De antaño provenía la rivalidad entre aquellos linajes —agramonteses unos, beamonteses otros— y, aunque los tiempos habían cambiado y tanto Teodoro como Lope habían mantenido unas más que correctas relaciones a lo largo de sus vidas, ambos ancianos confiaban en que, mediante ese casamiento, los seculares rivales devinieran en amigos y aliados de cara al incierto futuro que se avecinaba. Sumando las tierras, las rentas y las influencias de ambas familias, serían pocos quienes en la zona se atrevieran a no plegarse a sus designios.

En eso mismo pensaba el ambicioso Juan mientras el párroco, ataviado con una espléndida casulla donada por los de Arralde, le preguntaba si aceptaba a Isabel por legítima esposa. El novio giró la cabeza sobresaltado y contempló a la que dentro de escasos minutos se convertiría en su consorte. Pese a no ser especialmente hermosa, la hija de Teodoro de Yrigoyen tenía un cuerpo esbelto y bien formado, unos ojos azules y limpios que denotaban dulzura y sumisión; además, era bastante menor que él, que ya estaba a punto de dejar atrás la juventud. Parecía sana y le daría muchos hijos. Era consciente de que la muchacha constituía un buen partido, de lo mejor que podía encontrarse en el valle. El amor no contaba. A veces, incluso surgía con el tiempo, pero él adivinaba que no iba a ser así en aquel caso.

El fraile repitió la frase. La tensión podía respirarse. El silencio pesaba igual que plomo. El apóstol Santiago, a horcajadas de su blanco caballo, blandía una espada en la cimera del retablo. Juan alzó la cabeza y exclamó con voz tonante.

—Sí, quiero.

Martín aguardaba a que la ceremonia terminase cómodamente instalado frente al pórtico. Catalina se hallaba en un discreto segundo plano, apostada junto al asno a la sombra de unos árboles. Ambos jóvenes habían preferido abstenerse de entrar en la iglesia a sabiendas de que la presencia de un par de agotes hubiera despertado todo tipo de recelos entre los congregados. Ni era domingo ni fiesta de guardar, con lo cual no estaban obligados a asistir a los oficios. Además, para hacerlo, los miembros de su familia acostumbraban a llegarse hasta el convento que había junto al puente de madera y piedra que, más que unir, separaba los terrenos de Bozate de los de Arizcun. Allí la animosidad para con los de su raza era menor que en otras partes.

Había pasado el rato charlando animadamente con su hermana. Veía a la chica emocionada, deseosa de contemplar con sus propios ojos a todos aquellos invitados llegados de tan lejos; gente importante, ataviada con regias vestimentas; hombres y

mujeres distinguidos que en poco se parecían a los seres mezquinos que se cruzaban con ella jornada tras jornada. Comprendía su estado de ánimo. El observar, aunque fuera de manera furtiva, a aquella inusitada multitud, la convertiría por unos días en la moza más envidiada de Bozate. Sonrió pensando en las descripciones con las que obsequiaría a cuantos quisieran escucharla. Tenía una imaginación desaforada que, a menudo, la convertía en blanco de las chanzas de sus convecinos. A él no le hubiera gustado que fuese de otra forma. La amaba por ser como era.

De improviso, la barahúnda de conversaciones producida por quienes abandonaban el edificio religioso le arrancó de sus cavilaciones. La ceremonia había terminado: Juan de Arralde e Isabel de Yrigoyen ya eran marido y mujer. Las campanas repicaban por ellos. Martín empuñó el txistu y se acercó.

Los asistentes se desperdigaron formando un abanico en torno a la puerta del templo. Se congregaban en pequeños corrillos en los que comentaban a media voz los pormenores y anécdotas de la celebración; los adustos ademanes de los notables, las condescendientes monsergas del cura, el semblante rígido del novio y las calmas maneras de la novia. Al poco, comenzaron a asomar las personalidades venidas de otras tierras. Había algunos comerciantes establecidos en el lejano Caribe o en las aún más remotas Filipinas, pero la mayoría eran baztaneses asentados en Madrid, segundones que, agrupados en la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, habían alcanzado posiciones relevantes en la Corte: antes, con los Austrias; ahora, una vez decidida a su favor la guerra por la sucesión, tomada a sangre y fuego Barcelona y firmada la paz en Utrecht, con la recién avenida dinastía de los Borbones. Aquellos prebostes iban escoltados por los familiares de ambos recién casados, que habían mandado confeccionar para la ocasión elegantes atavíos y lucían sus más amplias sonrisas, encantados de dejarse ver en aquella compañía. Por último, flanqueados por sus orgullosos progenitores, entre vítores y flores, efectuaron su aparición Juan e Isabel. Parecían relajados. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Martín llevó la boquilla del *txistu* hasta los labios y comenzó a soplar. El sonido melodioso de la flauta vibró en el aire tibio de aquella primavera, inusualmente benigna, como si se tratara del trinar de un ruiseñor. Convocados por las alegres notas, varios varones formaron una hilera frente al nuevo matrimonio y pasaron, uno tras otro, ante la pareja, descubriéndose en señal de respeto y deseándoles, con un *aunitz urtez*, que su felicidad durase muchos años. Una vez concluido el desfile, la música cambió y se hizo más alegre. Los hombres ejecutaron diestramente una *mutildantza*, aquel baile que habían danzado sus mayores antes que ellos, en honor a Juan e Isabel, quienes observaron sus evoluciones con la cabeza alta y el semblante satisfecho.

Entonces, justo al final de la segunda pieza, Martín alzó la testa y abrió de par en par los párpados hasta ese instante entornados. Se sintió desfallecer. Su mirada

acababa de toparse con la cara de un ángel. Situada en las inmediaciones de los recién desposados, rodeada de mujeres más viejas que ella, estaba la criatura más hermosa que hubiera visto nunca. Se trataba de una muchacha delgada y menuda, apenas una niña, que le observaba de soslayo. Su faz era ovalada y su cutis de nácar. Tenía unos ojos marrones y profundos, llenos de vida, que refulgían bajo el radiante sol del mediodía. Su cabello se adivinaba castaño y liso bajo el tocado de algodón que le cubría incluso el cuello.

El joven creyó que sus piernas resultarían incapaces de mantenerle en pie. Se le secó la boca. Se le nubló la vista. Su corazón comenzó a galopar como si fuera un potro desbocado. Por un momento eterno, fugaz, inolvidable, sus pupilas se encontraron con las de aquella moza que, al verse descubierta, bajó la vista, azorada, y se escondió tras los corpachones de las matronas que la circundaban. La sangre bulló en las venas de Martín. El aire escapó de sus pulmones. El txistu sonó del mismo modo en que maúllan los gatos cuando se les pisa el rabo. Todas las caras se volvieron hacia él.

A partir de ese instante, la jornada perdió todo el interés que hubiera podido tener para el muchacho que, pese a ello, continuó tocando de la mejor manera en que fue capaz. Los dedos de su mano izquierda se movían a gran velocidad tapando y destapando los cuatro orificios del instrumento, mientras que, con la derecha, percutía rítmicamente el tamboril valiéndose de una baqueta. Mas su cabeza, su corazón, su ser entero, se encontraban en un lugar remoto, lejos de aquel gentío bullicioso que comía y bebía desenfrenadamente, sin prestar excesiva atención a la música. La fiesta, de proporciones pantagruélicas, que seguía a la ceremonia, se celebraba, gracias al espléndido tiempo reinante, en un prado aledaño al recientemente renovado palacio de los Yrigoyen. Los criados habían llevado a cabo su trabajo a conciencia y las enormes mesas estaban bien surtidas tanto de viandas como de bebida. Puede que los arribados de la Corte, entre ellos varios parientes e hijos del padre de la novia, que habían aportado el capital necesario para reverdecer los antiguos laureles del linaje, no se sintiesen en exceso impresionados por aquel banquete interminable, pero para los nativos, sobre todo para los más humildes, aquellos eran manjares que no podían permitirse degustar sino en las grandes ocasiones. Había cordero, vaca, buey, pollo, embutidos, patatas, frutas y hortalizas, pasteles, dulces y confituras de diferentes clases... Para libar, los padres de ambos novios habían hecho traer desde el sur de la provincia varias carretas cargadas con odres de vino tinto y claro, y, desde la vecina Francia, olorosos licores, que, sin duda, harían las delicias de los paladares más exigentes. Tampoco faltaba la chispeante sidra del país. La servidumbre iba y venía sin descanso, llenando hasta rebosar copas y vasos. Los platos en ningún momento carecían de alimentos.

Martín apenas probó nada de lo que le llevó una doncella cuyo rostro se crispaba

cada vez que se veía en la obligación de aproximarse a él. Estaba inquieto, confuso, excitado. La mayoría de las mujeres se había retirado al interior de la enorme casona cuya fachada observaba él con disimulo, tratando de encontrar tras las ventanas el diáfano rostro de la joven que le había cautivado. Le resultaba imposible olvidarla. Su cuerpo, su mirada, su sonrisa, acudían a su mente cada vez que entornaba los párpados. No podía evitarlo. Se había enamorado igual que un tonto.

La tarde constituyó un tormento interminable para el chico, que creía atisbar la blanca faz de la muchacha en cada movimiento de los visillos y se perdía en febriles elucubraciones concernientes a ella. Jamás había experimentado nada parecido a lo que notó al verla: fuego en las venas, plomo en los miembros, tempestades en el alma. Si aquel sentimiento que inflamaba su pecho era el amor, deseaba quemarse por los cuatro costados en su llama. Al volverse sorprendió a su hermana Catalina, que se había quedado en un sitio apartado, contemplándole fijamente con el ceño fruncido.

Martín realizó todo el camino de vuelta a casa sumido en un mutismo ensimismado que resultaba extraño en él. Era un muchacho de natural alegre, risueño y optimista, pese a que el hecho de nacer agote en aquellos parajes constituía una condena que ofrecía escasos resquicios a la dicha. El sol se había puesto tras los montes y el frescor de la noche iba dejándose notar. Se escuchó el ulular de una lechuza. En lo más hondo de su ser se mantenía, imborrable, el recuerdo de la joven con quien había cruzado la mirada tras la boda. No podía dejar de pensar en ella un solo instante. Su rostro sereno y ovalado, sus ojos de miel, sus labios de frambuesa, los brunos cabellos que se adivinaban bajo el tocado... Era el ser más hermoso que hubiera visto nunca. Su entereza se había resquebrajado con estrépito. En su interior se abría un agujero.

Catalina marchaba silenciosa a lomos del pollino. Observaba de soslayo el semblante ensombrecido de su hermano. Era una moza callada e inteligente que había adivinado desde el primer momento la causa de aquella súbita aflicción. No obstante, se guardó de comentar nada al respecto. Estaba estrechamente unida a Martín y lo último que querría sería causarle daño alguno.

Para distraerse, para evitar pensar en lo que estaba ocurriendo, repasó mentalmente los numerosos detalles de la boda que había almacenado en su memoria: el elegante vestido que lucía la novia, los extraños atuendos de los forasteros, los deliciosos manjares degustados, los cánticos, las danzas... Al día siguiente se los repetiría una y mil veces a sus amigas, a su madre, a sus tías y primas... Aquello les proporcionaría tema de conversación durante una larga temporada y haría más llevaderas las tareas en que se ocupaban las mujeres del barrio: tejer, lavar, planchar, cocinar, además de criar a los hijos y mirar por la buena marcha de la casa.

Cuando los tejados de Bozate se perfilaron a lo lejos, Catalina miró a su hermano emocionadamente y le habló con un tono repleto de cariño.

—Mejor será que olvides a esa chica, Martín. Ella es Inés, la flor de Arralde, y tú no eres sino un agote sin fortuna.

## II



a luz lechosa de la aurora encontró a Inés despierta junto a la ventana de su alcoba. El rostro de la joven se veía pálido y ojeroso; ni aquella noche ni ninguna de las anteriores había sido capaz de conciliar el sueño. Nada más entornaba los párpados se introducía en su inconsciencia la figura, esbelta y huidiza, del muchacho que tocaba el txistu en la boda de su hermano. Desde el mismo momento en que se encontraran sus miradas, a la salida del templo, su corazón había perdido el ritmo, sus pulmones el aliento, su alma el sosiego necesario para retornar a la tranquilidad. Le resultaba complicado dejar de pensar en él por un momento. Aquel buen mozo la había cautivado sin remedio.

Los ágapes realizados tras la ceremonia habían concluido finalmente. Habían sido cuatro días de comilonas desaforadas, de licor y de manjares, de derroche y de cánticos, que sin duda darían de que hablar por mucho tiempo a todos los habitantes del valle, tanto a cuantos habían tomado parte en ellos como a quienes no habían tenido la fortuna de hacerlo. Durante las dos primeras jornadas los festejos habían tenido lugar en el palacio de los Yrigoyen, mas la tercera mañana, después de rezar el ángelus, los invitados abandonaron Elizondo para dirigirse, en gozoso cortejo, hacia la casa de Arralde, solar del linaje del novio en donde, además, residiría el nuevo matrimonio. Si Teodoro no había reparado en gastos a la hora de agasajar a los asistentes a los esponsales de su hija, el habitualmente huraño Lope, aunque menos sobrado de recursos que su consuegro, no parecía dispuesto a quedarse atrás y, a lo largo de un par de días memorables, su predio de Arizcun, y por extensión el pueblo entero, se convirtieron en la sede de una francachela de proporciones colosales en la que no faltaron ni los yantares, ni el vino, ni la danza, que era algo más que un simple pasatiempo para los baztaneses. A pesar de que la lluvia había deslucido un tanto la última tarde, todos se encontraban satisfechos. Los convidados, incluso los de mayor riqueza y rango, no escatimaban halagos para con ambas familias. Ninguno olvidaría fácilmente aquella celebración. El honor de los ancianos patriarcas estaba a buen recaudo.

Inés había aguardado con impaciencia a que el jolgorio terminara. Prefería el silencio al bullicio, la soledad a aquellas aglomeraciones de comadres ruidosas, de varones borrachos cuyas voces enronquecidas no cesaban de proferir frases soeces que ofendían los oídos de las criadas obligadas a atenderles. Era una muchacha callada y sensible que no gustaba de relacionarse en demasía con sus semejantes, que se ensimismaba en un universo propio, pleno de ensoñaciones y de fantasía que, de algún modo, la hacía sentirse muy lejos de allí, vivir otras vidas distintas a la suya. Decían que, además de en el físico, también en eso se parecía a su madre, muerta

poco después de nacer ella.

Durante los últimos días había vagado por los pasillos de la casa como si fuera un alma en pena. No conseguía concentrarse en lo que hacía. El obligado trato con las mujeres que, convidadas junto con sus maridos a la boda, estaban alojadas en la vivienda, se había tornado un auténtico martirio. No se le hacía fácil soportar aquella cohorte de alcahuetas parlanchinas que ni por un momento cesaban de cuchichear a sus espaldas, que exigían, que ordenaban, que iban y venían por las dependencias del palacio con los altivos ademanes de una reina. Aquella reiterada falta de solicitud para con las huéspedes, aquel atolondramiento crónico en que se hallaba sumida, provocaron que tanto su padre como su hermano se dirigiesen a ella para recriminarle su actitud. La chica bajó la cabeza, sumisa, y trató de poner su mejor cara ante aquella reprimenda. Lo cierto era que no lo hacía por malicia. Algo estaba cambiando en su interior.

Tras los visillos, la claridad del alba iba ganándoles la partida a las últimas sombras de la noche. Trotaban los caballos en los prados. En las laderas pacían las ovejas. Los postreros jirones de una bruma que había sido espesa se enredaban entre las copas de los robles. Apoyó la cabeza en el cristal. Estaba húmedo y frío. Dolía. A lo lejos, más allá de la vaguada por la que discurría el río, se adivinaban los tejados de Bozate, el lugar cuyo nombre ni tan siquiera osaba pronunciar.

Entornó los ojos y recordó con nitidez, cual si estuviera sucediendo nuevamente, lo que había acontecido hacía pocos días, tras el enlace entre su hermano e Isabel. La ceremonia había sido larga y aburrida. El cura se había explayado con profusión aprovechando el desusado número de personas relevantes que componían la audiencia y no se había recatado a la hora de reclamar dineros con los que embellecer y restaurar los viejos templos, o con los que edificar nuevas iglesias a lo largo y ancho del valle entero. La gente se veía impaciente, deseosa de que la misa terminara para que diesen comienzo los festejos. Ella estaba contenta. Quizá el matrimonio le sentara bien a Juan. Tal vez limara las aristas de su tosco carácter, sus ásperos modales, su genio intempestivo, sus repentinas iras. Además, confiaba en que la presencia de Isabel trajera un soplo de aire fresco a la lóbrega mansión en que moraba. Habían pasado varios años desde que la última de sus primas se casara y, a partir de aquel momento, su vida había discurrido con más pena que gloria, marcada por la tristeza y el silencio, por un hermetismo empeinado que, a menudo, se le antojaba atroz y tornaba la atmósfera irrespirable. Su cuñada era poco mayor que ella y parecía una mujer agradable. Estaba convencida de que llegarían a ser buenas amigas. Además, no tardarían en venir los niños, pequeños sobrinos a los que mimar, chiquillos juguetones con quienes compartir alegrías y sonrisas, con quienes soñar despierta a la espera de que su padre le dijese que había llegado para ella la hora de tomar marido.

En eso pensaba aquel radiante mediodía de los esponsales mientras, apostada detrás de sus parientes, contemplaba cómo los hombres del valle danzaban en honor a los recién casados. La música subía y bajaba en el ambiente cargado de alborozo. Las primeras golondrinas revoloteaban inquietas en el cielo. Entonces, quizá por una burla del destino, o porque estaba escrito en algún lugar que así ocurriera, giró la cabeza hacia la izquierda y su mirada se encontró con las pupilas brillantes del joven txistulari. De repente, sus piernas flaquearon, su pecho empezó a arder, su corazón se puso a galopar con las punteras fuera del estribo. Aquel mozo le pareció el ser más apuesto que hubiera contemplado nunca. Bajó los ojos avergonzada ante tales pensamientos, que consideraba impropios de ella.

Desde ese instante la existencia había cambiado completamente para Inés. Las emociones que la embargaban no poseían ni cabeza ni pies. Eran intensas, contradictorias, amargas y dulces a la vez. Intuía que debía cerrar a cal y canto las puertas de su alma, que lo mejor era erigir murallas, tapar resquicios, colocar cerraduras y candados en torno a sí; mas resultaba imposible ponerle diques al tempestuoso mar de sus sentimientos. Se trataba de una batalla perdida de antemano.

Se consoló diciendo que aquello no era sino una locura pasajera, un capricho de las antojadizas lamias que moraban en lo más hondo del bosque, un extraño encantamiento que se iría llevado por el viento, igual que había venido. La vida era como era, no como uno deseaba que fuese. Había algunas cosas que ni tan siquiera podían concebirse en aquel valle de mil verdes distintos que se aferraba ferozmente a sus tradiciones y a su historia. Ella no tardaría en casarse. Un buen día, más temprano que tarde, su padre y su hermano le indicarían que debía tomar por marido al varón que hubieran elegido para ella, y no podría decir que no. Siempre había sido así. Las muchachas de su clase se desposaban con indianos que les doblaban en edad, pertenecientes a menudo a su propia familia, que regresaban al terruño enriquecidos después de hacer las Américas; o con hijos del país que habían prosperado en las finanzas en Madrid, o en el comercio en Cádiz o en Sevilla; o, en el mejor de los casos, con miembros de otros linajes relevantes de la zona. En eso consistía su destino y jamás osaría rebelarse contra él. Estaba educada para acatar sin rechistar la voluntad de sus mayores.

La imagen del airoso txistulari volvió a colarse subrepticamente en sus pensamientos. Hizo memoria. Aquella no era la primera vez que reparaba en él. De niña, antes de que Lope la enviara a Pamplona para ser educada por las monjas, creía haberle visto en diversas ocasiones, a la salida de la iglesia. También recordaba que, en una oportunidad, se habían encontrado en el propio palacio de Arralde. Él acompañaba a un hombre, quizá su padre, que había venido a efectuar algún arreglo. Ya entonces habían intercambiado una sonrisa, justo antes de que una criada le expulsara a empellones de la estancia. Inés no había conseguido olvidar aquella cara.

Se apartó de la ventana y, reclinándose sobre el lecho, comenzó a sollozar en silencio. Había algo más; una certeza en la que procuraba en vano no pensar, un presentimiento que la mortificaba, haciendo más intenso el desasosiego que afligía su alma: una voz en su interior le avisaba de que aquel muchacho era un agote.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. El saberse prendada de un miembro de la raza maldita la llenaba aún más profundamente de amargura. Poco sabía de aquellas gentes que, aunque moraban cerca de ellos, al otro lado del río, todos evitaban como si fueran apestados. Las habladurías contaban que se trataba de seres pérfidos y mentirosos, que eran arteros, taimados, que despleaban mil y una triquiñuelas con tal de conseguir sus siempre turbios objetivos. También se decía que no eran verdaderos creyentes y que en las noches de luna llena caían presos de un hechizo inexplicable y vagaban desnudos por los prados, cometiendo todo tipo de tropelías y actos impúdicos. Había quien aseguraba que despedían un olor hediondo, que sus orejas tenían los lóbulos pegados, que no producían mucosidades, que sus pies descalzos infectaban la tierra que pisaban, que el contacto con ellos acarrearía enfermedades incurables y locura... Algunos juraban por lo más sagrado que ocultaban un rabo bajo sus vestimentas.

Inés había crecido oyendo esas historias, respirando el mismo desprecio para con ellos que el resto de sus vecinos, hurtando la mirada y la palabra a aquellos individuos de cuya inferioridad no cabía duda alguna. Eso la hacía sentirse todavía más desorientada. El semblante de aquel joven no denotaba ningún rastro de maldad. Su rostro era armonioso; sus ojos, límpidos como el cielo de verano. Quizá entre los agotes hubiera alguno bueno. Puede que él fuera diferente a los otros bozatarra.

El sonido de la puerta al abrirse arrancó a la muchacha de aquellas elucubraciones. Se giró. De pie bajo el marco estaba Fermina, la sirvienta que la había criado desde la muerte de su madre. Era una mujer entrada en años, en carnes, en supersticiones, que llevaba en la casa desde niña. Inés la contempló con renovado interés.

—Deseo preguntarte una cosa... —musitó al cabo de un rato—. ¿Por qué despreciamos a los agotes?

La anciana arqueó las cejas, confundida. Ella volvió a tomar la palabra.

—Quiero decir que algo habrán hecho para merecer nuestro desdén, para que les odiamos de ese modo...

Fermina pareció pensar una respuesta. Su tono fue tajante.

—En cierta ocasión, la Virgen María les preguntó por el camino de Errazu, y ellos le señalaron el de Maya. La engañaron.

Martín hizo un alto en la faena para beber un trago de agua fresca. Hacía calor y el sudor se deslizaba a chorretones por su frente. Pese a su juventud, el muchacho comenzaba a descollar como carpintero. Había aprendido aquel oficio de manos de su

padre, quien, a su vez, había sido adiestrado por el suyo, fallecido algunos años antes. La mayoría de los varones de Bozate se ocupaba en labores parecidas. Eran canteros, molineros, tejedores... Debido a que les estaba prohibido poseer terrenos o ganados, utilizar pastizales y bosques comunales, no tenían otra opción que dedicarse a aquellos menesteres y ganarse el sustento merced a la destreza de sus manos. No resultaba extraño que los vecinos del valle dejaran de lado su secular menosprecio y les encomendasen la confección de sus muebles y aperos, de sus telas, de los magníficos escudos con que engalanaban las fachadas de sus casas. En el Baztán, lo mismo que en casi todas partes, también podía más el dinero que el orgullo. Todos sabían que les pagaban bastante menos de lo que hubieran dado a cualquier otro por una faena similar, pero los agotes carecían de otra fuente de ingresos y se resignaban a su suerte, aceptándola como algo inevitable, como un designio divino contra el que nada cabía hacer.

Durante las últimas semanas, el joven se había refugiado en el martillo y en la lima, en el cepillo, en la gubia, en la sierra y en el formón, tratando así de mantener la cabeza ocupada, pero el recuerdo de Inés le atormentaba noche y día, rondaba con insistencia en torno a su cerebro, sin que pudiera espantarlo de ningún modo. Estaba inquieto e irascible. Casi no hablaba y apenas probaba la comida. Por mucho que lo intentara no conseguía apartar de su cabeza la imagen de aquella bella criatura.

Martín sabía que su hermana tenía toda la razón. Debía olvidar lo antes posible a aquella chica. En caso contrario, no sólo conseguiría romperse el corazón, sino que, además, terminaría por causar graves complicaciones, tanto a sí mismo como a quienes más quería.

Salió al exterior del cobertizo y posó la vista en la lejanía. Las edificaciones de Arizcun se dibujaban al otro lado del río plagado de truchas, de las arboledas que crecían en su orilla, de los prados poblados de ovejas. En la construcción más grande habitaba su amada. Suspiró con pesadumbre. Una joven de tan ilustre linaje jamás se fijaría en alguien de su posición, en un apestado, en un don nadie que no podía ofrecer sino su amor y su trabajo, un corazón repleto de cariño y unas manos callosas que la lastimarían en caso de acariciarla. Incluso aunque no hubiera sido un bozatarra las posibilidades de que la familia de Inés viera con buenos ojos una relación de aquella índole eran completamente nulas. Ella se hallaba destinada a otros quehaceres, a unos brazos distintos a los suyos. Trató de convencerse de que la mirada que había cazado al vuelo el día de la boda había sido producto de la casualidad, de que no iba dirigida a él, sino a otra persona; mas algo en el fondo de su ser le hacía aferrarse a la hipótesis contraria de la misma manera en que uno se agarra a un clavo ardiendo.

Recordó aquella sonrisa con que una vez le obsequiara la moza en su palacio. No eran más que unos niños y él había ido a ayudar a su padre a realizar un trabajo que

nunca cobrarían. Soñó durante muchas noches con aquel rostro inmaculado. No consiguió la paz en largos meses. Luego, ella abandonó el pueblo y no la volvió a ver hasta la boda. Inés había regresado convertida en una auténtica mujer, en una moza serena y rutilante que le había robado el corazón.

Martín maldijo su suerte en voz muy baja. Agote. Tal era la palabra que los habitantes del valle utilizaban como si fuera un insulto insuperable, el vocablo que le espetaban a quien querían ofender, haciendo gala de un tono preñado de odio que congelaba la sangre de las venas.

Pensó en el sino malhadado de su gente. ¿Cuál era su pecado? ¿Qué terrible afrenta le habían infligido sus antepasados al Altísimo para que este hiciera recaer sobre ellos tamaño castigo? Ignoraba el delito que había acarreado tan severa condena, pero, sin duda, tenía que haber sido muy grave. El Señor, en su cólera infinita, había incluso borrado de la memoria de su pueblo las huellas de su propio origen. Los agotes desconocían quiénes eran, de dónde provenían, qué hacían en aquellos parajes apartados. Carecían de patria, de historia, de destino... Ni tan siquiera poseían el consuelo de un muro contra el que lamentarse por su suerte. Se asemejaban a un árbol sin raíces que, en cuanto se secase, sería devorado por el tiempo y el olvido sin que quedase ni el más mínimo vestigio de su existencia.

Martín sintió que un profundo vacío se iba apoderando de su alma. Trató de hacer balance. En mayor o menor medida, los de su raza estaban diseminados por todo el extremo occidental de la cordillera pirenaica, tanto en la vertiente norteña como en la meridional; en Aragón y en Navarra, en la Gascuña y el Bearn, en las onduladas tierras labortanas y en la escarpada Soule... mas en ningún sitio había tantos, ni tan discriminados, como en Bozate. No se sabía con certeza ni cuándo ni por qué habían arribado sus antepasados a aquellas latitudes. En algunos lugares les llamaban *cagots*, en otros *gaffos* o *gezitanos*, en bastantes *chrestiens*, *lazarinos* o *mesillos*, y en diversas comarcas eran conocidos como *cafards*, *cassots* o *gahets*. Lo único que tenían en común aquellos nombres era que se pronunciaban con idéntico desdén, que constituían un estigma, una barrera imposible de saltar. Los agotes vivían sin mezclarse con el resto de los pobladores de la zona. En todos y cada uno de los parajes en donde habían recalado se les trataba de forma parecida: segregación, desprecio, rechazo, exclusión, saña... aquellos eran los vocablos que mejor definían la desdichada existencia de los varios millares de mujeres y hombres cuyo único delito consistía en haber venido al mundo —nadie elige su cuna— en el seno de aquella estirpe réproba.

Tampoco estaba clara su procedencia. Algunos aseguraban con vehemencia que se trataba de godos que se habían afincado en aquellas montañas huyendo de los árabes que conquistaron la península. Otros, defendían con idéntico ahínco justo lo contrario: que eran sarracenos salidos con bien del descalabro de Poitiers. También

había quien afirmaba que sus ancestros provenían de Occitania y que no eran sino herejes cátaros o albigenses que habían conseguido escapar de las matanzas y persecuciones perpetradas por los reyes franceses contra los de su secta. La versión de que antaño habían sido leprosos expulsados de sus hogares poseía no poca aceptación entre determinada audiencia.

Martín frunció el ceño con desgana. Casi nada sabía del pasado, pero no le costaba adivinar que el porvenir se presentaba tan oscuro como el presente en que vivían. La existencia no era fácil en el Baztán, pero resultaba aún mucho más dura en el barrio proscrito de Bozate. En la aldea escaseaba la comida, ya que tan sólo podían cultivar un mínimo huerto y criar pequeños animales domésticos dentro de las mismas casas que habitaban. Allí residían hacinados, expuestos a todo tipo de enfermedades y epidemias que la falta de higiene propiciaba. Cuando una familia aumentaba, cuando había una boda o un bautizo, se erigía un tabique para hacer dos piezas de lo que había sido una, o se alzaba un pequeño cubículo anexo a la morada, en donde se acomodaban los recién llegados. Era cierto que ya no debían portar un distintivo que delatara su condición a simple vista. Durante siglos, sus congéneres fueron obligados a lucir un ribete de color rojo en los ropajes, o a llevar cosido a la espalda un trozo de tela con forma de pata de gallo. Tampoco su relación carnal con quien no fuera de su casta se castigaba ahora con la muerte, mas continuaban siendo unos proscritos. Nadie se acercaba a sus casas. Todos les señalaban con el alargado dedo de la inquina, de la animadversión, del fanatismo. Las gentes les evitaban cual si estuvieran apestados. Cuando un navarro deseaba probar la limpieza de su sangre, debía acreditar que no descendía ni de judío, ni de moro, ni de agote.

Sintió que sus puños se crispaban, que sus mandíbulas temblaban con rabia contenida, que en su interior la sangre hervía. Tenía un natural altivo e indomable que hacía que aquella situación no le resultara sencilla de sobrellevar. Veía a los suyos vivir humillados jornada tras jornada, año tras año, generación tras generación, sin hacer nada por poner coto a las tropelías que les prodigaban los perlutas más hostiles. Callaban. Agachaban la cabeza avergonzados. Esquivaban las miradas ajenas cual si fueran culpables de algún crimen. A veces, los más valientes o los más hartos interponían un pleito que indefectiblemente devenía en agua de borrajas. Los magistrados solían darles la razón, pero aquellas sentencias jamás eran llevadas a la práctica y se quedaban en buenas palabras que, a la postre, nunca servían para cosa alguna.

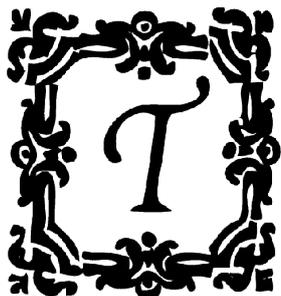
El cerebro de Martín bullía preso de una avalancha de pensamientos contrapuestos. Escaseaba la esperanza. Las sensaciones le golpeaban igual que puñetazos. Resultaba evidente que de ningún modo podría cambiar aquel estado de cosas; había muchos y muy poderosos intereses que procurarían por todos los medios que el oprobio continuase hasta el día del Juicio Final. El muchacho reflexionó con

calma y llegó a la conclusión de que únicamente le quedaban dos salidas: la primera consistía en acatar algo que se le antojaba inaceptable y continuar sufriendo en silencio aquella infamia; la segunda, en emigrar.

No era la primera vez que acariciaba aquella idea. El mundo no terminaba en las montañas que circundaban el valle. Pudiera ser que, en realidad, comenzase más allá del Saioa, del Gorramendi, del Auza, del Alcurrunz... A lo mejor en otros pagos, en tierras lejanas al Baztán, nadie hubiera oído nunca hablar de los agotes. Tal vez a quienes allí habitaban les diese lo mismo que lo fueran. Quizá existieran países en donde los hombres vivían en armonía unos con otros, sin importarles el lugar de nacimiento, el color del cabello o de la piel, los prejuicios creados por el desconocimiento y la ignorancia.

Su hermana Catalina tenía razón, volvió a repetirse Martín: tenía que olvidar a Inés de Arralde. Era necesario que desterrase de sus pensamientos a aquella hermosa criatura; mas no parecía empresa fácil, pues se hallaba completamente prendado de ella. Su corazón latía enfebrecido, preso de un arrebato ardiente y ciego que había echado raíces en lo más hondo de su ser. Estaba descubriendo que el amor resultaba al mismo tiempo vela y ancla; que era viento y era lastre, felicidad y sufrimiento, rosa y espina... e intuyó que, entre los distintos tipos posibles de cariño, aquel que a él le invadía —un sentimiento secreto, prohibido, desgarrado, sin esperanza— era el más fuerte de todos. Y quien caía preso de aquella fiebre se encontraba dispuesto a cualquier cosa con tal de estar junto al ser querido.

### III



odavía humeaban los rescoldos de la hoguera cuando Inés abandonó el palacio de Arralde rumbo a la iglesia de Arizcun. Era casi mediodía. Junto a ella, erguidos y a buen paso, rezumando dignidad, caminaban su padre, su hermano, y la esposa de este, Isabel. Todos iban ataviados con costosos ropajes. Tanto Lope, cuya salud, quizá por mor de los excesos realizados durante los esponsales de su hijo, había empeorado ostensiblemente a lo largo de las últimas semanas, como Juan, vestían paño oscuro de Segovia, casaca con botones plateados, chupa, polainas y calzas; los zapatos eran acharolados y se hallaban provistos de lustrosas hebillas repujadas. Las dos cuñadas, en cambio, lucían una preciosa blusa con ribetes, jubón, falda hasta los tobillos, sobresaia, chal y calzado de tacón bajo. Ambos hombres tenían la testa coronada por vistosos sombreros de tres picos, en tanto que Isabel se tocaba con un pañuelo sin mácula cuyas puntas colgaban hacia atrás. Inés, al ser soltera, llevaba la cabeza descubierta, con el cabello recogido en una larga trenza que le caía por la espalda hasta rozar casi la cintura.

La localidad celebraba con pompa sus fiestas patronales en honor a San Juan Bautista. La noche más corta del año acababa de pasar con su carga de ritos ancestrales. Aquella costumbre de encender grandes fogatas cuando el sol estaba a punto de ocultarse tenía un origen remoto. Era una tradición que hundía sus raíces en la noche de los tiempos y que, en cierto modo, conectaba a quienes la perpetuaban con sus antepasados, proclamando el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de la esperanza sobre la desesperación, de la vida sobre la muerte. Las gentes colocaban en la puerta de sus casas el *eguzki lore*, la flor del cardo con forma solar cuya presencia preservaba de los malos espíritus, de los seres de la noche, de los rayos y del mal de ojo. También adornaban balcones y ventanas con ramas de fresno o de espino albar, o alfombraban los umbrales con ciertas flores que luego conservaban y tornaban en infusión a lo largo del año; hacerlo protegía contra diversas enfermedades. Los campesinos ponían manojos de hierba encendida sobre los útiles de labranza para favorecer las cosechas, o saltaban sobre las fogatas, o pasaban tres veces por la hendidura de un roble. La misma Inés se había levantado antes del alba a fin de caminar descalza sobre la hierba empapada de rocío; aquello aseguraba un óptimo estado físico por los siguientes doce meses.

Los habitantes de Arizcun aguardaban ansiosos la llegada de aquel día durante el resto del año. Todos los hijos del pueblo, incluso los que vivían en los barrios más alejados, en los caseríos más inaccesibles, en las bordas del monte, acudían al centro en aquella jornada, plena de gozo y de ajeteo. Quienes atesoraban un mayor

patrimonio se cubrían con vistosos atuendos y depositaban pingües sumas de dinero en los cepillos de madera que pasaban los acólitos a media misa. Los que no tenían sino lo justo para comer iban tan pulcros y aseados como los ricos, pese a que sus vestimentas en nada pudieran compararse a las de aquellos. Las ovejas ya estaban esquiladas y, en los siguientes días, los rebaños serían conducidos a los pastos más altos. Por unas horas se olvidaban las disputas y los pleitos. Era el momento de ver y de ser visto, de intercambiar sucedidos y anécdotas, de cruzar chanzas y cánticos con los amigos que residían en otras poblaciones. A veces, gentes que habían conseguido medrar en tierras extranjeras recalaban en la localidad y convidaban a beber a los conocidos entre sonrisas, lisonjas y aspavientos.

Una vez terminada la misa mayor reinarían el bullicio y la alegría. Correría la sidra. Sonarían los versos y la música. En la plaza se cortarían troncos y se alzarían pesadas piedras, mientras que, en el costado de la iglesia, los zagales más diestros se medirían en reñidos partidos de pelota. Las mujeres criticarían esto y lo otro, y los ancianos rejuvenecerían por unas horas, recordando los tiempos venturosos en los que ellos tomaban parte en el trajín festivo. Entre tanto, los muchachos charlarían interesadamente con las esquivas mozas y acaso surgiera algún romance. Después, llegaría el turno de la danza, que era lo que los lugareños en mayor estima tenían.

Los de Arralde se pasaron despreocupadamente por la principal calle de la localidad. Tanto el viejo Lope, que efectuaba esfuerzos sobrehumanos para no desmayar, como su hijo Juan, recibían con satisfacción las felicitaciones a cuenta de la boda y de los festejos que habían seguido a esta. Ambos hombres veían así halagada su enorme vanidad y se hinchaban, engreídos, lo mismo que uno de aquellos pavos llegados hacía poco desde las Indias. Isabel, por su parte, devolvía con gesto amable los cordiales saludos que le dirigían las mujeres del pueblo. Inés caminaba junto a su cuñada, con la mirada atenta y el semblante ensombrecido. En su corazón anidaban por igual la esperanza y la amargura. Ansiaba y temía al mismo tiempo encontrarse con el joven agote de quien, a pesar suyo, se hallaba secretamente enamorada. Era improbable que viniera, pero ¿quién podía saberlo? Justo cuando creyó atisbarle entre el gentío repicaron las campanas convocando a los fieles a la misa.

Martín respiró fuerte antes de dar el paso. Era consciente de que lo que se proponía hacer habría de acarrearle numerosos problemas. No obstante, estaba decidido; el amor que sentía le dotaba de alas y le impedía actuar de otra manera. A lo largo de las últimas semanas su corazón había librado un duro pulso en contra de su cabeza, y había resultado triunfador. La suerte estaba echada. Su ánimo no le traicionaría a última hora.

Se encaminó sin titubeo hacia la iglesia. Se había emboscado entre la muchedumbre a la espera de que todos los habitantes de Arizcun estuvieran en el

interior del templo. No deseaba soportar ni una sola vez más la humillación que significaba acceder al recinto sagrado a través de la portezuela que los de su raza se veían forzados a utilizar. Pese a que, atendiendo a las reiteradas protestas de los de Bozate, el Papa León X había publicado tiempo atrás una bula por la cual se obligaba a los clérigos del Baztán a no discriminar a los vecinos de dicho barrio, la mayoría de estos religiosos habían hecho caso omiso del mandato pontificio y continuaban con el mismo trato vejatorio que desde siempre habían dispensado a los agotes.

El muchacho atravesó el umbral con los furtivos ademanes que empleaba cuando pescaba truchas en los arroyos en los que se les prohibía estar. Su corazón percutía igual que un mazo. Un nudo atenazaba su garganta. Era la primera vez que tenía el valor de plantar cara a las injustas normas que imperaban en el valle. Se sentía excitado. Fuerte.

En un primer momento, nadie pareció percatarse de su irrupción. Caminó, sigiloso, hasta el aguabenditera labrada en la pared y se santiguó con el líquido que había en ella. Los bozattarras se veían obligados a utilizar una concha diferente, así como otra pila bautismal; se les achacaba que, de usar el mismo recipiente, podían contaminar a las gentes de bien. Además, a la hora de comulgar, siempre lo hacían los últimos, y el pan se les administraba del revés. Hasta para algo tan sacro era patente el menosprecio con el que se les trataba en aquel pueblo.

Echó una mirada al interior de la repleta nave. Cada cual ocupaba su lugar en ella, ateniéndose meticulosamente a los mandatos que el tiempo y la costumbre habían establecido hacia mucho. Delante, junto a la reja contigua al altar mayor, se ponían los niños, en hilera; los de Arizcun a un lado y los de Bozate, más delgados y andrajosos, al otro, sin mezclarse. En el centro, bajo la bóveda de cielorraso, estaban las mujeres, cada una en su reclinatorio; rezaban en voz baja y acariciaban con devoción las cuentas del rosario. Las de su barrio se agrupaban en las últimas filas, en la zona más oscura, no fueran a mancillar las sepulturas que jalonaban el suelo. Arriba, en el coro, se ubicaban los varones. Los agotes tan sólo tenían permitido ocupar la parte trasera de dicha estancia y estaban separados de los arizcundarras mediante un cordón que iba de un extremo a otro de ella.

En aquel preciso instante, justo cuando se disponía a ascender las escaleras que conducían hasta la parte superior, don Anselmo, el cura, descubrió a Martín erguido en medio del umbral. No le cupo la más mínima duda ni de por dónde había entrado, ni de en qué pila se había persignado. Su rostro avejentado se puso lívido. Enmudeció su boca en pleno sermón y su mirada colérica fulminó al joven cual si este hubiera cometido el mayor de los sacrilegios. Las caras se volvieron al mismo tiempo. La voz ronca del clérigo se elevó hacia la cúpula a modo de bramido. El muchacho quedó paralizado. Tres hombretones descendieron del coro y, a empujones, sacaron al mozo de la iglesia y le obligaron a entrar en ella por la puerta lateral. Los feligreses

asintieron complacidos y el párroco prosiguió con el oficio como si nada hubiera sucedido. Antes de terminar la misa, censuraría con dureza aquel atrevimiento.

Cuando subió las escaleras, escoltado por aquel amenazador trío, Martín creyó ver el rostro de Inés girado disimuladamente hacia él. Acertó a captar una leve sonrisa en su boca. Se sintió el ser más feliz del universo.

Concluida la misa, la muchedumbre abandonó la iglesia haciendo gala de una exagerada parsimonia. En los alrededores de la plaza, a la sombra de los árboles frondosos, de los aleros de las casas, comenzaban a formarse los primeros corrillos: comadres encorvadas que criticaban con indignación la osadía de aquel desvergonzado agote, ancianos que intercambiaban opiniones acerca de la siega, del clima o del ganado, mujeres risueñas que hablaban de sus cosas a media voz... Las jóvenes casadas llevaban pañuelo blanco, mientras que las solteras iban con la cabeza descubierta, el cabello sedoso y bien peinado, recogido en prietas trenzas mediante lazos de colores. Tanto unas como otras hacían gala de una medida coquetería y portaban faldas lilas o encarnadas, sobrecaya, medias y zapatos con tacón y hebillas, pañoleta o chal. De sus orejas colgaban pendientes nacarados y muchas exhibían en torno al cuello un pequeño crucifijo de plata. En las tabernas, entre trago y trago, los mozos empezaban a cruzar desafíos a tal o cual prueba de destreza o de fuerza. Algunos gritaban sin recato tratando de llamar la atención, en tanto que otros daban saltos o forzaban poses inverosímiles con la mirada puesta en las muchachas que fingían ignorarles. Se respiraba un ambiente relajado. Aquel año había habido suerte con el tiempo.

Martín salió del templo acompañado por las miradas iracundas de buena parte de la feligresía. Alzó la testuz, retador, y se demoró en las inmediaciones del pórtico haciendo oídos sordos a los reproches que zumbaban en el aire lo mismo que abejorros. Fue de aquí para allá, con los sentidos alerta, hasta que su pecho se encogió igual que un fuelle cuando avistó a la mujer que amaba abandonando la iglesia junto a sus familiares. Esbozó un torpe gesto de saludo. Los labios de Inés se distendieron cual si una mariposa se hubiera posado sobre ellos. Aquello le llenó de gozo. No estaba loco. No soñaba. No se trataba tan sólo de quiméricas figuraciones suyas. Aquella hermosa moza sentía algo por él. Lo había vislumbrado en sus ojos de melaza.

Con el corazón henchido de felicidad, corrió en busca de sus amigos, a quienes encontró cuando ya se disponían a regresar al barrio. Uno de ellos le recriminó con frases cortantes lo que había hecho, aunque él no le prestó atención ninguna. Trató de convencerles para que se quedaran, pero fue en vano: la mayoría de los bozataras preferían pasar en Arizcun el menor tiempo posible. No se les permitía tomar parte en el baile, ni se les atendía en la posada. Tampoco les admitían en los juegos o en los versos. Además, los lugareños se dedicaban a humillarles en voz alta y a entonar

cantinelas despectivas para con ellos. Todo aquello les empujaba a poner pies en polvorosa cuanto antes. En su terreno se sentían más tranquilos.

Martín desistió de hallar compañía y deambuló por el pueblo abarrotado, tan solo como si fuera un apestado. Su mirada, inasequible al desaliento, iba de aquí para allá tratando de ver nuevamente a la chica que le había robado el sosiego, pero a Inés parecía habérsela tragado la tierra. Algunos le observaban con el odio endureciendo sus facciones, aunque los más optaban por comportarse cual si fuera invisible. Contra el muro de la iglesia, dos jóvenes disputaban un partido de pelota, rodeados por la expectación del personal. Pese a que los baztaneses eran menos dados a apostar que los habitantes de otras comarcas aledañas, casi siempre surgían aquí y allá improvisados envites entre quienes tenían la sangre más caliente; pequeñas sumas de dinero, algún que otro animal, aperos, herramientas, bebida, comida o ropa... Martín se entretuvo contemplando desde lejos la disputa. Sabía que, en cuanto esta finalizara, comenzaría el baile.

Una vez terminados los juegos, la gente empezó a congregarse en torno a la plaza. La danza significaba para los habitantes de aquel valle mucho más que un mero pasatiempo; constituía un acto social de enorme relevancia, con etiquetas y reglas perfectamente establecidas que todos se cuidaban de cumplir a rajatabla. Allí, las mujeres se dejaban adular por unos hombres que competían por ver quién era capaz de ejecutar los pasos más vistosos, de dar mayores saltos, de tener la figura más airoso o de levantar la pierna más arriba. Cada cual mostraba ante los otros lo que podía hacer y, a menudo, eso valía para ser alabado, para recibir una palmada o un convite, para que una moza se decidiera por uno u otro pretendiente. En un momento dado, el txistulari y el atabalero comenzaron a tocar su alegre melodía. Ninguno de ellos era agote, aquello hubiera herido en lo más hondo el orgullo de los arizcundarras, que jamás lo hubieran aceptado. Todos cuantos tenían la intención de participar en el festejo tomaron posiciones en el centro del solar.

El párroco y los notables se colocaron en un lugar privilegiado. Flanqueándoles, se desplegó el resto del público, ansioso por contemplar aquel ritual que se repetía cada año. El mayordomo, elegantemente ataviado, pidió permiso a las autoridades para comenzar el acto; en la mano portaba una vara con la que dirigiría las evoluciones de los participantes. Cuando don Anselmo, que parecía haber olvidado el incidente de la misa, dio su consentimiento, los varones se pusieron a ejecutar una danza en la que no participaban las mujeres. Una vez terminó dicha pieza, las jóvenes que así lo desearon se abrieron paso hasta el interior de la explanada.

Inés contemplaba el baile junto con su cuñada y sus primas. Había hecho buenas migas con Isabel quien, tal y como había sospechado desde un principio, era una persona dulce y de buen carácter que la trataba con cariño, haciéndola partícipe de sus desvelos y alegrías, de sus temores y gozos, de sus decepciones, de sus dudas.

Desde el primer momento ambas mujeres habían establecido una especie de tácita complicidad que les ayudaba a afrontar la tediosa existencia en el caserón de Arralde.

El cortejo evolucionaba quedamente siguiendo el ritmo pausado del atabal: ellas formaban una hilera al lado izquierdo de la plaza en tanto que ellos lo hacían al derecho. Había un callado intercambio de sonrisas, de miradas, de gestos y de complicidades. Muy pronto, las chicas se despojarían de los pañuelos y los sujetarían en la mano a la espera de que alguien los tomara por el extremo contrario. Una vez hecho esto, los mozos ejecutarían sus cabriolas, viriles pero castas, ante la ufana elegida. Inés contemplaba el espectáculo con el semblante lánguido y el ánimo encogido. Otros pensamientos ocupaban su mente.

—¿No vas a salir? —preguntó de improviso Isabel. La esposa de Juan parecía, por vez primera desde que llegó a Arizcun, alegre y animada. Quizá aquel cambio fuera a causa del ambiente festivo que reinaba en el pueblo, o por el comienzo del verano, o bien debido a cualquier otra razón desconocida, pero lo cierto era que su humor contrastaba aquel día con el que habitualmente la sumía en una especie de melancólico ensimismamiento que acentuaba aún más la palidez extrema de su tez. La chica se volvió hacia su cuñada. Cuando estaba a punto de contestar que no, vio cómo el joven de quien se había enamorado deambulaba con la mirada atenta entre el gentío.

Inés no fue capaz de resistir el impulso que la invadió de improviso y, con una mueca a modo de sonrisa, cual si una fuerza superior dirigiera sus actos, se desplazó hasta el centro de la plaza, en donde, tras quitarse la pañoleta que llevaba en torno al cuello, se unió a la formación que ya bailaba. Sus acompañantes la miraron sorprendidas. Lope y Juan fruncieron el ceño con desagrado.

Entonces, justo en el momento en que el txistulari imprimió a la melodía un compás más acelerado y cada muchacho eligió a la fémina con la que deseaba emparejarse, ocurrió algo que ninguno de los presentes hubiera podido imaginar que sucediera: el pelirrojo agote que había protagonizado el incidente de la iglesia se escabulló entre la muchedumbre y, sin que nadie alcanzara a interceptarle, se colocó junto a la hija de la casa de Arralde. Asió la punta del pañuelo y comenzó a danzar delante de ella.

Martín había aguardado aquel instante sin tan siquiera saber si iba a arribar. Resultaba harto improbable que Inés tomase parte en el baile. La veía a lo lejos, hermosa cual la princesa de una fábula, rodeada de otras mujeres de su familia entre las cuales reconoció a la novia en cuya boda había tocado hacía poco más de un mes. No obstante, algo en lo más profundo de su ser le empujaba a perseverar en aquel propósito. Decían que la fortuna sonríe a los valientes y él, además de serlo, y mucho, se hallaba completamente prendado de la chica.

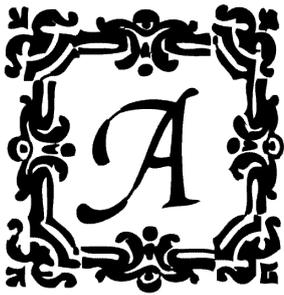
El escándalo que se organizó tuvo caracteres mayúsculos. De entre la multitud

comenzaron a alzarse voces acaloradas que, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtieron en un clamor furibundo en contra del intruso que continuaba danzando con Inés. Juan, lleno de ira, de indignación, hizo amago de intervenir, pero su padre le detuvo en el último momento. El mayordomo que dirigía el baile giró su cabeza hacia donde se encontraban el párroco y las autoridades y, tras captar un ademán de beneplácito en la faz de don Anselmo, se encaró con Martín, conminándole de malos modos a abandonar la formación. El joven hizo caso omiso de la orden.

La música calló. Varios de los mozos que tomaban parte en el festejo abandonaron su puesto y, llegándose hasta el entrometido, que no mostró intención de retirarse, le sacaron entre insultos y empujones del corro en que se había colado sin permiso. La gente aplaudió, complacida. Aquel agote vil, aquel perro sarnoso, había osado perpetrar algo imperdonable, primero en la iglesia y luego, ante la práctica totalidad del vecindario, en la plaza. Merecía un castigo que le recordase quién era, qué le estaba vetado hacer. Los muchachos más fornidos le condujeron hasta el pilón en donde abrevaba el ganado y le arrojaron al agua sin miramientos. Casi todos los presentes rompieron a reír con regocijo celebrando aquel baño. Luego, los mozos cogieron a Martín por la pechera y, tras sacarle de la fuente, le llevaron en volandas hasta las afueras del pueblo, escoltados por un coro de bufas que escarnecían mucho más que cualquier golpe.

Mientras acontecía todo esto, Isabel de Yrigoyen se apresuró a acercarse a su cuñada, que temblaba aturdida, como si no alcanzara a comprender lo que pasaba. Su rostro estaba demudado. Las lágrimas brillaban igual que perlas en sus ojos. La esposa de Juan se irguió con una actitud entre desafiante y protectora, pasó su brazo en torno a los hombros de la joven y se encaminó, junto con ella, hacia el oscuro caserón de los Arralde.

## IV



El día siguiente, después de la comida, la vieja Fermina le espetó a Inés que su hermano deseaba mantener una conversación con ella aquella misma tarde. La muchacha bajó la cabeza y esbozó un mudo ademán de asentimiento. Lo cierto era que aquel requerimiento no la cogía de sorpresa. Había estado aguardándolo durante toda la jornada.

La víspera, tras el episodio de la plaza, la confundida chica se había refugiado entre los brazos de Isabel y allí, al calor de aquel pecho comprensivo, a la vera de aquella mujer dulce a la que comenzaba a apreciar como a una hermana, dio rienda suelta a un llanto largamente reprimido. Al principio, recitó de corrido una retahíla de excusas inconexas: que si no sabía, que si no quería, que si no comprendía qué pasaba... pero, al cabo de un rato, quizá ofuscada por las lágrimas que surcaban cual arroyos sus blancas mejillas, abrió de par en par las puertas de su alma y le confesó a su interlocutora los turbadores sentimientos que la embargaban de un tiempo a esa parte. Enmudeció la consorte de Juan al escuchar una noticia que en absoluto esperaba. Inés alzó despacio la mirada y se encontró con que el semblante de su cuñada se había tornado lívido. La enamorada moza clavó sus pupilas en los azules ojos de Isabel y aguardó unas palabras que le proporcionaran un consuelo, una cuaterna a la que aferrarse en medio de aquella tempestad.

—No sé bien qué decirte —musitó finalmente la mayor de ambas mujeres—. La verdad es que no imaginaba ir a escuchar algo así de tus labios. Es un agote. Eso lo condiciona todo. Mejor será que no se lo cuentes a nadie. Debes apartarle de tu cabeza lo antes posible.

La voz de Inés vibró, henchida de emoción.

—¿Podría mi corazón olvidarse de latir? ¿Podría yo olvidarme de respirar, de sentir, de soñar? Mírame y dime la verdad; ¿serías tú capaz de hacerlo?

Isabel se hallaba desconcertada. Por unos momentos pareció hurgar en lo más hondo de su ser buscando una respuesta. Cuando emergió de aquel ensimismamiento pasajero, su tono sonó suave, resignado y nostálgico a partes iguales.

—No soy mucho mayor que tú, pero créeme si te digo que sé de lo que hablo. Los sueños no son más que eso: meros sueños, la nada más absoluta. La vida se encarga de marchitarlos poco a poco; a veces, incluso los convierte en pesadillas. Yo también amé, creo que aún sigo haciéndolo, pero no pudo ser: las cosas son como son, no como a nosotras nos gustaría que fuesen. Somos mujeres y, en estas tierras, en este valle, eso nos aboca a un destino irremediable. Cada uno nace con un cometido que está obligado a acatar quiera o no. El vástago mayor, o el más capaz, hereda la totalidad del patrimonio: la casa, las tierras y las rentas; mientras que los demás hijos

emigran a lejanas latitudes con la intención de amasar una fortuna, parte de la cual revertirá de nuevo a la familia. Eso es lo que han hecho mis hermanos y, antes que ellos, los hermanos de mi padre y los del padre de mi padre... así se ha levantado nuevamente un solar que se venía abajo. En cuanto a nosotras, se nos asigna una dote y, en el mejor de los casos, se busca un heredero de buena posición con el que desposarnos. No podemos quejarnos. Las mozas más humildes ni tan siquiera tienen esa suerte y a menudo se casan con decrepitos indianos podridos de dinero y de lascivia, o con parientes que no poseen sino un ruinoso caserío con unas pocas cabezas de ganado. Así ha sido siempre y así continuará siendo por los siglos de los siglos. No tenemos otra opción. Venimos al mundo para eso. La única alternativa es abrazar los hábitos e ingresar en un convento de por vida, pero no creo que te agrade ese tipo de existencia.

Inés permaneció en silencio durante largo tiempo. La cruda plática de su cuñada le había llegado a lo más hondo y resonaba en su mente lo mismo que el tañer de un campana llamando a muerto. Adivinaba que a su interlocutora le asistía la razón, que no mentía ni exageraba ni inventaba. No obstante, algo en lo más profundo de su ser se rebelaba contra lo que acababa de escuchar. Cada día veía a las ovejas paciando mansamente en las praderas, a las vacas caminando agrupadas rumbo a la cuadra del amo, a los puercos hozando en el lodazal de la pocilga. No le gustaban aquellos animales. Prefería el galopar de los caballos en el monte, el berrear de los ciervos en el bosque, el vuelo majestuoso de las águilas. Trató de dar con la palabras que mejor expresaran los sentimientos que inflamaban su alma.

—Te equivocas querida Isabel. Todos nacemos para amar y para ser amados. Eso, y no otra cosa, debería constituir nuestro quehacer en este mundo: ser nosotros mismos, buscar la felicidad, aferrarnos a ella una vez la encontramos.

Juan de Arralde estaba recostado en un escaño de madera y de cuero, dando la espalda al ventanuco en forma de aspillera de su gabinete. Un candelabro de seis brazos humeaba a su izquierda. Sobre la mesa de roble, junto a las plumas, el tintero y el cofrecillo nacarado en donde guardaba los útiles de escritura, descansaban diversos legajos que acababa de releer con complacencia.

Los destellos del sol agonizante inundaban con claridad ambarina la amplia estancia. El hombre se sentía satisfecho. Había esperado con impaciencia la llegada de aquella carta, cuyo contenido no podía menos que distender su normalmente adusto semblante. Eran buenas noticias.

Se incorporó y caminó con paso quedo, haciendo crujir el suelo. Los lomos de unos libros reverberaban a la luz del ocaso. Se giró hacia el estante y les dedicó una mirada no exenta de extrañeza. Él no era hombre de letras. Prefería la acción a las palabras, los hechos a los dichos, el movimiento a la quietud. No obstante, en aquellos momentos precisaba de calma para recapacitar acerca de la coyuntura en que

se hallaba. Corrió los pesados cortinajes y la habitación se convirtió en un nicho que olía a rancio. Fuera, había anochecido por completo. Reinaba en el campo un silencio tranquilo, quebrado únicamente por el canto de las cigarras y los grillos, por el ulular de las lechuzas, por los aullidos de los canes en celo. Continuó andando de pared a pared, con las manos unidas en la espalda. Las llamas de las velas proyectaban su sombra contra los muros encalados.

Uno tras otro, los pensamientos que le atormentaban comenzaron a desfilar por su cerebro. Puede que algunos necios no desearan darse cuenta de ello, pero la situación estaba cambiando con una gran celeridad. Nada era ya como había sido siempre. No se trataba sólo de su vida que, debido al reciente matrimonio, difería notablemente de la de hacia escasos meses. Algo mucho más complejo amenazaba con alterar para siempre el orden de las cosas, con terminar con aquel mundo que amaba y conocía, que le habían enseñado a honrar y a defender. Y para él, el universo entero cabía dentro de las fronteras del Baztán.

El tiempo estaba transformando inexorablemente la faz del viejo valle. Las reglas por las que se había regido desde antiguo la comarca perdían validez sin remisión. Cada vez contaba menos pertenecer a un linaje temido y respetado durante muchas generaciones. Los litigios promovidos por los vecinos de a pie habían mermado considerablemente el poder y la influencia de los palacianos, aquellos hombres a quienes los reyes de Navarra, a cambio de su lealtad o de su arrojo en la batalla, habían otorgado antaño diversos privilegios. De todos cuantos habían poseído apenas les quedaban ya el de estar exentos de pagar tributos y el de sentarse en sitio preeminente durante las Juntas. Aquellos vecinos mentecatos, valiéndose de la hidalguía colectiva que poseían todos los nacidos en la comarca, les habían despojado poco a poco del control de los molinos, del de las tierras que no podían trabajar, de los cargos y honores vitalicios y de las alcaldías que se transmitían de padres a hijos... Por otra parte, las remesas de dinero enviadas tanto desde Madrid y Andalucía como desde Ultramar estaban aupando a familias que jamás habían tenido enjundia alguna hasta posiciones que en ningún modo les correspondían. Bastaba con ver la manera en que se remozaban antiguos caserones a punto de venirse abajo, el modo en que algunos advenedizos petulantes se construían palacetes de gusto dudoso que nada tenían que ver con los tradicionales edificios del país. Los Goyeneche, los Iturralde, los Inda; también los Iriarte, los Ustáriz o los Ordoqui... gentes prácticamente salidas de la nada que cada vez gozaban de mejor reputación, de mayor renombre, de más poder y más predicamento entre los baztaneses. Y todo debido a que alguno de los suyos había amasado una fortuna en tierra extraña. No resultaba sorprendente que muchos de los de su clase hubiesen optado por emparentarse con la nobleza castellana y hubieran abandonado el valle, arrendando caseríos y tierras, decididos a no volver jamás.

Juan caminó hasta la alacena y se sirvió una copa de licor. Estaba resentido con el mundo entero. Su pecho ardía por los cuatro costados preso de una amargura inenarrable, de un rencor infinito hacia todo cuanto acontecía alrededor. Bebió un largo trago que le calentó el pecho. Su padre agonizaba sin remedio. Moriría antes de que acabase el invierno. El viejo Lope le había hecho jurar que no dejaría que su estirpe declinara, que conseguiría sacarla adelante, hacerla aún más grandiosa, en el enloquecido torbellino de los tiempos venideros. Era el de los Arralde un linaje de hombres valerosos a quienes jamás les había temblado el pulso a la hora de enfrentarse a las adversidades. Sus antepasados habían sido varones esforzados, individuos de coraje bien probado que habían elevado el apellido hasta lugares señeros, primero, en la guerra contra el moro; después, defendiendo el Viejo Reino contra los poderosos vecinos que trataban de engullirlo a toda costa. Finalmente, al consumarse la conquista de Navarra por parte de Castilla, hubo algunos de los suyos entre los que nunca se rindieron, entre los que presentaron la última y desesperada resistencia al invasor en el cercano castillo de Maya. Aquella actuación en favor de la independencia había propiciado su declive, agudizado aún más por la enemistad de los sucesivos virreyes instalados en Pamplona por los invasores. A la mayoría de quienes se opusieron a aquel desaguisado les había ocurrido algo parecido.

Él no estaba dispuesto a ser menos que aquellos antecesores suyos cuyas bizarras gestas había escuchado una y otra vez de labios de su progenitor. En los últimos años había trazado ambiciosos proyectos que no dejaría de cumplir en su momento. Su boda con Isabel constituía el punto de partida, el primer peldaño de aquella escalinata que habría de llevarle a reverdecer los agostados laureles de su estirpe. Los Yrigoyen, además de ser una familia respetada en todo el valle, habían tenido la fortuna de que buen número de los suyos hubiese hecho carrera en el comercio, en el ejército, en la Iglesia. Siempre habían poseído el don de ponerse del lado ganador. No eran pocos quienes les recriminaban todavía el haber tomado partido por los beamonteses, adeptos a Castilla, durante las guerras intestinas que precedieron a la caída del Reino, dos centurias atrás. En tiempos más recientes, el astuto Teodoro, intuyendo lo que se avecinaba, había colocado en las casillas adecuadas sus peones y era poco probable que el cambio dinástico que encarnaba el rey Felipe le originase algún perjuicio. Juan se hallaba decidido a valerse de la influyente parentela de su esposa, una mujer a la que en absoluto amaba, pero que le daría muchos hijos, vástagos sanos y esforzados que se esparcirían por el mundo y perpetuarían el apellido hasta el fin de los tiempos. Además, tenía otra baza con la que jugar, una carta escondida bajo la manga que le reportaría el triunfo en la partida. Y aquella misiva que reposaba sobre la mesa tenía mucho que ver con todo aquello. Era la piedra angular de sus propósitos. La respuesta a sus devotas oraciones.

De pronto, unos golpes resonaron en la puerta. Su corazón latió más rápidamente.

Sonrió al adivinar quién llamaba. Inés entró en la estancia con la cabeza gacha. Cerró y se quedó de pie en mitad del gabinete, sumida en su incertidumbre. Su hermano tomó asiento y prendió la pipa con desmesurada parsimonia. La luz del candelabro dotaba de mayor profundidad a sus facciones. A la chica le pareció imponente. Sintió pánico. Frío. Juan desbarató el silencio con su voz grave.

—Quería hablar contigo...

—Eso me ha dicho Fermina. Usted dirá.

—En primer, lugar, deseo referirme a lo que pasó ayer.

Inés clavó la mirada en el suelo.

—No entiendo cómo pudiste hacer tamaña estupidez. Has llenado de oprobio esta casa. Has avergonzado a nuestro padre. Nos has humillado a todos ante nuestros convecinos.

—No sé qué me ocurrió. Ignoraba lo que hacía. Le pido mil perdones.

Él continuó hablando cual si no hubiera escuchado aquellas últimas palabras.

—Estoy seguro de que no volverá a repetirse. De todos modos, te he concertado una entrevista con sor Anastasia, la superiora del convento. Ella sabrá aconsejarte.

—¿Eso es todo? —musitó la muchacha aceptando servilmente el mandato.

—Ese sucio agote va a arrepentirse muy pronto de haberte ultrajado —murmuró él con un susurro enigmático.

El corazón de la joven sufrió un sobresalto y comenzó a latir con rapidez. Alzó la vista, pero su interlocutor parecía estar pensando en otra cosa. Se sentía turbada. ¿Qué había querido insinuar su hermano? Tuvo miedo por su amado. El aire se hacía pez en su pecho y la oscuridad se tornaba amenazante. Dio media vuelta, deseosa de abandonar el gabinete cuanto antes. Justo cuando iba a traspasar el umbral, la voz de Juan detuvo en seco su carrera.

—Ah, Inés, se me olvidaba comentarte algo.

—¿Qué es? —preguntó la chica, tratando de ocultar su desconcierto.

Las palabras del hombre resonaron igual que el chasquido de un látigo:

—Te he encontrado un marido. Te casarás el verano que viene.

Martín avanzaba a trompicones por la embarrada senda que conducía hasta Bozate. La noche era oscura y tempestuosa. El viento bramaba entre los árboles. La lluvia caía sin descanso y en el cielo no había rastro de luna ni de estrellas. El agote, embozado en una tosca capa que le cubría todo el cuerpo, caminaba casi a ciegas sobre el resbaladizo lodazal ayudándose de una *makila*, el bastón de madera de níspero que los naturales del país usaban a menudo, y que lo mismo les servía de apoyo a la hora de desplazarse por terrenos escabrosos que de arma en las trifulcas. Junto a él correteaba su perro, el inquieto compañero en cuyo instinto confiaba el joven para orientarse en mitad del temporal.

Se había hecho muy tarde. El hombre que le había llamado para hacer un encargo

había sido tan profuso dando explicaciones sobre lo que quería, como cicatero llegado el momento de ofrecer una cantidad por el arcón que deseaba que el chico construyese. El sujeto, un orondo ganadero de Maya que estaba prosperando últimamente, se manejaba a las mil maravillas en el complicado arte del tira y afloja, y el regateo se había prolongado más de lo habitual. Una vez concretada, la cuantía a pagar por el mueble se tornaba inalterable; la palabra empeñada era sagrada en aquellos parajes. El trato estaba cerrado. No obstante, aquel avaro gañán no había efectuado amago alguno de estrechar la mano del muchacho, cosa acostumbrada cuando de dar por hecho un negocio se trataba. Martín, pese a estar habituado a tales desprecios, no pasó por alto aquel detalle y maldijo para sus adentros al corpulento tratante que medraba gracias al comercio de la lana con Francia.

El mozo capeaba el temporal ensimismado en sus pensamientos más secretos. En el zurrón, cuidadosamente envueltos en un trapo, se hallaban los ducados que el cliente le había adelantado a cuenta de su labor. Debería con ellos adquirir el castaño que utilizaría para confeccionar la *kutxa*, uno de aquellos hermosos cofres finamente tallados que nunca faltaban en una casa, por humilde que esta fuera, y que lo mismo servían para guardar vestidos o menaje que para almacenar alimentos y vituallas de diversa índole. A los de su raza les estaba prohibido talar en los terrenos comunales, con lo que tan sólo le quedaban dos alternativas para proveerse de la materia prima: la primera era pedirles permiso a los señores de Ursúa y cortar uno de sus árboles; la segunda, adquirir todo lo necesario bien en la comarca o bien fuera de ella. Ambas resultaban igualmente gravosas. Teniendo en cuenta lo que recibiría por la labor, no le quedarían apenas beneficios. Aquel tipo se aprovechaba de su condición para pagarle menos de la mitad de lo que cobraría cualquier otro por lo mismo. Tentado había estado de negarse, mas la casa en que habitaban precisaba de urgentes reparaciones y su familia carecía del dinero con que hacerlas. Sentimientos contrapuestos bullían en el cerebro del muchacho. Su padre siempre le había enseñado a portarse rectamente, a ser honrado y trabajador, a no mentir. No obstante, una idea iba tomando forma en su cabeza: ¿y si conseguía de otro modo la madera? No era justo que los bozatarra no pudieran disponer de lo que daban los montes igual que lo hacían los demás. Llevaban siglos allí. Pertenecían a aquella tierra tanto como cualquier otro. Aunque la mayoría de los de su casta aceptaban, resignados, aquellas ancestrales vejaciones, él sentía que en el fondo de su ser algo se rebelaba contra ellas. ¿Cuándo se acabaría todo aquello? ¿Cuándo comenzarían las gentes del Baztán a juzgar al prójimo por sus acciones en vez de por su sangre? Maldijo en voz alta su destino. Para cuando arribó a la mitad del trayecto ya se había decidido. En cuanto la luna estuviera en cuarto menguante, se dirigiría a un bosquecillo de castaños que crecía entre Errazu y Arizcun y echaría abajo el árbol adecuado.

De pronto, el perro comenzó a gruñir nerviosamente. Era un animal inteligente y

fiel, dócil con los de dentro y hosco con los de fuera y que, pese a su reducido tamaño, no dudaba en hacer frente a las alimañas que merodeaban por las inmediaciones de la vivienda. Martín dio por sentada la presencia de algún ciervo o jabalí y puso alerta sus sentidos.

Entonces, mientras los ladridos del can se alzaban en el aire humedecido de la noche, distinguió varias sombras surgiendo de la espesura. No tuvo la menor duda: no se trataba de bestias, sino de seres humanos. Adivinó que venían a por él.

El aguacero continuaba cayendo con fuerza. Martín trató de evaluar la situación. No tenía miedo y su cabeza funcionaba con lucidez. Calculó cuatro sujetos embozados en oscuras vestimentas. Dos de ellos le cortaban el paso, mientras que otros tantos impedían que retrocediese hacia Maya. Todos iban provistos de *makilas*, alguna de las cuales intuyó terminada en una punta metálica o un estilete. Asió la suya con ambas manos y la alzó frente a su cara mientras intentaba buscar una salida. Los intrusos comenzaron a formar un círculo en torno a él. El perro gruñía. En el resbaladizo descampado por el que discurría aquel sendero no tenía ninguna posibilidad de salir bien parado. Tan sólo quedaba el bosquecillo que se adivinaba en la penumbra.

—¡Vamos! —le gritó al animal al tiempo que echaba a correr hacia los árboles. El can desoyó la orden de su amo y se arrojó con furia contra los intrusos. Se escuchó un ruido sordo seguido de un aullido; luego se hizo silencio. Un golpe frenó en seco la carrera del joven.

Martín consiguió no perder el equilibrio y descargó su bastón sobre el cuerpo del primer individuo que osó aproximarse a él. Sonó un gemido. Tras la sorpresa inicial, los agresores estrecharon todavía más el cerco, aunque guardaron una prudente distancia entre ellos y el rival. Aquel mozo era fuerte y decidido, sabía defenderse. Les iba a resultar más difícil de lo previsto cumplir el encargo.

A partir de ese momento, una pugna callada y sórdida comenzó a desarrollarse bajo el chaparrón. Estaba muy oscuro y los cuerpos no eran sino sombras que se recortaban en la negrura aún más intensa de la noche. Se escucharon jadeos, pisadas, gruñidos. Las *makilas* silbaron en el aire.

Los atacantes acometían una y otra vez desde distintas direcciones, en tanto que el muchacho se giraba igual que un rayo, utilizando su arma con pericia para bloquear las embestidas. Hubo algún que otro golpe de escasa importancia pero casi todo eran tanteos a la espera de un embate decisivo, amagos para tratar de provocar un error que precipitase el desenlace. Al cabo de varios minutos de toma y daca, uno de los hombres intentó aprovecharse del cansancio del chico y se acercó rápidamente por un flanco. Martín le asestó un mandoble en la cabeza. Crujieron los huesos y el tipo cayó al suelo como si fuera un fardo, sin tan siquiera gritar. Eso provocó que sus compañeros se encorajinasen y arremetieran al unísono contra el solitario joven, que

blandió su cachaba repartiendo golpes a diestro y siniestro. No obstante, uno de los desconocidos consiguió alcanzar con su arma la espalda del rival, que quedó sin resuello. Entonces, todos a una, los individuos que le habían asaltado comenzaron a descargar sus bastones contra el mozo.

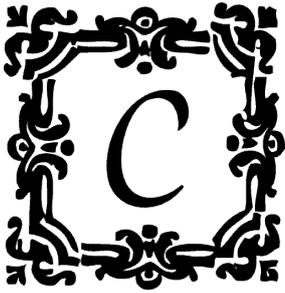
Martín se derrumbó sobre la tierra enlodada. Los impactos se sucedían uno tras otro sin apenas intervalo. Se hizo un ovillo tratando de proteger las partes más sensibles de su anatomía. Escuchaba las voces distorsionadas de sus agresores, vislumbraba sus siluetas moviéndose velozmente en la negrura, sentía las patadas, los bastonazos que le propinaban sin descanso. Oyó decir que estaba muerto, pero no acertó a discernir si se referían a él o al tipo a quien había pegado en la cabeza. Por fin, uno de los hombres se agachó y le puso la mano sobre el pecho. La apartó en seguida. Escupió.

—Vámonos —dijo—. Dejemos aquí a este agote repugnante.

En un abrir y cerrar de ojos, los atacantes desaparecieron en la noche, llevándose en volandas al compañero caído. Martín quedó tirado en el barro. El aire no llegaba a sus pulmones y le dolía todo el cuerpo. Pero lo que mayor sufrimiento le causaba, lo que le hacía sentirse peor, no eran los golpes, sino los sentimientos encontrados que desgarraban su alma. El viento ululaba entre los robles. Diluviaba como si fuera una condena.

Y entonces, mientras las gotas de lluvia se mezclaban con su sangre y la empujaban hacia el suelo enlodado, el joven rompió a llorar y derramó, sin medida, amargas lágrimas de dolor, de rabia, de impotencia.

## V



uando Martín abrió los ojos pensó que había muerto y se hallaba en el cielo. Frente a él, reclinada junto a la cabecera de la cama, estaba Inés de Arralde, hermosa y lánguida, igual que una azucena.

El muchacho había tardado cinco días en volver en sí. La paliza recibida había estado a punto de costarle la vida, y si aún no estaba sepultado, se lo debía tanto a su robusto físico como a que, por suerte o por milagro, ninguno de los bastonazos había afectado a las partes más vitales de su cuerpo. No obstante, el daño causado por los golpes se mantendría durante largo tiempo y quizá jamás consiguiera recuperar por completo la salud. Tenía rotos varios huesos, y su piel se veía recubierta por una infinidad de moraduras que le otorgaban un aspecto calamitoso. En el interior de su organismo había diversas partes afectadas. Su rostro estaba hinchado. Vomitaba bilis y su orina presentaba un marcado color rojizo.

Martín continuaba vivo gracias al perro que, de un modo u otro, sacando fuerzas de donde apenas las tenía, había conseguido arrastrarse hasta Bozate. Catalina, que cosía junto a su madre a la luz de la lumbre, escuchó los gemidos lastimeros del fiel can. Al abrir la puerta, la moza encontró al animal agonizando sobre el suelo, empapado en un líquido viscoso que manaba de una herida por la que le asomaban las tripas. Nada habían podido hacer por evitar su muerte.

Nicolás, el padre del chico, reaccionó con presteza. Sobreponiéndose a la inquietud que le embargaba, reunió a sus parientes y allegados y organizó con ellos una batida con el propósito de localizar a su hijo. El grupo, haciendo caso omiso del temporal que arreciaba por momentos, tiró por el sendero que conducía a Maya. Portaban antorchas encendidas y gritaban a plena voz, aguardando una respuesta. De pronto, cuando ya habían recorrido la mitad del trayecto, la luna asomó de improviso entre aquel mar de nubes y los atentos ojos del carpintero vislumbraron en la oscuridad el cuerpo derrumbado de Martín. Estaba totalmente cubierto de sangre y de barro. Su pulso era débil y apenas respiraba.

Transportaron al joven en volandas hasta el barrio y lo tendieron con cuidado sobre el jergón relleno de hojas de maíz sobre el que solía dormir. Temblaba de fiebre y de frío. Sufría espasmos. Su madre contuvo a duras penas las lágrimas y le limpió la cara con mano firme y amorosa. Algunas personas se arremolinaron en torno a la vivienda, pero no consiguieron entrar y se contentaron con elevar sus indignados comentarios en el aire humedecido de la noche.

Nicolás le encomendó a su hermano que cogiera una mula y se llegara hasta Arizcun en busca de un médico. Cuando regresó, el hombre rezumaba agua e

impotencia a partes iguales: el galeno se había negado a acompañarle a Bozate pretextando inexistentes compromisos. Martín se iba. No había tiempo que perder. En la aldea habitaba una anciana con fama de hechicera. Casi todos procuraban evitarla, pues se decía de ella que echaba el mal de ojo; mas sabían también los lugareños de su pericia para cerrar las llagas, para unir huesos y sanar enfermedades. Llevaron a la curandera hasta la casa y los curiosos se apartaron para dejarle el paso libre. Se comentaba que sus antepasados no habían sido agotes, sino brujos huidos del proceso abierto por el famoso inquisidor Pierre de Lancre en la cercana localidad de Sara, al otro lado de la frontera, diligencia que había llevado a la hoguera a varios centenares de personas. La mujer se santiguó al ver al joven y, sin decir palabra, abandonó la estancia y se encaminó hacia su morada, de donde retornó portando un saquito que contenía diversas hierbas y ungüentos. Luego, ordenó a todos que la dejaran a solas con el herido.

Salió poco antes de que cantara el gallo. Parecía aún más vieja, consumida.

—Vivirá —proclamó en un susurro mientras se dejaba caer en una silla.

Después de la entrevista con su hermano, Inés se recluyó en sus aposentos durante varios días. La muchacha no abandonaba aquella pieza sino para lo más indispensable e, incluso cuando lo hacía, evitaba en lo posible cualquier compañía, hasta la más gratificante de Isabel. Había perdido el color. Apenas comía ni bebía y su semblante reflejaba tristeza y abandono. Parecía una flor marchitándose con la llegada del otoño.

El encuentro mantenido con la madre superiora no le reportó ningún consuelo; muy al contrario, contribuyó a sumirla aún más profundamente en la turbadora desazón que la invadía. Un atardecer, el mismo día en que finalizaba el mes de junio, la joven se dirigió hacia el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, distante escasos pasos de su casa. Llevaba un pañuelo cubriéndole la cabeza y una bolsita de cuero en la que tintineaban las monedas que su padre y su hermano donaban a la orden. El convento, de reciente construcción, tenía la fachada hecha a base de una piedra rosácea que abundaba en el valle, y su entrada estaba orlada con dos lustrosas columnas y un capitel. Por todo el Baztán proliferaba en los últimos tiempos un tipo semejante de edificaciones, tanto civiles como sacras, erigidas merced a los dineros llegados de otros pagos. La moza tomó aire. Llamó a la puerta y una novicia a la que conocía desde niña le franqueó el paso y la acompañó hasta un habitáculo en donde le indicó que esperase.

Sor Anastasia era una mujer delgada y alta, de piel tersa y cutis cerúleo, cuyo tono solemne, repleto de pausas e inflexiones, resultaba agradable de escuchar. La religiosa comenzó su plática con una serie de vaguedades hasta que hizo referencia a la Virgen. Resaltó la mansedumbre de María, su espíritu de sacrificio, su entrega y su generosidad a la hora de acatar los designios del Señor. Ella era el espejo en el que

debían contemplarse por siempre las muchachas. Su ejemplo marcaba el camino por el que estaban llamadas a transitar las buenas católicas, quienes, si bien no podían aspirar a engendrar un nuevo Mesías, sí que tenían la sagrada encomienda de dar a luz retoños que aumentaran la grey de Jesucristo. Aquel y no otro era su cometido en este valle de lágrimas: traer almas al mundo, a mayor gloria de Dios y de la Santa Madre Iglesia.

Inés no tardó en perder cualquier interés que hubiera podido tener por aquella charla. Parecía obvio que, bien su hermano o bien otra persona, habían puesto a su interlocutora al tanto de lo acaecido últimamente. Ella era creyente devota y jamás, ni durante los periodos más duros de su instrucción en Pamplona, había albergado dudas respecto a la religión; pero, de pronto, tenía la impresión de atisbar un doble fondo tras el rostro hierático de aquella monja. Sus palabras se le antojaron amañadas; su expresión, completamente hueca.

Cuando regresó a casa ya casi había anochecido del todo. Saludó con cariño a Isabel y pretextó una excusa para poder estar sola. Se despojó del pañuelo que llevaba a la cabeza, atravesó el umbral sin hacer ruido y ascendió con paso leve los peldaños que conducían hasta el piso en donde se ubicaba su alcoba. Al arribar a la segunda planta, cruzó junto a la puerta, inusualmente entreabierta, del gabinete de su hermano. Juan tenía una visita con la que discutía en voz alta. No le costó reconocer a aquel individuo de aspecto patibulario que gozaba de una oscura reputación en la zona. La muchacha interrumpió su caminar. No pudo evitar oír lo que decían.

—Hicimos lo que usted nos ordenó —manifestaba el forastero con timbre apesadumbrado—. No podíamos imaginar que ese mocoso iba a comportarse del modo en que lo hizo. Se revolvía igual que un jabalí furioso. Alcanzó a Aguerre en plena cabeza y le dejó en el suelo.

Arralde no ocultó su contrariedad. Sus tacones repiquetearon sobre la madera.

—Maldita sea —exclamó con enfado—. Ese bastardo me va a convertir en el hazmerreír de la comarca. Y él, ¿cómo quedó el agote?

La chica se estremeció al adivinar de quién hablaban. Contuvo el aliento y aguzó aún más el oído.

—Actuamos conforme a lo acordado. Una cosa es una paliza y otra, muy diferente, un crimen; eso se castiga con el cadalso. No queríamos matarle, sino darle un escarmiento que no olvidara nunca, aunque, quién sabe, quizá se nos fuera la mano... Todo sucedió de forma muy confusa. Estaba oscuro. Llovía a cántaros. No pudimos obrar de otra manera.

—Está bien, aquí tienes lo convenido. Creo que lo mejor es que desaparezcáis del valle durante algunos días. Yo me ocuparé de cuanto sea menester. Perded cuidado. La familia de Aguerre no quedará desamparada.

Inés tuvo el tiempo justo de quitarse de en medio antes de que el sujeto

abandonara el gabinete. Cuando llegó a su habitación, prendió una vela, trancó la puerta, y se arrojó a llorar sobre la cama.

Pasó la noche en blanco, dando vueltas y más vueltas sobre el colchón de lana. Las lágrimas humedecían sus mejillas de nácar. Se sentía inquieta y asustada. Triste como jamás lo había estado.

Pensó en su hermano, aunque, tal vez, debiera comenzar a tratarle de hermanastro. Ella y Juan, que casi la doblaba en edad, compartían el mismo padre, pero su madre era distinta. El ahora anciano señor de Arralde se había desposado dos veces a lo largo de su vida. De la primera unión, con una joven perteneciente a una de las mejores familias de las Cinco Villas del Bidasoa, habían nacido dos varones: Miguel, el primogénito, y Juan. Algún tiempo más tarde, unas fiebres virulentas habían assolado el país y se habían llevado, entre otros muchos, tanto a la esposa de Lope como al mayor de sus retoños. Al cabo de varios años, quizá hastiado de morar en soledad, el patriarca buscó compañera allende la frontera y se casó con una hermosa muchacha de la costa labortana. Fruto de aquel enlace vino al mundo Inés.

La chica pensó en su madre con una melancolía rayana en la angustia. Hubiera dado cualquier cosa por llegar a conocerla, pero no había podido hacerlo, pues la mujer, apenas una niña, fue incapaz de superar las complicaciones surgidas tras el parto y falleció poco después de dar a luz. Trató de imaginar su aspecto. Decían que se parecía mucho a ella. ¿Por qué se había casado con Lope? ¿Le habría amado de verdad o simplemente actuó conforme a los mandatos de los suyos? Nunca sabría la respuesta.

La situación estaba complicándose de modo preocupante. Lo que había empezado como una simple jugarreta del destino había arraigado en su interior con fuerza inusitada, lo mismo que uno de esos árboles que crecen en lo más áspero del risco y que, quién sabe de qué manera, se las apañan para resistir fríos y calores, incendios y nevadas, tempestades y sequías, sin mermar un ápice en su salvaje belleza. Quería a aquel agote cuyo nombre si tan siquiera conocía. Pero, y él, ¿sabría de su secreto amor?, ¿sentiría algo por ella? Se hallaba íntimamente convencida de que sí, el que la sacara a bailar ante todo el pueblo tenía, por fuerza, que ser prueba de ello, pero tal vez lo suyo no fueran sino castillos en el aire.

Por otra parte, estaba su hermano. Su padre, el ceñudo hombretón a quien siempre había temido y respetado, se encontraba postrado en un lecho del que no se levantaría. Resultaba evidente que no le quedaba mucho tiempo. Cuando él muriera, Juan heredaría el solar y la autoridad de Lope, y dispondría de ellos a su antojo. No había vuelto a hacer mención alguna acerca de su casamiento. ¿Sería cierto que ya le había buscado un marido? No solía bromear. Era hombre parco en palabras. Cuando tomaba una decisión, esta se tornaba inamovible.

Finalmente, ya al filo de la aurora, el sueño y el cansancio terminaron por

vencerla. Soñó con su madre. Se trataba de una mujer hermosa y pálida, a la que se asemejaba enormemente, que se sentó en la cabecera de la cama y le acarició el cabello. Parecía conocer los sentimientos que albergaba su torturado corazón. Estuvo largo rato junto a ella, susurrando palabras que no logró entender. Antes de difuminarse en la inconsciencia, sonrió con dulzura animándola a seguir los dictados de su alma. Cuando despertó, Inés creyó sentir aún la humedad del beso que ella había depositado en su mejilla.

Martín, aturdido y tembloroso, con la vista nublada y el conocimiento recién recuperado, no podía dar crédito a lo que sus ojos se empeñaban en mostrarle. Tal vez hubiera muerto, quizá estuviera delirando, puede que aquello no fuera sino un gozoso espejismo, previo al óbito, que desaparecería en un instante. Movi6 la cabeza y reconoci6 el escueto mobiliario, construido en parte por 6l mismo; los tabiques desconchados, el suelo de tierra, el frondoso nogal que se alzaba al otro lado de la ventana... no cabía la m6s m6nima duda: aquella era su habitaci6n, la reducida estancia en donde había dormido, al lado de su hermana, casi todas las noches de su vida. No obstante, había algo distinto, algo que provocaba que todo lo dem6s, incluido el mismo hecho de estar vivo, pasara a un segundo t6rmino: all6, a escasa distancia de su rostro, reclinada junto a 6l, coloc6ndole un paño humedecido sobre la frente, estaba Inés de Arralde. Cruz6 una mirada con la chica, cuyo semblante se ilumin6 con una expresi6n de alivio. No pudo resistir el impulso que le invadi6 s6bitamente. Alz6 el cuello en un movimiento tan veloz como inesperado y la bes6 en los labios. Ella dej6 escapar un grito amortiguado. Volvi6 el rostro, azorada, y sonri6 con alegría.

La muchacha se puso en pie y, sin decir palabra, camin6 hasta la puerta y sali6 afuera. Al cabo de un instante, Catalina hizo su aparici6n en el dormitorio. Se la veía feliz de encontrar despierto a Mart6n, quien la interrog6 con la mirada.

—Saldrás de esta. Te dieron una buena tunda, pero eres hueso duro de roer.

6l trat6 de incorporarse, mas le result6 imposible hacerlo; le dolía todo el cuerpo. Su voz se asemej6 a un susurro cavernoso que su hermana apenas escuch6.

—¿Qu6 hace aqu6?

—Ha venido para interesarse por tu suerte. Seguro que est6 completamente loca. Una perluta aqu6, en Bozate. Ver para creer...

—Quiero que nos dejes a solas.

Catalina se encogi6 de hombros. Se la adivinaba complacida.

—A nuestros padres no les hace ninguna gracia que nos visite. Dicen que s6lo nos acarrear6 problemas. Ya ves c6mo te han dejado por su culpa... y no les falta raz6n.

—Llámala.

—A m6 me gusta. Parece una buena persona. Supongo que te quiere.

Catalina esboz6 un moh6n risueño y abandon6 la pieza con donaire. Inés pas6 al

interior. Se la veía callada y cabizbaja, cual si no estuviera del todo segura de desear encontrarse allí, a solas con aquel apuesto agote que la contemplaba con una luz enamorada refulgiendo en las pupilas.

—No deberías estar aquí —dijo Martín con suavidad. Cada sílaba pronunciada le causaba un daño lacerante, lo mismo que si alguien le asestase una puñalada en pleno pecho. Ella hurtó la mirada—. No creo que a los tuyos les agrade.

—Mi padre y mi hermano no saben que he venido.

—Mejor así. Conozco lo que opinan de nosotros —el tono del mozo vibró con cierta angustia—. Y tú, ¿también piensas que estamos malditos, que somos apestados?

—¿Acaso estaría aquí de creer eso?

Él negó con la cabeza.

—Tú eres distinta, lo supe desde el primer momento en que te vi..., desde aquel día en el palacio de Arralde... Éramos unos niños, mas nunca pude olvidarme de tu risa...

Inés se ruborizó ostensiblemente. Los nervios la traicionaban.

—Debo irme. Se hace tarde.

—¡Aguarda! —la chica obedeció—. ¿Por qué has venido entonces? ¿Qué es lo que te ha traído hasta Bozate?

Ella clavó la vista en el suelo. No se sentía con fuerzas para aguantar la mirada transparente de Martín. Intuyó que podía leer sus pensamientos.

—Es obligación de todo buen cristiano socorrer a los enfermos... además, sé que esto ha sido por mi causa: no debí darte pie en el baile.

Él sonrió enternecido. Su corazón parecía a punto de estallar a causa de la dicha. Le hizo un gesto a Inés para que se acercara. Cuando estuvo a su alcance, Martín la tomó de la mano. Ella no intentó retirarla.

—¿Sabes? De buena gana recibiría palizas mil veces peores que esta por tenerte a mi lado un solo instante; por que posaras tu mirada en mis pupilas; por recibir una caricia tuya, una sonrisa, un simple gesto... Me dejaría matar si de ese modo derramas una lágrima por mí. Te amo con toda mi alma. Te quise desde el mismo momento en que te vi.

La muchacha se separó bruscamente del herido. Se sentía turbada y confusa. Se quedaba sin aire, sin fuerzas, sin aliento. Se puso en pie y abandonó aquella habitación antes de que su interlocutor pudiera retenerla.

Inés llegó al caserón de Arralde resollando igual que el fuelle de un herrero. Había ascendido a la carrera el prolongado repecho que mediaba entre el puentecillo que atravesaba el río Baztán, en las inmediaciones de Bozate, y la localidad de Arizcun. En su interior se entremezclaban la desazón y la alegría. En sus labios, quemaba aún el beso de Martín. Cuando cruzó el umbral se dio de bruces con su

hermano, que acababa de regresar de un viaje que le había mantenido fuera varios días.

—¿De dónde vienes a esta hora? —inquirió Juan con gesto torvo.

—La madre Anastasia mandó que me distrajera —improvisó la chica—. Me aconsejó visitar a los enfermos.

El hombre pareció darse por satisfecho al escuchar aquella explicación. Ella enfiló escaleras arriba rumbo a sus aposentos. Se disponía a introducirse en ellos cuando una voz masculina resonó, tonante, a sus espaldas.

—¡Inés! La próxima semana conocerás a tu futuro esposo.

## VI



l hombre con el que Juan pretendía casar a su hermana se llamaba Vicente de Mihura e Ybarra. Había nacido en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, donde continuaba residiendo, y era el único retoño masculino del copropietario de una de las más reputadas compañías entre cuantas estaban facultadas para comerciar con las colonias americanas, principalmente Cuba, México y Puerto Rico, lugares todos en los que poseían agentes y almacenes. Tenía una apariencia enjuta y atildada. Acababa de cumplir treinta y un años.

No podía decirse que el heredero de Arralde hubiera elegido mal a quien quería convertir en su cuñado. Pese a que el candidato había venido al mundo en la capital andaluza, su familia era originaria del norte de Navarra, concretamente, de la ultramontana Urdax, localidad próxima a la frontera que contaba tanto con un importante monasterio premonstratense como con unas cuevas en las que antaño parecía haberse practicado la hechicería. Su abuelo había abandonado el terruño a mediados de la anterior centuria y, merced a un ímprobo trabajo y a una no menos grande habilidad a la hora de establecer sus relaciones, logró amasar, partiendo de la nada, una considerable fortuna que su hijo había sido capaz de mantener pese a los sobresaltos producidos por el rápido declive del Imperio, por la calamitosa situación de la Hacienda Real, por los gobiernos corruptos e incapaces, por la guerra intestina que había concluido con el asentamiento de la nueva dinastía borbónica en el trono de Madrid. De Vicente, último eslabón de la cadena, se decía que era manirroto y casquivano, amigo en demasía del licor y de los placeres que procuraba el antinatural contacto con el sexo masculino, asunto por el cual, amén de ser blanco de todo tipo de burlas e inquinas, se había visto obligado a afrontar diversos duelos de los que, saltaba a la vista, había salido victorioso o cuando menos indemne. También se comentaba que estaba mucho más interesado en la vida licenciosa que en los negocios y que, en cuanto falleciera su progenitor, la compañía haría aguas irremisiblemente. Pero nada de eso importaba en exceso al ambicioso Juan que, frío y calculador, esperanzado, sólo pensaba en lo que contar con tan ilustre parentela habría de valerle en el futuro. Lo que en realidad le interesaba al hermano de Inés era que, de dar crédito a los rumores que llegaban desde el sur, el padre de Vicente había conminado a su hijo a que sentara la cabeza y contrajese matrimonio con alguna joven baztanesa cuya familia tuviera tan limpia la sangre como intachable la reputación, so pena de quedarse sin herencia.

Llegó Mihura al Baztán a bordo de un vistoso carruaje de su propiedad. Iba profusamente maquillado y se tocaba con una larga peluca blanquecina, algo jamás visto en la comarca. Le acompañaban un auriga, dos criados y un hermoso doncel de

rasgos aññados con quien parecían unirle otro tipo de lazos además de los de la mera servidumbre. También viajaban con él un buen número de valijas repletas de ropa y de accesorios. Provenía de Amsterdam y de París, lugares en donde había adquirido infinidad de artículos que, según dijo más tarde, no podían encontrarse en la Península. Vicente pasó un par de días en Elizondo, cursó una visita de cumplido a la localidad de la que era oriunda su familia y se desplazó hasta Bayona bajo el pretexto de cerrar cierto trato con un acaudalado comerciante francés. Después recaló en Arizcun. Los de Arralde le aguardaban impacientes y le colmaron con todo tipo de atenciones.

Lo primero que hizo el forastero, ducho como nadie en el arte de la seducción y la lisonja, fue visitar al postrado Lope, a quien entregó diversos presentes que fueron muy del agrado del anciano, que sacó fuerzas de flaqueza y abandonó su alcoba dispuesto a compartir cena con el huésped.

Tras el copioso yantar, Juan, que no se recató a la hora de oficiar como jefe de la casa, le ordenó a Fermina que fuese a avisar a su hermana.

Al cabo de unos minutos, Inés hizo su entrada en el comedor. Se la veía callada y melancólica, del mismo modo en que había estado durante las últimas semanas. Su padre hizo las presentaciones pertinentes y el invitado contempló durante largo rato a la joven, que bajó la vista, avergonzada. El rostro del sevillano no dejó traslucir cuál era el resultado de aquel primer examen y siguió comentando con todo lujo de detalles los pormenores de su viaje por Francia. Juan le mandó a la chica que sirviera café y la conversación cambió y giró en torno a la impresión que le había causado al visitante la tierra de sus antepasados. Mihura se prodigó en loas para con el valle. Contrapuso el verdor de sus prados, la frondosidad de sus montañas, la franqueza de sus gentes, con la luminosidad de la moruna Andalucía, con la campiña interminable que circundaba su ciudad natal, con el carácter abierto y jubiloso de quienes la habitaban... al final, en un alarde sin par de diplomacia, ambos territorios, pese a su radical diferencia, quedaban igualados en cuanto a atractivos y excelencias.

Acto seguido, mientras la chica vertía en finas tazas de porcelana el humeante y oscuro líquido cuyo consumo, introducido por los otomanos que invadieron los Balcanes, comenzaba a hacerse popular entre las clases más pudientes del Viejo Continente, Vicente dio rienda suelta a su natural facundia: repasó su reciente estancia en París y en los Países Bajos; habló de la desmesura del palacio de Versalles, de sus afamadas fiestas que, pese al fallecimiento del Rey Sol no habían perdido un ápice de su brillo, de las novedosas músicas que había escuchado en los salones de la aristocracia; desglosó las grandezas de Sevilla, su pasado glorioso, su presente dinámico, su futuro, prometedor aunque el nuevo monarca hubiera ordenado trasladar a Cádiz la Casa de Contratación; se explayó a la hora de describir las callejuelas empedradas del barrio de Santa Cruz, el ancho y majestuoso Guadalquivir,

la imponente Giralda y la Torre del Oro... Entre frase y frase, no cesaba de observar a la muchacha, que callaba, apocada, en un segundo plano. Cuando esta terminó de colmar las copas con un licor que el forastero había traído consigo desde la mismísima capital gala, Lope le indicó que ya era hora de que se retirase. Ellos tenían que tratar de cosas importantes.

Inés se asomó a la ventana de su alcoba. La brisa cálida de julio acariciaba sus mejillas y jugueteaba con su cabello largo y bruno. Pensó en el hombre que charlaba abajo con su padre y su hermano. ¿La aceptaría por esposa? ¿Llegaría a un acuerdo con los suyos? No era ni demasiado feo ni demasiado viejo. No obstante, además de que el aspecto de Vicente, con su pelo postizo, su tono engolado, sus modales de petimetre, no le había gustado en absoluto, la moza creía haber captado en el fondo de sus ojos oscuros una luz inquietante cuyo significado no acertaba a explicarse, pero que le causaba una instintiva repulsión. Nada tenía que ver esa mirada turbia, plena de opacidad y de dobleces, con aquella otra, rebosante de cariño, que iluminaba el rostro magullado de Martín mientras, postrado en el lecho, el joven le confesaba lo sincero de su amor.

Ya era noche cerrada. Alguien cantaba en la lejanía. La chica aguzó la vista y trató de ubicar Bozate en la negrura. Recordó su furtiva estancia en el barrio proscrito. No le agradaba lo que había visto: las construcciones hacinadas y paupérrimas, las gentes que hurtaban la mirada al reparar en la presencia de un extraño, la sensación de mansedumbre y de resignación que se respiraba en el aire cargado de olores y sonidos. Entornó con fuerza los párpados y deseó que el viento transportara sus pensamientos hasta la casa de Martín. Quería de todo corazón a aquel muchacho. Antes de hablar con él no había podido evitar sentirse atraída por su donaire, pero, ahora que sabía cómo pensaba, que conocía la infinita ternura que albergaba en su interior, se afianzaba en ella aquel agridulce sentimiento. Si hubieran venido al mundo en otro sitio, quizá todo habría podido ser distinto..., pero estaban en Arizcun, y ella era una Arralde, mientras que él... Mejor no darle más vueltas. Guardaría aquel amor en el cofre más bruñido de su alma y lo acariciaría durante el resto de su vida, de una existencia que estaba condenada a transitar sin el apuesto agote, a sobrellevar sin su calor, sin sus caricias, sin sus besos. Quizá en Sevilla consiguiera, no ya olvidarle, sino al menos hacer soportable su ausencia. Tal vez el tiempo y la distancia curasen aquel profundo mal que la afligía, que hacía de ella una muñeca sin voluntad propia. Supo que echaría de menos las praderas esmeraldas del Baztán, sus hermosas montañas, pero también intuyó que, lo que por encima de todo extrañaría, sería la sonrisa luminosa de Martín, sus ojos vivarachos, su presencia junto a ella en la sucesión de noches solitarias que pasaría al lado de su esposo.

Vicente de Mihura e Ybarra abandonó Arizcun tras despedirse de una Inés que durante aquellos días había fingido estar indispuesta para no permanecer en su

presencia sino lo imprescindible. El sevillano partió del pueblo muy de mañana, a bordo de su vistoso carruaje; acompañándole, su séquito al completo. Lo primero que hizo, antes de iniciar su marcha, fue presentar sus respetos a Lope, que efectuó un esfuerzo sobrehumano para salir a la puerta y exhibirse ante los ojos de los lugareños que no perdían detalle de cuanto acontecía. Acto seguido, cruzó unas palabras con Juan y, tras una reverencia exagerada, posó sus labios maquillados sobre el dorso de la mano de la chica, con una delicadeza más propia de una dama que de un varón. Justo antes de partir, el bien formado mancebo que le acompañaba obsequió a la hija de Arralde con una mirada en la que se entremezclaban el despecho y la piedad. El conductor chasqueó la fusta y los dos pares de magníficos equinos andaluces que tiraban del coche se pusieron en marcha con un brioso trote. Tenían por delante un largo viaje.

Esa misma jornada, tras el rezo del ángelus, Fermina le hizo saber a Inés que su padre deseaba mantener una entrevista con ella. Acudió solícita la moza a los aposentos de Lope, que se hallaba fatigado a causa de los excesos realizados por la mañana, y llamó a la puerta con los nudillos. Aguardó unos instantes antes de pasar.

La alcoba del anciano estaba prácticamente a oscuras. Olía a rancio, a cera consumida, a claustro. Sólo en contadas ocasiones había visitado aquella estancia, que se le antojó asfixiante. No pudo evitar pensar en su madre. Cuando sus pupilas se acostumbraron a la penumbra, la chica distinguió a su progenitor recostado sobre unos almohadones, en la cabecera de aquella enorme cama con dosel. De pie junto a él estaba Juan, quien le indicó que se sentara.

—Usted dirá, señor —musitó la muchacha.

Lope de Arralde empezó a hablar con una voz entrecortada por la tos y los jadeos. Se notaba que cada frase constituía un tormento para él.

—Escucha, hija mía. Pon atención a mis palabras, puesto que lo que hoy tengo que decirte es de suma importancia para ti, para todos nosotros, para esta familia y esta casa que también es la tuya. Supongo que adivinas para qué te he hecho venir. Eres mujer despierta y en absoluto careces de entendimiento. No está lejano el día en el que yo vaya a reunirme con nuestros antepasados, y es mi intención, antes de que el Señor me llame a su presencia, dejar bien arreglados los asuntos terrenales. No podría marcharme en paz de otra manera. Me refiero a tu boda... No creas que me ha resultado sencillo decidir. He sopesado las ventajas y los perjuicios, los provechos y los inconvenientes y, tras no poco dudar, he llegado a la conclusión de que Vicente de Mihura e Ybarra, el distinguido caballero a quien has conocido recientemente, es el hombre adecuado para ti, el varón con el que deberás unirte en santo matrimonio.

Inés, pese a presentir que iba a escuchar algo así, sintió cómo su corazón se volteaba, cómo el aire escapaba de su pecho y su ánimo caía igual que una paloma atravesada por un dardo. Clavó la vista en los zapatos y comenzó a llorar por dentro.

—Sólo restaba que él diera su aprobación —prosiguió Lope cada vez más dificultosamente—. Y vaya si la ha dado. La impresión que le has causado ha sido inmejorable. Estaba seguro de que sería así. Eres tan hermosa como lo era tu difunta madre. Ahora me encuentro muy cansado. Tu hermano, que ha sido quien ha llevado todo este asunto, terminará de informarte de cuanto sea preciso. Ha mirado por tu porvenir. Debes estarle agradecida.

Juan se incorporó y comenzó a caminar en torno al lecho de su padre. De forma sucinta, le notificó a la muchacha aquellos planes que tanto afectarían a su futuro.

La boda tendría lugar en primavera o en verano, en la iglesia de la Santa Cruz de Sevilla. La fecha exacta estaba aún por concretar, pero no sería antes de la Semana de Pascua, ya que la festividad previa de la Semana Santa gozaba de gran predicamento en aquella ciudad y era menester celebrarla de manera adecuada al rango que los Mihura e Ybarra poseían. El padre del novio no había exigido dote alguna, le era suficiente con la pureza de su sangre, mas los hijos de Arralde no dejarían que uno de ellos se fuera con las manos vacías, cual si de una menesterosa se tratara, e Inés portaría dineros y joyas, además de cuantioso menaje y fina vestimenta. La familia al completo viajaría hacia el sur para asistir al casamiento. En la capital andaluza serían alojados en un palacete propiedad de los padres del novio y asistidos por un servicio acorde a la transcendencia del hecho. Inés y su marido residirían en una regia casa cercana al río. Allí habrían de venir al mundo sus retoños, unos hijos sanos y robustos que, pese al tiempo y a la distancia, al paisaje y al clima, deberían sentirse siempre baztaneses. La muchacha cruzó una fugaz mirada con su hermano. Intuía que él había planeado aquello en su propio provecho. Sabía de su orgullo irrefrenable, de su ambición enfermiza, de las ganas que tenía de demostrar ante todo el valle su valía. Adivinaba en la expresión de Juan que este había hecho un pingüe trato con aquel casamiento, que la había vendido a buen precio, que, en cierto modo, ella sería la catapulta que habría de auparle hacia lo alto. Le despreció con toda su alma.

La voz de Lope sonó igual que un gemido en la lóbrega habitación.

—Hija mía, presiento que nunca viajaré a Sevilla, que ya no estaré aquí el día de tu boda. No obstante, moriré satisfecho. Estoy seguro de que no defraudarás a este linaje, de que sabrás ser digna de la sangre que corre por tus venas. Ahora, iros, dejadme a solas con mi dolor y mis recuerdos.

Inés y su hermano salieron juntos de la estancia. En cuanto la puerta se cerró, él se giró hacia la muchacha, que sostuvo la mirada en clara serial de desafío. Juan sonrió sin un ápice de humor. Su semblante reflejaba un ademán de triunfo. Sus palabras encerraban un mensaje que a la chica no le resultó difícil descifrar.

—Ya has oído a nuestro padre. Debes estarme agradecida.

—Estése bien seguro de que nunca olvidaré lo que hace por mí —replicó la moza con tono gélido.

—Por cierto, querida hermana, te aconsejo que pongas fin a las visitas que prodigas últimamente a los enfermos, no vaya a ser que, en vez de reconfortarles, provoques un empeoramiento en su salud.

—La madre Anastasia me recomendó que obrara así —respondió nerviosamente la joven. Adivinaba que su interlocutor conocía los pormenores de aquella insensata escapada, que sabía adónde había ido. Juan habló con voz de daga. Sus pupilas refulgieron a la luz de las velas.

—¿Sabes, niña? En ocasiones, las cosas se complican sin que se intuya bien ni el cómo ni el porqué. Ocurren percances imprevisibles y los heridos mueren repentinamente. De seguir así, quizá muy pronto debas visitar un sepulcro.

Inés no contestó. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Su hermano frunció el cerio y se alejó, despacio, por el corredor.

## VII



artín sanó de sus heridas con una rapidez mucho mayor de la que hubiera cabido esperarse dada la gravedad de su estado. No se trataba sólo de que poseyera un físico robusto o de los desvelos incesantes de sus allegados, tampoco del efecto de los potingues administrados por la anciana curandera; lo que en realidad le había ayudado a recuperarse en tan breve plazo de tiempo, lo que le insuflaba deseos infinitos de vivir, de luchar, de abandonar lo antes posible el lecho en que yacía, no era otra cosa que la obsesión por volver a encontrarse con Inés. La echaba de menos. La quería. Precisaba de ella más que del aire o la comida.

No había vuelto a ver a la muchacha desde el día en que recobrarla la consciencia, hacía casi un mes. Tampoco había recibido noticias suyas. Era como si se la hubiese tragado la tierra, como si no hubiera existido sino en sus sueños. No obstante, estaba bien seguro de que todo aquello no había sido un espejismo producto de la fiebre: aún le quemaba en lo más hondo aquel beso en los labios.

En sus interminables horas de vigilia, se había dedicado a rememorar una y otra vez el gozoso momento en que la viera reclinada junto a él. Recordaba al detalle cada matiz de su rostro sin par, la música perfecta de su voz, su perfume mil veces más intenso que el de las flores del campo. No se llamaba a engaño. No estaba perdiendo la cabeza. No era ni un loco ni un iluso. Había contemplado el amor reflejándose cual sol radiante de verano en las pupilas de la chica. Lo había adivinado en el palpitar acelerado de su pecho, en la sonrisa amplia de su boca, en el tono aliviado de su verbo: ella también le quería, en sus corazones ardía idéntica pasión. Ahora que aquella magnífica certeza iluminaba su existencia del mismo modo que una estrella alumbra el cielo de la noche, que la dotaba de un sentido, de un rumbo, de un principio y de un final, se hallaba decidido a plantar cara al valle entero, a las leyes del Reino, al rencoroso Dios de las alturas y al oscuro Señor de los infiernos. Pesara a quien pesara, Inés no dejaría de ser suya. Habían nacido para estar juntos.

Un domingo al mediodía, en cuanto se encontró con fuerzas suficientes, el mozo caminó hasta Arizcun apoyándose en el hombro de su hermana. El aire estaba calmo. Las campanas repicaban espantando con su tañer solemne a las palomas. Cuando se abrieron las puertas de la iglesia, los fieles que salían observaron con asombro a aquel intruso que tanto daba que hablar últimamente. Después de que casi todos hubieran abandonado el templo, Inés apareció en compañía de Juan y de Isabel. El joven agote cruzó una rápida mirada con su amada. Lo que leyó en sus ojos no fue cariño, sino miedo.

Escasas jornadas posteriores a la de aquel episodio dominical, los desarrapados niños de Bozate recorrieron el barrio en barahúnda. Sus voces proclamaban a los

cuatro vientos un aviso: se avecinaba gente de armas por el camino de Ordoqui. Los intrusos no tardaron demasiado en arribar. El corregidor en persona marchaba a la cabeza de un destacamento formado por ocho alguaciles, pertrechados con espadas y arcabuces. Junto a ellos, erguido e impasible, lo mismo que una estatua, iba un comisionado del ayuntamiento del Baztán; el alcalde del valle, proclamado cada tres años por una Junta General elegida por los vecinos, se ocupaba también de administrar justicia en la jurisdicción. El grupo irrumpió en la aldea con bruscos ademanes. Aquellos hombres, que parecían saber muy bien adónde iban, dejaron de lado las demás casas y se detuvieron ante la puerta de la del padre de Martín, requiriendo a voz en grito la presencia del muchacho. Este, confundido e indignado a partes iguales, les preguntó para qué le buscaban. Se hallaba recubierto de viruta y de polvo, pues ya había comenzado a trabajar en la carpintería. Numerosos habitantes del lugar empezaron a arremolinarse, curiosos, en torno a los recién llegados.

El magistrado, sin apearse del caballo, extrajo un documento de la alforja y lo desenrolló con medida parsimonia. Sus palabras resonaron cual clarines.

—Tendrás que acompañarnos. Se te acusa del asesinato de Bautista de Aguerre.

Se alzó un murmullo gélido en el aire. Dos de los alguaciles se abalanzaron bruscamente sobre el mozo que, pese a no hacer amago de resistirse, fue reducido con una contundencia digna de mejor causa. La hermana de Martín se echó a llorar, en tanto que su madre rompía a chillar y se encaminaba hacia el corregidor tratando de impedir que maniataran a su hijo. La mujer fue contenida sin miramientos. Los presentes se contemplaron los unos a los otros e intercambiaron pareceres a media voz. Estaban habituados a ser dóciles, a bajar la cabeza y a no significarse. Había sido así durante siglos. Se escuchó alguna que otra frase de protesta, pero el tajante sonido de un disparo zanjó aquella cuestión. Nicolás abrazó a su esposa. Los forasteros se llevaron a empellones al chico.

La noticia del arresto de Martín le llegó a Inés por mediación de su cuñada. El sol comenzaba a declinar cuando Isabel aprovechó la salida de su esposo para encontrarse a solas con la chica, que pasaba el tiempo bordando un pañuelo en el interior de su alcoba. Esta leyó en su semblante descompuesto que algo malo sucedía. La mujer de su hermano no anduvo con rodeos.

—Le han apresado —dijo. Inés no necesitó preguntar a quién se refería.

—¿Cómo ha sido?

Isabel clavó en el suelo su mirada y empezó a relatar cuanto sabía. Todo Arizcun comentaba, con insólita mixtura de regocijo y escándalo, que el desvergonzado agote que protagonizara el altercado del día de San Juan era, además, el asesino de Bautista de Aguerre, el vecino de la localidad que había aparecido muerto a causa de un violento golpe en la cabeza, hacía escasamente un mes. El móvil del delito no había sido otro que el robo de una cantidad de dinero que acababa de hallarse oculto en

casa de la familia de Martín. Tanto el montante total como la cantidad y los valores de las piezas encontradas coincidían exactamente con lo denunciado por los allegados del difunto. Por si esto fuera poco, el acusado presentaba evidentes señales de una reñida trifulca a bastonazos. Las pesquisas llevadas a cabo, con sumo tino y discreción, por el señor corregidor, dejaban bien patente la culpabilidad del cautivo: tres honorables baztaneses aseguraban haberle visto merodeando aquella jornada en las inmediaciones del lugar del suceso; además, eran varios los testigos que daban fe de cómo habían asistido a la llegada del mozo a Bozate, gravemente quebrantado, justo la misma noche en que había sido hallado el cadáver de Aguerre. No cabía la menor duda: el agote era el autor de aquel horrendo crimen y habría de pagarlo con la vida.

Inés escondió la cara tras sus manos. Consiguió a duras penas contener las lágrimas.

—¿Crees que eso que cuentan es verdad? —le preguntó de pronto a su cuñada.

Esta se encogió de hombros y esquivó la mirada angustiada de su interlocutora.

—Parece haber sobradas pruebas... ¿Estás tú segura de su inocencia?

La joven de Arralde se mordió la lengua para no confesarle a Isabel lo que sabía. Intuyó que la suerte de su amado dependía, en gran medida, de lo que ella hiciera.

La cena transcurrió en medio de un ambiente emponzoñado. Un silencio tenso, tan sólo roto por las frases predecibles de la criada que servía las viandas, campaba a sus anchas en la estancia, tenuemente iluminada por los candelabros. Inés creyó captar, de cuando en cuando, la mirada de Juan clavándose en su cara. Su mente no paraba. Apenas había probado bocado. Pensaba cómo debía obrar en aquel brete.

En cuanto hubo terminado de comer, la muchacha abandonó el refectorio y se dirigió escaleras arriba rumbo a sus aposentos. Cruzó despacio ante la alcoba de su padre. El anciano Lope agonizaba, era evidente que le quedaba poco tiempo. Se metió en la habitación y aguardó con el oído atento al menor ruido. Juan no se demoraría. Cada noche, antes de acostarse, acostumbraba a pasar un par de horas recluido en su gabinete. Allí recapacitaba, tomaba decisiones, escribía mandatos y cartas, repasaba las cuentas, celebraba entrevistas, organizaba la intendencia y todo cuanto atañía al óptimo mantenimiento de la hacienda.

Al cabo de un rato, tal y como había previsto, los pies de su hermano hicieron crujir los peldaños de madera. El heredero de Arralde era un hombre metódico que no descuidaba sus hábitos bajo ninguna circunstancia. Inés abandonó la habitación y se plantó frente a la puerta tras la cual, con plena seguridad, se había urdido la trama que colocaba a Martín entre la espada y la pared. Tomó aire, tocó con los nudillos y entró sin aguardar una respuesta. Juan se ubicaba tras la mesa, encorvado sobre unos legajos blanquecinos. No pareció asombrarse por aquella súbita irrupción. Observó a la chica con expresión neutra, dejó los papeles y habló con tono engolado.

—Qué grata sorpresa... Toma asiento... ¿Querrás explicarme a qué se debe esta visita?

—Lo sabe de sobra —proclamó ella, desoyendo la invitación de su interlocutor.

Él forzó una pose de extrañeza.

—Te equivocas, querida hermana, no sé a qué te refieres; si haces el favor de refrescarme la memoria...

—Usted lo ha preparado todo, hasta el último detalle de esta conjura vil. Desea separarnos para siempre. No le basta con haberle vencido. Lo que realmente quiere es verle muerto.

—Supongo que te refieres a ese asesino... —interpeló Juan como si aquello no le atañera lo más mínimo.

—No le llame así. Sabe que él no lo hizo.

—Nada importa lo que yo pueda pensar... Me sobrestimas, jovencita, exageras tanto mi poder como mi voluntad para maquinare oscuras maniobras en las que nada tengo que ganar. No soy yo, sino la justicia, quien debe dilucidar si ese hombre es culpable o inocente y obrar en consecuencia.

Inés respiró profundamente antes de descargar el golpe. Había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Hizo acopio de coraje, apretó bien los dientes y se dispuso a tutear a su hermano por primera vez en la vida.

—Yo estaba aquí la noche en que ese rufián te contó lo que le habían hecho a Martín. Oí todo lo que dijo a través de la puerta entreabierta. Es verdad que él acabó con Aguerre, pero fue en defensa propia. Tú ordenaste que le dieran un buen escarmiento porque sentías que te había humillado públicamente. Tuya es, en última instancia, la culpa de esa muerte. Quizá al corregidor le interese escuchar lo que pasó.

El semblante de Juan se crispó por un instante. En absoluto esperaba afrontar algo como aquello. Sus puños se cerraron, sus ojos refulgieron, tembló la comisura de sus labios. Observó con el cerio fruncido a la joven que, lejos de apartar la mirada, se irguió con desafiante entereza. El aire se hizo fuego. El silencio se tornó espada de Damocles. Al cabo de unos segundos, la expresión del hombre retornó a la normalidad. Parecía haber recobrado el dominio de la situación. No obstante, su tono destilaba rencor, despecho, celos malamente disimulados.

—¿Piensas realmente que alguien creería las patrañas de una chiquilla enamorada? Es tu palabra desquiciada, tu palabra mentirosa, tu palabra hechizada, contra el testimonio, jurado sobre lo más sagrado, de un buen número de baztaneses de sangre limpia y reputada trayectoria. Estás loca, hermana mía, igual que lo estaba tu madre, que se las arregló para embrujar a mi padre con sus mañas. En mala hora no ardieron en la pira todos los de su casta. Piénsalo bien no vaya a ser que elijas el camino equivocado. Desciendes de brujas condenadas, ¿no lo sabías? No tienes ninguna posibilidad de salirte con la tuya. No puede el manso cordero asustar al

indómito león. No es capaz la paloma de insuflar pánico al halcón. ¿Quién daría crédito a tus embustes? Tu agote irá a galeras, o acabará en el cadalso. Estáte bien segura de ello.

Inés comprendió que su interlocutor tenía razón. Nadie la creería. Ningún magistrado tomaría en cuenta sus alegaciones. La ley no era sinónima de justicia, y menos en aquel valle encerrado en sus estrechos lindes. Debía hacer algo si quería salvar a Martín, y debía hacerlo ya. De pronto, intuyó que tan sólo tenía una posibilidad de influir en el ánimo de su hermano. Le miró fijamente a los ojos.

—Si no alcanzamos un acuerdo satisfactorio para ambos, jamás me casaré con Mihura. Antes abrazaré los hábitos.

El rostro de Juan se puso serio. Observó a la muchacha, como tratando de evaluar su disposición a cumplir esa amenaza.

—¿Tanto le amas? —preguntó finalmente, con una sombra de decepción enturbiando sus pupilas.

A pesar de lo avanzado del verano, reinaba un frío intenso en la mazmorra en que se hallaba recluido Martín. El mozo tenía dolorido todo el cuerpo. Durante el trayecto desde Bozate hasta Elizondo, los alguaciles se habían dedicado a matar el tedio propinándole continuamente patadas y empujones, poniéndole zancadillas, derribándole mediante aviesos puntapiés tras las rodillas. También habían sido reiteradas tanto las chanzas como las amenazas y los comentarios ofensivos para con su persona. Había cubierto las apenas dos leguas que mediaban entre uno y otro sitio sin emitir un solo sonido de protesta, sabía que de nada valdrían sus quejas. Al atardecer, penetró en la localidad con el cuello y las manos uncidas con un cepo. Los niños que correteaban en torno a la comitiva se mofaban al verle de esa guisa. Los adultos le increpaban y escupían a su paso. Él irguió orgullosamente la cabeza.

Llevaba ya tres días a base de pan y agua, aunque, a veces, ni tan siquiera le procuraban aquel básico sustento. Tenía sed y hambre. El cepo le mortificaba haciéndole sentir fuertes calambres, y ya sus muñecas y sus hombros comenzaban a mostrar preocupantes tonalidades carmesíes. El carcelero, un tipo recio y malcarado, con el cabello negro y la tez cetrina, además de golpearle cada vez que le venía en gana, apenas le dirigía la palabra si no era para hacer algún pronóstico hilarante sobre lo que le aguardaba. No obstante, el muchacho se mantenía sereno y confiado. Tenía la conciencia tranquila y no dudaba de que, llegado el caso, sería capaz de defenderse y salir con bien de aquel aprieto. Todo se aclararía pronto. Él se había limitado a hacer frente a aquellos cuatro desalmados que deseaban asaltarle. El juez discerniría claramente que no había obrado con alevosía, que no era un asesino.

Nada sabía de lo que acontecía al otro lado de aquellos muros que rezumaban desesperanza y humedad. No le estaba permitido recibir visita alguna y nadie se había dignado aún a referirle los pormenores de su caso. No ignoraba que su condición de

agote obraba en menoscabo de sus intereses; hasta siete de los de su raza resultaban precisos para igualar la palabra de un solo baztanés ante una audiencia. Además, el alcalde siempre se inclinaría en su contra sólo por ser quien era. Pese a ello, la cuestión parecía evidente: numerosas personas le habían visto llegar maltrecho al barrio a hombros de sus familiares. Él encarnaba a la víctima, y no al verdugo, en aquel juego truculento.

Era noche cerrada cuando escuchó un sonido del otro lado del tabique. Supuso que sería el celador trayendo algún condumio. Anheló una manta con la que protegerse del frío. La puerta se abrió con un quejido herrumbroso. La voz del guardián resonó en la oscuridad.

—Levántate. Tienes compañía.

Obedeció extrañado por aquella súbita irrupción. Como en un sueño o en una pesadilla, una sombra menuda y huidiza se deslizó furtivamente al interior del calabozo; cubría su cuerpo con una larga capa cuya caperuza ocultaba el rostro de miradas indiscretas. La puerta se cerró con golpe seco y las sombras volvieron a adueñarse del lugar. Adivinó quién era el misterioso visitante.

—¡Martín! —susurró Inés abrazándose a su torso.

El preso no salía de su asombro. ¿Qué hacía ella allí? ¿Cómo había entrado? No obstante, aquel no era momento de preguntas. Las manos de la chica acariciaban amorosamente su espalda magullada. Sus labios besaban una y otra vez su boca reseca, sus mejillas, sus párpados, su frente... Su corazón descerrajó el cepo y se fundió con el de Inés.

—Te amo —murmuró—. Te amaré siempre.

La hija de Arralde separó su cuerpo del tronco del muchacho y le miró. Se la veía segura de sus actos. Parecía mucho mayor de lo que era.

—Escúchame —musitó en su oído con urgencia—. Presta atención a mis palabras. Nos queda poco tiempo.

Martín intuyó la gravedad del momento en aquel rostro que apenas vislumbraba.

—Debes huir. He arreglado las cosas para que puedas hacerlo sin percances.

—No me fugaré —exclamó él con firmeza—. Soy inocente. Demostraré ante todos lo ocurrido.

Ella le observó con apremio y comenzó a relatarle los pormenores de aquella conjura que le abocaba irremisiblemente a un mal final. A medida que Inés hablaba, el mozo iba entendiendo la grave situación en que se hallaba. Había sido víctima de un engaño bien urdido. Incluso aquel tratante de ganado de Maya que le había encargado el arcón se encontraba en él desde un principio.

—Así son las cosas —finalizó la chica—. Repito que tienes que escapar de aquí. Ahora mismo. Esta noche, antes de que amanezca. La puerta estará abierta. Vete lejos y no vuelvas jamás al valle. Te matarán.

Martín contempló solemnemente a su bienhechora. Habló con voz grave.

—Te necesito, Inés. Te quiero más que a nada en el mundo, más que a mi propia vida. No me iré de aquí sin ti.

—Has de hacerlo. No tienes otra opción.

—Vayámonos juntos. Busquemos un lugar en donde podamos ser felices, en donde a nadie le importe quiénes somos.

—Sabes que no puede ser.

—No hay imposibles para los que se aman como lo hacemos nosotros.

Ella inclinó la cabeza.

—Voy a casarme.

—¡No! —exclamó él, sorprendido.

—He dado mi palabra.

Las frases de Martín vibraron plenas de pasión.

—Escúchame, Inés, no puedes hacer eso. Tú y yo nos queremos, nos necesitamos. Hemos nacido para vivir unidos. Nada somos el uno sin el otro.

—Te amo con toda mi alma y por eso actúo del modo en que lo hago. Tengo buenas razones para ello. Este verano contraeré matrimonio en la ciudad de Sevilla. Jamás regresaré al Baztán.

—¡No dejaré que te cases si no es conmigo!

—Soy una hija de Arralde. Tengo que obedecer a mi familia, mantener el honor de mi casa. Esa es mi obligación. Mi porvenir estaba escrito antes de que naciera.

Martín leyó en el rostro de la chica que aquella era una decisión irrevocable, que nada podía hacer por que cambiara de criterio. Intuyó lo que había detrás de todo aquello. Inés sonrió con tristeza. Su tez reflejaba los rayos de la luna que se filtraban a través de las rejillas. Las pupilas brillaron como teas. Se acercó al muchacho y se fundió con él en un cálido abrazo. Su voz apenas fue un susurro contenido.

—Te quiero, vida mía, te quiero y siempre te querré, pero el destino nos ha condenado a vivir separados; ese es el castigo a nuestro atrevimiento. Mi piel será carne muerta sin tus besos; mis ojos, cristales ciegos si no te ven. Mis días estarán vacíos, pero mis noches florecerán colmadas por unos sueños llenos de ti. Me desposaré con el hombre que mi hermano ha elegido para mí, mas él nunca me tendrá. No poseeré ni mi alma ni mi cuerpo. Nada recibirá de mí excepto frío —la moza hizo un alto en su plática y continuó con un tono distinto—. Escucha, cariño, no echés en saco roto mis palabras. Antes de que me vaya, nos tendremos el uno al otro, una sola vez. Mi padre morirá pronto, lo presiento. Después de que eso ocurra, la primera noche de luna nueva, yo me las arreglaré para ir a la iglesia a rezarle en su tumba. Juan no será capaz de negármelo. Tú estarás allí, oculto en las inmediaciones del pórtico. Buscaremos un escondrijo y nos amaremos hasta que llegue el alba. Luego, nos separaremos para siempre. Así yo estaré en ti y tú estarás en mí. Por toda

la eternidad. Presta atención. Este es mi plan.

Inés acercó sus labios a la oreja de Martín que, emocionado, al borde de la congoja, asintió en silencio a cuanto decía ella. Finalmente, la chica alzó el tono de su voz.

—Ahora, debes huir. Mi hermano ha sobornado al carcelero, que no pondrá trabas a tu fuga. Aguarda escondido en la montaña hasta el día en que nos volvamos a encontrar. Yo esperaré anhelante ese momento. No falles. No tendremos otra ocasión para estar juntos.

La muchacha contempló por última vez al hombre que tanto amaba y, tras ponerse la capucha, salió del calabozo con idéntico sigilo a como había entrado.

## VIII



n aquel tiempo, la muerte llegaba al Baztán rodeada de presagios. Unas veces, era una gallina la que, al cantar de cierta forma, vaticinaba la inminente defunción; otras, los cuervos, que daban vueltas en torno al tejado de una casa, o un suelo de madera o algún mueble, que crujían sin motivo en medio de la noche. Casi todos los vecinos creían a pies juntillas que, en el caso de que quien muy pronto habría de pasar a mejor vida fuese alguien respetado y de buen corazón, un pájaro que se posaba en el alféizar de su ventana oficiaba de inefable mensajero de la parca. También era de dominio público que si las esquilas dejaban un eco sostenido al repicar, o la campana del reloj y la de la consagración tañían al unísono, no tardaría en producirse un óbito en las inmediaciones.

Mediaba el mes de octubre y los bosques que jalonaban el paisaje pirenaico comenzaban a lucir bronce en las hojas. Las primeras palomas no tardarían en llegar. En los collados por donde estas cruzaban la cordillera, no pocos lugareños aguardaban impacientes el momento de atraparlas. El método utilizado era a la vez sencillo y complicado: varios ojeadores se apostaban en lo alto de unas torretas, estratégicamente situadas en la ladera del monte, y, cuando avistaban una bandada propicia, arrojaban paletas de madera que las aves confundían con halcones; el instinto las empujaba a descender en picado para ponerse a salvo de aquellos seculares enemigos. Cuando estas torcaces creían pasado el peligro y comenzaban a remontar el vuelo, otro artilugio similar las obligaba a descender de nuevo a toda prisa. De aquel modo, las palomas alcanzaban la cima a ras de suelo y se topaban con una maraña de redes extendidas entre los árboles. Así, gracias a aquel ingenioso ardid repetido generación tras generación, millares de ejemplares eran capturados cada temporada, proporcionando tanto alimento como ingresos suplementarios a no pocas familias.

Esas, además de la recogida del maíz —planta que, introducida hacía escasas décadas, había sustituido al mijo y estaba transformando radicalmente la agricultura del valle—, constituían las principales preocupaciones de los baztaneses la mañana en que Inés caminó rumbo a la iglesia con el propósito de rezar por la salvación del alma de su padre. Soplaban viento sur y las hojas resacas de los robles formaban remolinos a ras de suelo. Andaba la joven cabizbaja, ensimismada en los contradictorios pensamientos que la zaherían en los últimos tiempos. El viejo Lope agonizaba sin remedio. Noche tras noche, desde la soledad infinita de su alcoba, la muchacha escuchaba sus gemidos resonando en el aire enrarecido de la casa. Entonces, el frío se apoderaba de su alma, las lágrimas resbalaban por su rostro, y se tapaba los oídos con las manos, implorándole al Señor que se llevara a su progenitor

lo antes posible.

Pensaba que nadie debía morir de aquella forma; menos aún el dueño de Arralde, que había sido un varón digno y esforzado, no sabía si bueno o malo, pues jamás le había permitido conocerle de verdad, asomarse al abismo insondable de su alma, amarle del mismo modo en que le honraba. Tan sólo ahora, durante aquellas postreras semanas cercanas al final, mientras velaba su sueño entrecortado y aliviaba sus múltiples pesares, Inés había empezado a atisbar algo distinto detrás de la coraza que le había rodeado, que se había interpuesto entre ellos dos separándoles irremediabilmente, desde siempre, para toda la eternidad.

A veces, Lope deliraba, se estremecía a causa de la fiebre y pronunciaba palabras inconexas que, por lo general, hacían alusión a batallas y a muertes, a sangre y a violencia, a tradiciones, a honor. Mas, en los últimos días, su ánimo había variado y, de cuando en cuando, sonreía desde lo más lejano de su inconsciencia al notar que su hija le hablaba con voz dulce o apoyaba la palma de la mano en su frente marchita. Entonces, ella le contemplaba fijamente y ya no le parecía el hombre altivo e iracundo que había conocido, sino un anciano desvalido que trataba de saldar cuentas con la existencia antes de partir.

Aquella mañana, cuando la luz rojiza del albor comenzaba a penetrar por la ventana, el patriarca de la casa de Arralde, sangre limpia, reputación intacta, orgullo de los antepasados, se incorporó gritando lo mismo que un poseso el nombre de la madre de Inés. La muchacha estaba allí, sentada en un escabel frente a su progenitor quien, al reconocerla, la observó con una mirada angustiosa en cuyo fondo titilaban el miedo, la tristeza, la lucidez súbitamente recobrada. En ese instante, la joven comprendió lo mucho que aquel hombre había amado a su segunda esposa, lo mucho que hubiera deseado pasar por el mundo de un modo diferente a como lo había hecho.

Aquello había sucedido poco antes, esa misma jornada, hacía escasas horas. El pueblo olía a leña y a boñiga, a rutina de otoño. Se cortaban los helechos, se recolectaban castañas y bellotas, y se ultimaban los preparativos para elaborar la sidra. En un par de semanas comenzaría la matanza del cerdo. Miró hacia el cielo. Estaba cubierto de oscuros nubarrones. Llovería en cuanto se calmara el aire.

Al pasar frente al convento, una voz clamó su nombre. Se volvió despacio. Parada ante la puerta se hallaba sor Anastasia. Nada había sabido de ella desde la entrevista mantenida a instancias de su hermano. La mujer esbozó un hueco amago de sonrisa y se acercó a paso ligero, el hábito sacudido por el viento. Inés se inclinó con cortesía.

—Buenos días, querida niña, ¿puede saberse adónde vas tan presurosa?

—A la iglesia, reverenda madre.

La religiosa suavizó su semblante.

—Eso está muy bien, hija mía. Sabes que también en nuestro convento hay una capilla, pequeña pero acogedora, en la que no dudo te encontrarás a gusto. Luego, si

así lo quieres, podemos estar juntas, comer algunas de las pastas que confeccionamos y platicar tranquilamente sobre lo humano y lo divino. Te hallas en una edad en la que es frecuente desorientarse.

—Si no le importa, reverenda madre, creo que mi anciano padre preferirá que le rece a San Juan. Es su fiel devoto. Nuestra familia siempre le ha venerado con fruición. Después, me gustaría regresar a su lado, velarle, consolarle. Tiempo habrá, más adelante, de visitar su oratorio.

—¿Tan mal está?

La moza bajó la vista al recordar la solemne llegada del viático. El sacerdote iba escoltado por los acólitos, así como por varios vecinos que habían escuchado la campana y portaban cirios encendidos. En la habitación del enfermo se había dispuesto un pequeño altar, cubierto por un paño de lino blanco sobre el que ardían dos candelabros que sostenían velas bendecidas. Tampoco faltaba el crucifijo que había acompañado a varias generaciones de los de Arralde en aquella triste hora. Inés, que estaba presente cuando su padre fue ungido con los santos óleos, fue incapaz de contener el llanto.

—Ya le han administrado los últimos sacramentos. Es hombre vigoroso, pero no puede durar mucho. No me cabe la menor duda de que el Altísimo tendrá piedad de él y le llamará enseguida a su presencia.

La monja esbozó un gesto compungido. Acto seguido, sin ningún tipo de preámbulo, levantó la cabeza y cambió por completo el rumbo de la conversación.

—He oído que vas a casarte.

—Ha oído bien, madre.

—También me han comentado que marcharás lejos.

Inés adivinó que su interlocutora, que consideraba excelentes las relaciones que la muchacha mantenía con su hermano, estaba perfectamente enterada de lo que acontecía, aunque dudaba de que Juan le hubiera hablado del pacto a que habían llegado a cambio de la libertad de Martín. Se sintió dolida por aquella pantomima. Decidió seguirle el juego.

—Es obligación de toda buena hija cumplir con lo que sus mayores han dispuesto para ella. No ignoro que lo hacen por mi bien. Y por el bien de nuestra casa.

Sor Anastasia la observó desconcertada. No lograba dilucidar si la chica hablaba en serio o no. La beatífica sonrisa que se dibujaba en sus labios lo mismo podía ser una silente carcajada que un gesto de sincero acatamiento. Ella sintió una gran satisfacción al intuir los pensamientos de la religiosa. Añadió con un tono exageradamente candoroso.

—No obstante, venerada madre, esté donde esté, nunca me olvidaré de mi tierra, ni de mi pueblo, ni de su humilde convento... A todos ellos tendré bien presentes, tanto en mis oraciones como en mis dádivas.

Justo en aquel momento, repicaron las campanas de la iglesia. Casi al unísono, el reloj marcó la hora. El viento trajo el cacareo de un gallo, y una bandada de cuervos levantó el vuelo entre graznidos. Inés se estremeció. Tuvo la certeza de que su padre moriría aquella misma noche.

Martín vivía igual que una raposa o un zorro, furtivo y vigilante, todos los sentidos alerta, a la espera del momento de poder reencontrarse con su amada. El mozo pasaba los días oculto entre los bosques que se diseminaban en los parajes más elevados. Dormía a salto de mata, en covachas y quebradas, al abrigo de frondosos robles que le guarecían de la lluvia y del rocío, del viento que soplaba con saña algunas noches. No obstante, el frío y la humedad se habían instalado en su piel y en su mirada, en sus huesos y en su alma. Subsistía merced a los frutos silvestres que recolectaba justo al romper el alba, a las setas y hongos que conocía como nadie, a las castañas y nueces que abundaban a esas alturas del otoño. También pescaba truchas en los remansos y, de tanto en tanto, atrapaba algún animal menudo con sus trampas; los bozataras, que tenían prohibido cazar en los terrenos comunales, solían ser muy diestros en el uso del lazo y del anzuelo. Unas veces se apostaba a un lado de la muga. Otras, cuando escuchaba sonidos sospechosos o presentía algún peligro, en la parte contraria, a salvo de miradas indiscretas. La frontera era una línea difusa y fácil de cruzar, y no eran escasos quienes se dedicaban a contrabandear entre ambos reinos, obteniendo con ello pingües beneficios. Él los había avistado algunas noches desde su escondrijo en la espesura; marchaban en completo silencio, agrupados o en hilera, con pesados sacos apoyados en la espalda, o con fardos repletos de mercancía en la cabeza, o conduciendo ganado con gran sigilo. Quizá alguno de ellos también hubiese reparado en su presencia. Era imposible saberlo.

Martín repasó lo acontecido últimamente. Parecían haber transcurrido varios meses desde el día de la boda de Juan, aunque, en realidad, apenas habían pasado unas pocas semanas; el tiempo se dilataba y encogía a su libre albedrío, cual si las reglas de la naturaleza nada tuvieran que hacer en ese trance. La noche en que escapó del calabozo las cosas sucedieron tal y como Inés había augurado. Al poco de marcharse la muchacha, el guardián entró en la celda y, con un brillo de acero en las pupilas, sacó un manojo de llaves y le quitó al reo el cepo que tanto le mortificaba. Luego, el hombre le indicó que debía agredirle para hacer más verosímil la fuga. El mozo no se lo pensó dos veces y, recordando los sufrimientos padecidos, le golpeó en la testa haciendo acopio de toda la fuerza de que fue capaz, y le dejó tendido en el suelo, sobre un charco de sangre. Acto seguido, abandonó sin dilación la mazmorra. Anduvo el agote con cautela por las desiertas calles de Elizondo. La noche era tibia y estrellada. La luna lucía, cómplice, en el cielo. Volaba una estrella fugaz. Se sintió libre; feliz y desgraciado al mismo tiempo. Su cabeza bullía. Su alma se asemejaba a un témpano de hielo.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia Bozate, poniendo buen cuidado en evitar las sendas más transitadas. Llegó a la casa familiar poco después de las doce. Ninguno de los perros del barrio emitió ladrido alguno: le conocían bien; no le traicionarían, como quizá hicieran algunos de sus amos. Abrió la puerta con cautela y despertó a sus padres y a su hermana, a quienes, en pocas palabras, puso al corriente de lo que había acaecido. Sólo se guardó de desvelar lo concerniente a la intervención de Inés en todo aquello, así que explicó de manera confusa que había huido de la cárcel por sus propios medios, y que del mismo modo habría de valerse en adelante. Su madre lloró y trató de convencerle para que se quedase y demostrara su inocencia. Nicolás, más realista que su esposa, mejor conocedor de lo que significaba ser agote en aquellas tierras, aprobó con talante sombrío el comportamiento de su hijo en cuanto este relató la conjura que se cernía a su alrededor.

La despedida fue triste. Poco antes de la aurora, cuando los rayos del sol naciente silueteaban las formas cónicas del Auza, Martín se fundió en un abrazo emocionado con sus progenitores. Hubo lágrimas, palabras graves, gestos serios. Ya a punto de partir, llamó aparte a su hermana Catalina y le susurró algo que hizo que el rostro de la joven se tornase lívido, orgulloso, conmovido. Luego, se echó al hombro un hatillo en el que había diversos útiles, algo de ropa y un poco de dinero, y caminó rumbo a la frontera sin volverse para mirar atrás.

Fue Fermina, la criada que le había servido fielmente desde niña, quien encontró sin vida el cuerpo de Lope. El anciano, menguado y consumido, apenas una sombra del imponente hombretón que había sido, yacía en el lecho con el semblante sereno y los ojos muy abiertos, clavados, ya sin verlo, en el techo de roble de la estancia. La mujer no lloró, tiempo habría para lamentaciones. Lo primero que hizo fue abalanzarse sobre la ventana más próxima y abrirla de par en par a fin de que saliese el alma del difunto; sabía de casos en los que, por omitir esta básica formalidad, el ánima del muerto había quedado encerrada para siempre entre los tabiques del lugar en donde le había sorprendido la parca. Lo segundo, fue cubrir los espejos de la estancia. Lo tercero, avisar a los moradores de la casa.

Inés no necesitó escuchar una sola palabra para adivinar lo que acababa de ocurrir. Había tenido la premonición de que su padre no vería la aurora y pasó la noche entera rezando por la remisión de sus pecados. También había rogado por sí misma, pidiendo perdón anticipado por lo que iba a hacer cuando llegara la luna nueva, dentro de una semana.

Entró en la alcoba. Su hermano no había llegado todavía. Olía a decrepitud, a requesón, a muerte. Se acercó al cuerpo exangüe de su progenitor y le miró a la cara. Sus ojos, aún abiertos, reflejaban la fría luz de una mañana que iba tomando forma al otro lado del cristal. Sintió un escalofrío recorriendo su espalda; era como si el finado la observara con gesto de reproche, como si supiese lo que pensaba hacer y la

maldijera por ello. La chica se santiguó nerviosamente. Con la mano temblorosa y el alma encogida, entornó los párpados del cadáver.

Juan arribó instantes después. Se persignó y cruzó con su hermana un ademán solemne. Se le veía realmente afectado por el fallecimiento de Lope, igual que si le hubiera caído un gran peso encima de los hombros. Ahora no era el sujeto ambicioso, capaz de cualquier cosa por medrar, sino tan sólo un hijo que acababa de perder a su padre. No tardaron en hacer su aparición Fermina y el resto de la servidumbre. También llegó Isabel. Las mujeres lloraron desconsoladamente, en tanto que los hombres se lamentaron en silencio. El nuevo señor de Arralde recobró el dominio de sí mismo y comenzó a impartir órdenes con voz seca. Mandó a los criados de mayor edad que dispusieran todo lo necesario para celebrar el velatorio y despachó a los dos más jóvenes para que difundieran la triste nueva, tanto en Arizcun como allende los límites del pueblo. Acto seguido, él mismo abandonó el palacio con el propósito de realizar de su propia mano cuantas diligencias resultaran precisas.

Fermina tomó las riendas con pulso firme, y el antiguo caserón de la familia se vio sacudido por una febril actividad que no cesó hasta bien entrada la tarde. La anciana tenía sobrada experiencia en aquel tipo de menesteres, no en vano había visto morir en ese mismo solar tanto al padre del difunto como a sus dos esposas y a su hijo primogénito. Acompañada por Inés e Isabel, y asistida por varias mujeres de la vecindad, procedió al amortajamiento del cadáver con unas vestiduras que, según exigía la tradición, habían sido bendecidas un día de Jueves Santo. Acto seguido, encargó a dos sirvientas que cubrieran con paños negros todos los muebles de la alcoba, que habría de convertirse durante aquella noche en la capilla ardiente en donde se colocaría el cuerpo del señor. Ella misma se ocupó de encender cuatro cirios, dos a los pies y dos a la cabeza del finado, así como de disponer un recipiente con agua bendita y una ramita de laurel, de manera que quienes viniesen a manifestar su condolencia pudieran trazar sobre el rostro de Lope una cruz con dicha planta previamente humedecida en el sagrado líquido.

Inés salió al huerto que se extendía en la parte posterior del edificio. Allí, además de todo tipo de verduras y hortalizas, de cuyo cuidado se ocupaba la servidumbre, había diversas colmenas. La muchacha, con el semblante lánguido, vestida ya de luto, se dirigió hacia ellas y, tal como exigía la costumbre, comunicó a las abejas la muerte del amo. Aquellos insectos habían fabricado la cera que, arrollada en la *argizaiola*, el peculiar instrumento funerario de madera ornamentada que se colocaba sobre las sepulturas, se encendería muy pronto en memoria del dueño de Arralde.

La joven sabía que le aguardaba una jornada interminable, plena de llantos y de lágrimas, de gemidos y gritos, de pesar. Sonaría la repetitiva letanía de los rezos. Correrían la comida y el licor mientras, uno a uno, todos los vecinos de Arizcun, así como otros muchos llegados de diferentes puntos del Baztán, pasaban por el palacio

para mostrar el dolor que les causaba la pérdida de Lope. Imaginó a Juan sentado junto a ella, hierático, embozado en negro, estrechando manos y aguantando palmadas en la espalda, imperturbable igual que una estatua. Se vio a sí misma con la expresión demudada y las pupilas brillantes, soportando sin desfallecer las palabras de pésame, las frases de ánimo, las cálidas muestras de solidaridad que le profesarían quienes, poco tiempo atrás, se habían ocupado con especial ahínco en criticarla por el espectáculo que había dado en la plaza al aceptar la mano de Martín, el agote, el apestado con cuyos besos soñaba cada noche, el hombre a quien amaba con tal intensidad que estaba decidida a profanar la tumba y la memoria de su padre, que ya reposaba cerca de ella, tendido sobre el lecho en su mortaja, con una apariencia tan digna, tan adusta, cual la que había tenido en vida. En la iglesia, las campanas repicaron a muerto. Inés perdió el conocimiento.

El mismo viento seco que barría las hojas de los árboles se encargó de llevar hasta Bozate el solemne sonar de las esquilas. Los tres tañidos que vibraron en el aire significaban que el muerto era un varón; en caso de haberse tratado de una mujer, dos golpes hubieran sido la contraseña emitida. En el barrio comenzaron al momento las cábalas para dilucidar la identidad del fallecido. Tan sólo una persona, la inquieta Catalina, rehusó unirse a los corrillos y decidió investigar por cuenta propia. Se protegió los hombros con un chal, inventó un fútil pretexto y se encaminó a buen paso rumbo a Arizcun.

No tuvo necesidad de llegar hasta el centro del pueblo para constatar la certeza de su corazonada. El palacio de Arralde era de las primeras edificaciones que uno se topaba al subir por el sendero que conducía a la localidad. Escuchó el rumor apagado de los rezos, vio a los vecinos entrando y saliendo por la puerta. El escudo ajedrezado estaba cubierto por un gran paño negro. No cabía la más mínima duda: el difunto no era otro que Lope de Arralde, el padre de la amada de Martín.

Pensó en su hermano, oculto en la montaña, viviendo a salto de mata para no ser descubierto. A veces, le dejaba comida en un lugar convenido, pero, aunque las vituallas desaparecían puntualmente, señal de que seguía allí, el muchacho no se había dejado ver.

Recordó el encargo que el joven le había hecho justo antes de abandonar Bozate, la noche de su fuga: debía avisarle sin dilación en cuanto el señor de Arralde pasara a mejor vida. Mas ya era tarde y la noche caería en poco tiempo. Aguardaría a la llegada del alba para ascender hasta el paso de Izpegui; una vez allí, grabaría en el tronco de un roble diversas marcas que Martín sabría interpretar. Ardía en deseos de estrecharle entre sus brazos. Le amaba con todo su corazón y estaba dispuesta a ayudarlo en lo que fuera. Tenía muchas cosas que contarle: cómo la mañana siguiente a su huida habían llegado los hombres del corregidor preguntando por él; cómo, al responder que desconocían su paradero, aquellos desalmados se habían afanado en un

registro que había causado numerosos desperfectos, lo mismo en la casa que en el taller... También le diría que, al cruzarse con Inés en los alrededores de la iglesia, ambas mozas habían intercambiado un gesto de mutuo reconocimiento que expresaba lo que sentían mejor que mil palabras.

Todo eso y mucho más deseaba Catalina narrarle a su hermano, pero tendría que esperar hasta tenerle frente a ella; un par de días, por lo menos.

Llovía sin descanso mientras el cortejo fúnebre recorría con paso quedo el trayecto que mediaba entre el palacio de Arralde y la iglesia de Arizcun. Abría la comitiva el alcalde del valle, que empuñaba, con gesto grave y andares basculantes, la vara de níspero que daba fe de su autoridad. Tras él, tratando inútilmente de no pisar los charcos, caminaba don Anselmo, el párroco, revestido de sobrepelliz y estola negra. Le escoltaban dos clérigos más: uno llevaba la cruz procesional, y el otro, el agua bendita. Una cohorte de monaguillos, portadores de velas encendidas, precedía al ataúd, una pesada caja de roble en cuyo interior reposaba el cuerpo sin vida de Lope, señor del solar de Arralde, notable del Baztán, hombre de honor que supo no desmerecer la fama de sus antepasados, apreciado por muchos, temido por no pocos, fallecido en la paz de Dios después de haber recibido los últimos sacramentos y de haber vivido conforme a los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Cuatro de sus amigos más íntimos transportaban al muerto en dirección a la parroquia consagrada a San Juan Bautista, lugar en donde se ubicaba la sepultura familiar. Todos estaban empapados.

En pos del cadáver marchaba la compungida parentela. La acaudillaba Juan, vestido de negro de los pies a la cabeza, rodeado de tíos y de tías, de cuñados, de primos, de seres orgullosos por cuyas venas corría su misma sangre, un plasma limpio, jamás contaminado por mezclas con judíos ni con moros; menos aún con agotes.

Inés trastabillaba en medio del clan, flanqueada por su cuñada Isabel y por sor Anastasia, que habían reclamado para sí tanto el consuelo como la escolta de la huérfana. Se sentía mal, vacía, rota. Le faltaban los bríos. Su cutis se había vuelto cera.

Los lamentos desgarrados de las plañideras rompían el silencio solemne de la tarde. Había mucha gente. Casi todos los arizcundarras habían hecho caso omiso del chaparrón para acompañar al difunto en aquel último viaje. Además, también se había acercado hasta la localidad un gran número de personas provenientes de todo el valle, e incluso de fuera de él: Lope era bien conocido en la comarca. La multitud, que se había congregado a toque de campana ante la casa mortuoria, caminaba ahora formando dos grupos en la parte posterior de la comitiva: primero marchaban los varones; después, las mujeres. La mayoría de los presentes, que llevaban cirios, hacheros y velas que a veces se apagaban a causa de la lluvia, entonaban

solemnemente, alternando sus voces con las del clero, el salmo miserere. Había ojos brillantes, gemidos emocionados, llantos.

Atado a una argolla, junto al pórtico, pastaba el buey que Juan había donado a la iglesia. El animal, cuyas galas se veían deslucidas por el agua, tenía vistosos adornos de colores, y de cada uno de sus cuernos prendían sendos roscos de pan blanco. El fallecido no había sido un individuo cualquiera, por lo que recibía un sepelio de primerísima clase, acorde a su rango en la sociedad en cuyo seno había venido al mundo. La mayoría de los funerales poseían tintes más humildes, aunque en ninguno faltasen las consabidas dádivas.

La compañía se detuvo un momento frente al frontispicio. La voz del cura se elevó, grave, en un ambiente en el que se había hecho el silencio más completo: *Exultabunt Domino, ossa humiliata*, clamó antes de entrar al templo.

Depositaron el féretro en medio de la nave, de modo que los pies del difunto quedaran orientados hacia el altar mayor. Una constelación de cirios encendidos lo rodeaba. Don Anselmo, que hacía las veces de celebrante, se colocó ante el ataúd; tanto sus zapatos como la parte inferior de su ropaje estaban recubiertos de barro. Flanqueándole, se pusieron el diácono y el subdiácono, quienes le asistirían en la liturgia. Con un *Requiem aeternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis*, dio comienzo la misa por el alma de Lope de Arralde. Hacía frío. Todos cantaron al unísono.

Una vez terminado el oficio religioso, el sacerdote se despojó de la casulla y del manípulo, y se revistió con la capa pluvial negra. Hizo una reverencia ante el altar y se dirigió hacia el finado. Acompañado por el diácono, cogió el hisopo de agua bendita y dio una vuelta alrededor de la caja asperjando el cuerpo del difunto, tres veces en la parte derecha y tres en la izquierda. Luego, tomó el incensario y circunvaló el féretro de igual forma. Los fieles terminaron de entonar el *Pater noster*. Cuatro varones condujeron el cadáver hasta la tumba familiar, situada en un lugar prominente de la iglesia.

Juan apretó los dientes junto a la sepultura en la que introducían a su padre. Su semblante era sereno. Sus pupilas brillaban como antorchas. Se sabía blanco de todas las miradas. La voz monótona del sacerdote desgranaba su interminable letanía. Miró al sarcófago. Una sensación de vértigo se apoderaba de su ser. Ahora era el nuevo señor de Arralde y tenía una tarea que cumplir. Merced a su tesón, a su trabajo, a su ambición, acrecentaría el poder y el renombre de la estirpe. Engendraría hijos varones que perpetuarían el apellido, dóciles hembras que casaría con hombres importantes. Reconstruiría aquella casa venida a menos y la llevaría de nuevo a lo más alto. Sus antepasados no podrían dejar de sentirse orgullosos de él. Algún día, le acogerían con los brazos abiertos en aquella misma fosa.

Metió la mano en el bolsillo y cogió un puñado de tierra que había traído desde el

huerto del palacio. Notó cómo tenía entidad propia, cómo quemaba, cómo penetraba en su cuerpo a través de los poros de la piel y se mezclaba con su sangre, con su semen, con las lágrimas que contenía a duras penas. La tierra era la vida y también la muerte. La tierra lo era todo. Abrió los dedos sobre el ataúd en cuyo interior reposaba para siempre el cuerpo de su progenitor. El cura terminó su invocación y trazó sobre el féretro el signo de la cruz. El gemido desgarrado de Inés se elevó en el ambiente emocionado de la nave.

Justo en aquel momento, a escasas leguas de allí, Martín divisó las marcas que su hermana había hecho en el tronco de un árbol. Su corazón dio un vuelco. El padre de su amada estaba muerto.

## IX



urante los siguientes días, el ánimo de Inés osciló entre la tristeza y la impaciencia. Todo en torno a ella era deriva y desazón. Los instantes en los que su corazón se desangraba a causa del dolor producido por la pérdida del padre, se entremezclaban con otros llenos del desasosiego que le insuflaba lo que iba a hacer dentro de poco. En ocasiones, el ansia por reunirse con Martín la invadía, poniendo en ebullición la sangre de sus venas. Necesitaba sus caricias y sus besos, su risa, su consuelo, aquel fulgor que emanaba de sus ojos azules y que la hacía creerse diferente al resto de las hembras. A veces soñaba con él. Su presencia era tan nítida, tan real, que al despertar aspiraba su fragancia y se extrañaba de que no estuviera allí, tendido junto a ella. Aquello no podía ser normal. Nadie la había preparado para eso. En el cenit de su desorientación llegó incluso a pensar que se hallaba afectada por un oscuro sortilegio. Se veía igual que una mariposa atrapada en una tela de araña. Se rumoreaba que en su familia materna se había practicado la hechicería. También se decía que los agotes eran taimados y astutos, que recurrían a cualquier superchería con tal de conseguir sus objetivos. No obstante, enseguida echó a un lado aquella idea: su madre había fallecido al poco de nacer ella, y en Martín no encontraba sino a un ser maravilloso que nunca le causaría daño. Lo que ocurría era algo tan simple y tan complicado al mismo tiempo como que estaba enamorada.

Un día, después de la comida, su hermano exhibió un sobre lacrado en cera roja. Tanto Inés como su cuñada aguardaron sin atreverse a preguntar. Juan adivinó su extrañeza.

—Es de tu prometido.

—Y, ¿qué noticias nos envía don Vicente de Mihura e Ybarra? —preguntó la muchacha con un retintín que molestó a su interlocutor. Isabel adoptó el papel de convidado de piedra.

—Me refiere el estado en que se encuentran los preparativos de vuestra boda.

—¿Quién de los dos tiene más prisa por que nos desposemos, él o tú?

El nuevo señor de Arralde contempló a su hermana con expresión de enfado. Le zahería el timbre desafiante de la chica. También le disgustaba que aquella mocosa hubiera comenzado a tutearle, aunque decidió dejarlo pasar por esa vez. Lo cierto era que el sevillano le urgía a fijar una fecha para la ceremonia. Se atisbaba entre líneas que si en un plazo razonable Vicente no se casaba con Inés, de cuyos encantos y genealogía le había hablado profusamente a su progenitor —quien, por otra parte, se había apresurado a recabar informes sobre la chica y su familia y parecía aprobar aquella unión—, la cuestión de la herencia quedaría en suspenso. Juan tenía sus propios planes. Sabría utilizar en su provecho aquella situación. Los sentimientos

carecían de importancia.

—Es lo pactado —sentenció—. Y las gentes de esta casa siempre han tenido a gala el cumplir su palabra.

La joven le miró. Parecía leer los pensamientos que cruzaban por la mente de su hermano.

—¿Conoce ya mi pretendiente que nuestro padre ha muerto? ¿Ignoras tú que debo guardar luto durante un mínimo de tres años?

Él tomó aliento antes de responder. Estaba preparado para aquella eventualidad.

—He hablado con el párroco, y este, a su vez, se ha puesto en contacto con sus superiores de Pamplona. También he recabado la opinión de sor Anastasia, y la de Isabel, aquí presente —al decir esto, miró a su esposa, que seguía la conversación con la cabeza gacha—. Todos, incluso Fermina, que te quiere lo mismo que a una hija, se muestran de acuerdo: lo mejor para ti es que contraigas matrimonio según lo previsto; el amor y la distancia te ayudarán a mitigar el sufrimiento, te procurarán alivio y compañía. Hay que pensar en tu futuro, en tu felicidad. Ellos se ocuparán de conseguirte una dispensa para que puedas casarte con quien nuestro padre dispuso.

—Te agradezco profundamente tus desvelos, hermano —repuso ella con el mismo tono gélido—, pero mi dicha a nadie atañe más que a mi. Deseo observar con todo rigor el duelo que le debo a nuestro progenitor.

Juan la contempló con el cerio fruncido. Sus palabras no admitían réplica:

—No tienes por qué dejar de hacerlo. Te casarás de negro.

Ya casi atardecía cuando Catalina retornaba a Bozate después de haber efectuado unos encargos por cuenta de su padre en la cercana Errazu. El herrero de la localidad, un hombretón curtido por el trabajo en la fragua que observaba a la chica con ojillos brillantes, había confeccionado diversas herramientas que el carpintero, ocupado en un encargo de última hora, no había podido acudir a recoger. La marcha de Martín había constituido una auténtica calamidad para la humilde familia. Amén del vacío dejado en sus corazones por su ausencia, la falta del muchacho les privaba de una ayuda necesaria, lo mismo en casa que en el taller, cuya actividad precisaba de manos hábiles, como las que él poseía. Nicolás y su esposa habían traído al mundo más descendencia que la pareja de vástagos que aún les quedaba, pero sus retoños habían ido muriendo uno tras otro, debido a diversas causas: los que vivían eran los más pequeños, los últimos en nacer. Al carpintero, que comenzaba a acercarse poco a poco a la vejez, se le planteaba ahora un grave dilema; ¿a quién enseñar el oficio, a quién legar, cuando el tiempo o la enfermedad le impidieran seguir trabajando, su modesto obrador? Algo en su interior le decía que Martín no volvería. Tendría que encontrar un marido adecuado para su hija, un agote honrado que la hiciera feliz y la sacase adelante con el sudor de su frente; alguien que amase y comprendiese la madera, que quisiera y tratara a Catalina del mismo modo en que él lo hacía. No

estaba dispuesto a entregársela a cualquiera.

Caminaba la moza frente a un robledal cuando escuchó una voz en la espesura. No tuvo dudas. Era su hermano quien pronunciaba su nombre. Su corazón dio un vuelco. Giró la cabeza en todas las direcciones y, cuando se aseguró de que no había nadie, se internó en la foresta y corrió gozosa al encuentro del joven.

Se abrazaron igual que niños hasta terminar rodando por el suelo. Las lágrimas humedecieron las mejillas de ambos. Ella le observó con detenimiento. Martín lucía una barba cerrada, del mismo color que las hojas secas que cubrían el terreno. Se le antojó más alto, más fuerte, más adulto quizá. La vida a la intemperie le había endurecido, estaba convirtiéndole en un hombre hecho y derecho. El joven leyó en las pupilas de la chica aquellos pensamientos.

—¿Qué te ocurre, hermana? Es como si estuvieras delante de un fantasma.

—No sé..., te noto cambiado...

—Aún sigo siendo el mismo cascarrabias que te ayudaba a subir a la copa de los árboles para coger manzanas, el que te defendía cuando los mocosos de Arizcun se metían contigo al acercarte al pueblo —de improviso, el semblante de Martín se tornó serio; su voz, emocionada—. Pase lo que pase, estemos donde estemos, siempre me encontraré a tu lado. No conseguirán que dejemos de querernos. Jamás olvides eso.

Catalina apenas logró contener el llanto.

—No tendrías que haberte acercado tanto. Siguen buscándote.

—No debes temer nada. Esos perlutas engreídos no lograrán atraparme. Antes de que se den cuenta, me habré marchado de aquí, con ella.

—La he visto. Sé que piensa en ti.

—Si me amara tan sólo la mitad de lo que yo a ella sería el ser más feliz del universo. La quiero con toda mi alma.

La chica bajó la cabeza, entristecida.

—¿Qué te sucede? —preguntó él.

—Me gustaría que alguien sintiera lo mismo por mí.

Martín sonrió con dulzura.

—Aún eres demasiado joven, pero no dudes de que llegará el momento. Eres hermosa e inteligente, tienes un corazón de oro... Si en esta tierra los mozos son tan estúpidos que no se dan cuenta de eso, yo mandaré a buscarte desde donde quiera que me halle.

Catalina se abrazó con más fuerza al cuerpo del muchacho.

—He de contarte lo que ha ocurrido desde tu marcha. Vinieron unos hombres...

—No necesitas decir nada. Mi amigo Joanes, el de Petrilarena, me puso al corriente de todo... le encontré en Aldude, en el mercado. Ahora, hermana mía, quiero pedirte ayuda. Vi la señal en el árbol.

—Sólo tienes que decirme lo que necesitas.

—Dentro de poco, cuando no haya ni luna ni estrellas en el cielo, me encontraré con Inés. Tenemos un plan. Es sencillo, pero precisa de tu participación —la chica asintió con firmeza—. Debes tener en cuenta que puede ser peligroso...

—Sabes que iría al mismo infierno si tú me lo pidieras.

Inés y su cuñada paseaban juntas por las inmediaciones de Arizcun. Cada tarde, después de la comida, siempre que el tiempo y las obligaciones lo permitían, habían tomado la costumbre de caminar sin rumbo fijo por las sendas que rodeaban la localidad, charlando, soñando, intercambiando confidencias... tal y como lo hacen de ordinario las amigas. Todos reparaban en aquellas dos muchachas, ataviadas por entero con negras vestiduras. El traje de luto era amplio e incómodo. Cubría el cuerpo femenino de la cabeza a los pies, tapando incluso el rostro mediante un velo traslúcido que el viento agitaba de cuando en cuando. No obstante, bajo aquellos ropajes se podían escuchar frecuentes risas. Ni el otoño más crudo es capaz de terminar con la innata alegría de la juventud.

Durante aquellas interminables excursiones Inés había procurado ahondar en pláticas tendentes a sonsacar los verdaderos sentimientos de Isabel. Así había constatado que la esposa de su hermano no era feliz en su matrimonio. Juan era para ella un hombre lejano y autoritario, áspero y nada cariñoso, junto al que estaba obligada a acostarse noche tras noche. También había confirmado sus más íntimas sospechas: la mujer había estado enamorada hacía algunos años de un mozo de Elizondo, pero no había tenido el valor de contárselo nunca a nadie, ni tan siquiera a él. Era ese un secreto que guardaba en lo más hondo de su ser y que la acompañaría hasta la sepultura. No resultaba difícil convenir en que la vida de su cuñada en el solar de Arralde no era un camino de rosas, aunque, gracias en parte al cariño y a la compañía que ella le brindaba, tampoco constituyera un valle de lágrimas. En realidad, la habían criado para eso.

—¿Sabes, Inés? Arizcun será un lugar mucho más triste cuando tú te vayas —musitó de improviso Isabel. Ella la contempló fijamente. Adivinó que había llegado el momento.

—Yo también te echaré de menos. Te aprecio sinceramente... Has llegado a convertirte en la hermana que no tuve.

—Me honras con tus palabras.

La joven tomó aire antes de romper a hablar. Debía hacerlo entonces o nunca. No había vuelta atrás.

—Presta atención a lo que voy a decir, Isabel. Quiero pedirte algo, una cosa que tal vez te produzca repulsa, que quizá haga que me desprecies para siempre... pero, si así lo hago, es porque sé que puedo confiar en ti. No ignoras que sigo enamorada de Martín... —la otra asintió con cautela—. Necesito estar con él, a solas, y tú puedes ayudarme a conseguirlo.

Isabel la contempló sorprendida. Hacía al agote muy lejos del Baztán.

—Pero..., está huido..., quién sabe dónde para...

—Él sigue aquí, oculto en algún sitio, aguardando el momento de encontrarse conmigo. No tengo la menor duda. Mi corazón lo siente.

—Estás loca...

Inés clamó con voz vibrante.

—Te equivocas, Isabel. Estoy completamente cuerda, mucho más que la mayoría de quienes habitan este valle. ¿Por qué me recriminas? ¿Acaso crees que es pecado amar y ser amada? ¿No piensas que deberíamos poder elegir a quién entregarnos en cuerpo y alma? Estoy aquí, llena de ganas de vivir, de reír, de gozar... soy joven, apenas una niña, y pronto van a darme a alguien a quien apenas conozco, a una persona de quien lo ignoro casi todo, excepto que me disgusta, que me repele, que ni me quiere ni me respeta. Le odio con toda mi alma. Y a mi hermano. Y a todos cuantos piensan que son mejores que los otros por el mero hecho de llevar cierto apellido, de exhibir no sé qué blasón, de proceder de un linaje sin mácula. ¿Sabes? Toda la sangre es roja. Todos somos hijos del mismo Dios. Dudo que Él haga distinciones entre los suyos. Hermana, permíteme que te llame así: antes de que me envíen a Sevilla para desposarme con ese botarate, antes de que me vaya para siempre de esta tierra que, pese a todo, amo, he de yacer con Martín, aunque sea una sola vez. Si no lo hago, lo lamentaré el resto de mis días, me consumirá la amargura, moriré de dolor y de abandono. Por eso me atrevo a implorar tu socorro. Necesito de él. Si me quieres igual que yo te quiero, si guardas para conmigo algún cariño, no me niegues tu ayuda, por favor.

—Pero... eso es muy arriesgado —protestó Isabel con tono quejumbroso—. Tu hermano nos mataría a las dos si llegara a enterarse.

—Él no lo sabrá nunca. He pensado muy bien qué hemos de hacer.

Las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos y se mantuvieron así durante un tiempo. Por fin, la esposa de Juan bajó la vista. Inés comprendió que iba a auxiliarla.

Esa misma tarde, Inés le dijo a su hermano que deseaba hablar con él a solas. Juan, intrigado, le indicó que pasara por su gabinete antes de acostarse.

La cena transcurrió en medio de un mutismo roto únicamente por frases escuetas y triviales pronunciadas ora por la muchacha ora por el varón, pues Isabel, cuyo rostro estaba pálido cual si fuera de nieve, afirmó sentirse indispuesta y apenas abrió la boca ni para comer ni para hablar.

—¿Qué se te ofrece...? —exclamó una vez en su estancia el dueño del palacio. Miraba concentradamente a la joven, que no esquivó sus ojos.

—He estado reflexionando acerca de mi boda —él la observó con renovado interés, como a la espera de lo que dijese—. He tomado la decisión de acatar de buen grado todo lo que, tanto nuestro padre, que en paz descansa, como tú mismo, habéis

dispuesto.

La expresión de Juan pasó de la cautela a la satisfacción. Su cara trataba en vano de ocultar la alegría que le causaban aquellas frases. Sabía que la chica habría tenido que plegarse finalmente a sus designios, pero prefería que las cosas fueran de aquella forma. No sentaría un buen precedente para su recién estrenada autoridad como señor de Arralde que la grácil Inés osara desobedecerle delante de todo el pueblo. Se frotó las manos. El cordero díscolo había entrado otra vez en el redil.

—Celebro que hayas llegado a esa conclusión. Ten por seguro que es lo mejor para todos. Además, hicimos un trato, y yo cumplí con mi parte dejando marchar a ese apestado.

—¿Dónde y cuándo será la ceremonia?

—Contraeréis matrimonio en la ciudad de Sevilla, antes de que acabe el próximo verano. En cuanto te retires, escribiré a tu futuro esposo y le exhortaré para que lleve a cabo todas las diligencias necesarias. No veo por qué dilatar la espera.

La moza, consciente de que estaba jugándose el todo por el todo, tomó aliento antes de continuar. Iba a mentir como jamás lo había hecho. No obstante, su pulso no se aceleró un ápice. Su voz no vaciló. Su rostro no translució alteración ninguna. Se sentía serena, confiada.

—No lo hago por ti, sino por nuestro padre. Antes de expirar, me pidió que me casara con ese mentecato.

Juan la contempló con acritud.

—Me traen sin cuidado tus motivos. Te hubieras desposado con Mihura de cualquier modo.

Ella hizo como si no le hubiera oído.

—Nuestro padre mandó una cosa más —él escuchó con atención—. Me conminó a que, con la primera luna nueva, me llegase hasta la iglesia e hiciera una ofrenda sobre su sepultura. Debo velarle durante toda la noche, hasta que salga el sol.

Su interlocutor frunció el ceño.

—No creerás que voy a permitir que hagas eso...

—¿Vas a hacer oídos sordos a la postrera voluntad de nuestro padre?

—Yo soy quien manda ahora en esta casa —exclamó Juan con cajas destempladas.

—Fue su último deseo —alegó ella sin inmutarse.

Él se revolvió en su escaño. No era persona dada a la improvisación.

—¿Por qué no me dijo nada a mí?

—Quizá simplemente porque no estabas. O porque no juzgó oportuno darte cuenta de ello. No lo sé.

—Sea como fuere, no puedo acceder a una petición tan descabellada.

—No es mía, sino suya —remarcó la moza, clavando sus ojos en los de su

hermano.

—De todas formas, es imposible. Jamás permitiré que pases una noche sola, en la iglesia.

—¿Acaso tienes miedo?

—¡Yo no le temo a nada ni a nadie! —exclamó él, herido en su amor propio. Inés sonrió para sus adentros: las cosas estaban yendo según lo planeado; mentía como si hubiera estado haciéndolo toda la vida.

—Puede que ambos nos sintamos más tranquilos si alguien me acompaña.

—Iré contigo —se apresuró a decir Juan. La joven le cortó.

—Este es un asunto de mujeres. Los varones carecéis de sensibilidad para ciertos menesteres. Él lo sabía bien, tal vez por eso no te dijo nada.

—La vieja Fermina te seguirá.

—Ella es tan sólo una criada. No pertenece a la familia. No ofendas a nuestros antepasados.

Él parecía pensar a toda prisa. Inés aguardó pacientemente una respuesta y se regocijó al adivinar lo que su hermano estaba a punto de contestar.

—Entonces, mi esposa irá contigo.

## X



El sol se escondía tras los montes cuando Martín abandonó el remanso en que se había dado un baño. A escasa distancia, entre árboles sin hojas y peñas afiladas, bramaba con estrépito la cascada de Xorroxin, el húmedo paraje en donde tenía su nacedero el Gorostapalo, arroyo que, tras juntarse con el Aranea en la cercana Errazu, se convertía en el río que le otorgaba su nombre al Baztán. Una vez abandonado el valle, aquella corriente pasaba a llamarse Bidasoa y hacía de frontera hasta su desembocadura en el Cantábrico. El agua estaba fría; el corazón del joven ardía de impaciencia. Esa misma noche iba a encontrarse con Inés.

Oculto tras un roble, Catalina vigilaba atentamente la senda que conducía hasta aquel apartado rincón. No se veía a nadie, ni se atisbaba peligro alguno. Se escuchaba el sonido de los primeros pájaros nocturnos.

La moza había pasado los dos últimos días junto a su hermano en la localidad bajonavarra de Baigorri, al otro lado de la muga. Allí, el muchacho, que parecía sumido en un estado de ansiedad que le impedía hasta dormir, había tratado de recuperar las energías, de despojarse de la costra de dureza que la vida a la intemperie le había adherido tanto en la piel como en el alma. Había salido de su casa con el pretexto, no del todo falaz, de que Martín requería su presencia antes de marchar en busca de otras tierras. Al tiempo de partir, sus padres le habían hecho entrega del modesto capital ahorrado a lo largo de muchos años de trabajo y privaciones. Al recibir aquellas monedas, Martín, sabedor de cuánto habían sufrido los suyos para juntarlas, se prometió que les resarciría con creces en cuanto la vida le brindara una oportunidad.

El agote se rasuró la barba, visitó a un sastre, ingirió algo caliente y mitigó la fatiga de aquellas últimas semanas sobre un lecho mullido. En la posada se registraron como familiares en tránsito. Nadie preguntó nada. Estaban habituados a albergar a gentes dedicadas al turbio menester del contrabando. Esa misma tarde, tras dos jornadas de reposo, habían cruzado la frontera haciendo uso de veredas que los lugareños no acostumbraban a hollar. El otoño estaba siendo seco y apacible, y el barro y las crecidas no impedían el paso por aquellos senderos de ganado y furtivismo.

Catalina bajó la mirada con pudor al ver cómo su hermano se acercaba, totalmente desnudo, hasta donde ella estaba. Había colocado sus ropas sobre una piedra orientada hacia el sur. Él se vistió con parsimonia: primero el pantalón y la camisa, ambos de color negro; luego, el cinturón y, por fin, las botas que le había comprado la mañana anterior a un buhonero. Como colofón, se echó por encima de

los hombros una capa igualmente apagada. Se le veía relajado. La inquietud de los días precedentes había desaparecido por completo.

La chica cogió el hatillo en el que se encontraba el atuendo que debía ponerse y buscó un arbusto para obtener intimidad. En breve se dirigirían hacia Arizcun por un camino que nadie transitaba a aquellas horas. La noche sería oscura. No habría luna que pudiera delatarles. Mientras se ataviaba, vio a Martín esconder sus pertenencias en el interior de un tronco hueco. Volvería a recogerlas justo al alba. También creyó atisbar cómo guardaba algo entre sus ropas. Era metálico y brillaba a la luz mortecina del ocaso. Sintió un temblor en su pecho. Supo que se trataba de un cuchillo.

Juan de Arralde contempló a través del cristal de la ventana cómo su hermana y su consorte se alejaban del palacio en dirección a la iglesia. Isabel llevaba un candil en la mano, mientras que Inés portaba la cesta de mimbre que contenía cuanto se utilizaba en una ofrenda: el pan, el tapete de lino, la *argizaiola* que habría de arder durante toda la noche sobre la tumba en la que reposaban tanto Lope como el resto de sus antepasados. El adusto varón siguió con la mirada a ambas mujeres que, vestidas completamente de negro, con la cabeza cubierta por el velo, se le antojaron figuras fantasmagóricas; un par de almas en pena recién salidas del purgatorio. Las perdió de vista antes de que llegaran a la plaza.

El rostro de Juan se ensombreció. Se sentía intranquilo. Tenía una corazonada que no le dejaba estar en paz. Subió a paso ligero hasta sus aposentos, se caló el sombrero y, tras ponerse una capa, abrió el arcón tachonado que reposaba en una esquina. De su interior extrajo un afilado espadín y dos pistolas. Se afanó en cargar aquellas armas. Su responsabilidad estaba clara. No podía consentir que aquel par de mujeres, apenas unas niñas indefensas, pasasen la noche en la parroquia sin protección alguna. ¿En qué lugar quedaría si a ellas les sucediera algo? ¿Qué pensarían de él sus convecinos?

Las dos cuñadas se detuvieron un instante ante la puerta de la iglesia. El cielo estaba orlado por un collar de estrellas que la falta de luna tornaba aún más brillantes. Un viento tibio hacía danzar las pocas hojas que todavía permanecían en los árboles. Ululaban las lechuzas a lo lejos. Se escuchaba el aleteo de los murciélagos, el ladrido lejano de algún perro.

Inés sintió un escalofrío. Pese a ello, su corazón no albergaba miedo alguno: se encontraba serena, decidida a seguir adelante pasara lo que pasase. Durante el trayecto no había cruzado una sola palabra con Isabel, que abría la marcha manteniendo la lámpara alzada ante su cara. La esposa de su hermano se veía pálida y temblorosa, como si estuviese enferma, como si fuera a derrumbarse en cualquier momento. La observó de soslayo y comprendió su sufrimiento y su congoja. Lo que ahora hacía atentaba contra todo lo que le habían enseñado a respetar: la religión lo condenaba, la sociedad lo censuraba... Estaba siendo cómplice de un delito

inconfesable, de una ignominia, tanto contra lo humano como contra lo divino, que habría de pagar tarde o temprano, en esta vida o en la otra. No se le ocultaba lo mucho que su cuñada arriesgaba al ayudarla. La reacción de Juan, si este descubría qué pasaba, sería impredecible. Nunca la perdonaría. Le agradeció secretamente su amistad y se juró estar a la altura de ella.

La joven hizo un gesto y ambas mujeres accedieron al interior del recinto sagrado. El eco distorsionaba los sonidos. Una ráfaga de viento estuvo a punto de apagar la llama que iluminaba su camino. Anduvieron con paso quedo entre los reclinatorios alineados en la nave, hasta arribar a la sepultura que contenía el cuerpo de Lope. Inés se persignó. Creyó escuchar un ruido. ¿Sería él? ¿Habría aparecido ya? Deseó que estuviera esperándola, pero también que no acudiera, que enviara a su hermana con el mensaje de que ya no la amaba, de que había tenido que irse lejos, de que no le aguardase pues jamás volvería. Se acuclilló sobre la tumba familiar y colocó la *argizaiola* encima de la losa. La contempló mientras se disponía a prender el extremo de la espiral de cera. Era exquisita, de la mejor madera, con filigranas y cruces finamente talladas en los extremos. ¿A cuántos de los de Arralde había alumbrado antes de aquella noche? ¿Quién la había confeccionado? Ignoraba ambas respuestas. Antes de darle fuego, rezó un emocionado padre nuestro para rogarle a su progenitor que la perdonara por lo que estaba a punto de hacer.

Justo cuando encendió la llama, escuchó que una voz susurraba su nombre en la oscuridad. No tuvo dudas. Era él. Su pecho se encogió. Su corazón comenzó a galopar cual si fuera un caballo desbocado. Martín, su amor, su gozo y su martirio, su vida y su agonía, su paraíso y su infierno. Había llegado el anhelado y temido trance del encuentro. El joven agote estaba allí, llamándola desde un rincón sombrío. La sangre de sus venas era lava y era plomo. Sintió su ánimo vacilar, pero logró sobreponerse: si había llegado tan lejos no era para echarse atrás en el último momento. Se encomendó tanto a Dios como al Diablo y giró la cabeza hacia Isabel, que asintió en completo silencio. Ambas sabían cómo obrar. Se apagó el quinqué por un instante.

Juan avanzaba sin apenas hacer ruido por la vereda que conducía hasta la iglesia. Era el mismo camino malhadado por el que, hacía apenas dos semanas, habían llevado en volandas el cadáver amortajado de su padre. Todavía permanecían frescos los recuerdos en su mente: la solemnidad infinita del cortejo, las oraciones, los lamentos de las plañideras, que él había pagado, resonando en el aire cargado de emoción... Lope... ¿Había sido realmente un hombre probo? ¿Había cumplido su misión? No estaba bien seguro de ello. El caserón, cuna y tumba de todo su linaje, origen, meta, razón misma de existir de los Arralde, se mantenía arrecho pese a los vientos de cambio que soplaban en el valle. No era escaso aquel bagaje aunque, en el fondo, presentía que tanto la influencia como la reputación de la familia no habían

dejado de menguar bajo la égida del finado. Aun así, resultaba forzoso reconocer en su descargo que había sido el único varón de su generación, lo cual, obviamente, no había ayudado en demasía a la sagrada tarea de engrandecer el nombre y el patrimonio de los antepasados. Él se encontraba en idéntica situación.

Juan pensó en Miguel, su hermano mayor, fallecido cuando ambos eran niños. Era el primogénito, el destinado a recibir sobre sus hombros la pesada carga del mayorazgo. ¿Lo habría hecho mejor? ¿Estaba más capacitado para llevar a buen puerto aquella nave a través de los mares agitados del presente, de los océanos ignotos del futuro? Lo desconocía. Había olvidado casi todo cuanto le concernía. Tan sólo se acordaba de un mozalbete altivo y espigado que le golpeaba a cada instante, que le negaba el pan y la sal, que le impedía acercarse a Lope y disfrutar de sus favores. También creía recordar que se había alegrado al verle muerto, al sentir que su padre, imponente, sombrío, magnífico cual ser mitológico, le apretaba contra el pecho de un modo en que jamás lo había hecho. Nunca volvió a sentirle tan cercano. Luego, apareció aquella mujer, una muchacha, hermosa como un lirio, a quien le dijeron que debía llamar madre. Nadie se hacía a la idea de la intensidad con que odió a su progenitor por haberse casado con ella, por haberla llevado a aquella casa para poner patas arriba el último tramo de su infancia. El niño que era entonces no fue capaz de conciliar el sueño durante muchos meses. Nada más cerrar los ojos se le aparecía el rostro de alabastro de la recién llegada. En la soledad infinita de la alcoba aspiraba noche tras noche su perfume embriagador, escuchaba su risa cantarina, se turbaba con el fulgor de su mirar. Desconocía si ella alcanzó a adivinar su loco amor de adolescente, aquella pasión abrasadora que le llevó a seguirla a todas partes, a espiarla a través de las rendijas, que despertó el deseo de asesinar a su padre para que fuese únicamente suya. Sólo sabía que murió poco después, al traer al mundo a Inés, su vivo retrato, la hermanastra cuya imagen no lograba apartar de su cabeza, la joven con la que soñaba cada noche; el ser, frágil y enorme, en quien pensaba mientras yacía con su esposa.

Arribó a las inmediaciones de la parroquia intentando desterrar de su cerebro aquellos sentimientos que dolían, que sabían a hiel y quemaban como el fuego. Se acercó al frontispicio, entreabrió con cuidado la puerta y aguzó la vista tratando de horadar la negrura. Al fondo, cerca del altar mayor, estaba la tumba de los suyos. Sobre ella chisporroteaba la llama mortecina de una *argizaiola*. Distinguió dos cuerpos arrodillados junto a la lápida. Rezaban en voz baja. De pronto, el viento trajo el aullido de un lobo. Notó un escalofrío recorriendo su espalda. Sus manos buscaron instintivamente las pistolas.

Martín e Inés se contemplaron largamente en el silencio oscuro de la noche. Sus pupilas refulgían igual que ascuas. Sus corazones palpitaban como si fueran a abandonar el pecho. Habían buscado abrigo en una vieja borda cercana al pueblo. La

ley obligaba a que aquellas cabañas, utilizadas para albergar ganado, tuvieran siempre las puertas abiertas. Allí, bajo los abedules ya desnudos, al socaire de aquellos muros ruinosos, había dispuesto el destino que tuvieran su tálamo nupcial.

—Vida mía... —susurró el agote con voz arrebatada. Ella le calló posándole el dedo en los labios. No deseaba que las simples palabras deslucieran la intensidad sin par de aquel momento. Sus manos se movieron en pos de las de él, a las que se aferró con la misma desesperación repleta de esperanza con la que un náufrago se ase a la última cuaderna de la nave a punto de ir a pique. Se estremeció de arriba abajo. Le parecía que de la piel del muchacho surgía un calor que la llenaba de bienestar, de confianza, de sosiego. Martín posó los labios en su boca y la besó con delicadeza. Inés temblaba igual que una hoja al viento.

—No temas —musitó él—. Te quiero..., te querré siempre.

Ella sonrió imperceptiblemente. A pesar de que sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra, la noche oscura y estrellada hacía que fuera más lo que se adivinaba que lo que se alcanzaba a vislumbrar. Él se despojó de la camisa y, después, pausadamente, con movimientos temblorosos, en cierto modo torpes, liberó a su amada de las pesadas vestiduras que el fallecimiento de Lope la condenaba a llevar durante años.

Contuvo el aliento al observarla. Era como si deseara fijar aquella imagen en su mente, como si procurara grabarla con todo lujo de detalles para no olvidarla jamás, para convocarla en las vigiliadas infinitas que por fuerza le esperaban en su vida sin ella. Inés seguía allí, arrodillada frente a él, igual que había venido al mundo; su piel nacarada concitaba la claridad mortecina de los astros que se filtraba por el techo arruinado, un resplandor sobrenatural que parecía emanar de aquella menuda anatomía, de aquellos ojos limpios y profundos, de aquellas facciones que eran a la vez de demonio y de ángel. La muchacha bajó la mirada al sentirse desnuda. Su vientre era liso; sus piernas, bien formadas; sus pechos, diminutos. Él intuyó los rubores que trepaban a sus mejillas y sintió que su corazón explotaba a causa de la dicha. Se aproximó todavía más a ella y rodeó su talle con los brazos. Escuchó sus latidos acelerados. La joven tiritaba, aunque no era de frío. Se llevó las manos a la cabeza y se soltó el cabello, que cayó en catarata sobre los hombros.

La contempló en silencio, maravillado de que fuera tan hermosa, de que estuviese allí, con él.

—Aún estamos a tiempo —dijo sin convicción, únicamente por que su voz le pellizcase, haciéndole saber que no era un sueño.

Ella sonrió y le miró a los ojos. Aquellas palabras habían terminado de disipar la neblina de celos que persistía en los más hondos recovecos de su alma. El hombre a quien amaba se encontraba allí, ansioso junto a ella, rebosante de cariño y de ternura.

Martín extendió su capa sobre el suelo cubierto de helechos que, a veces, acogía

al ganado. Momentos después, ambos jóvenes se dejaron caer, entrelazados, sobre aquel mullido lecho de hojarasca. Y, sin dejar de abrazarse un solo instante, sin que nada ni nadie les turbara, dieron comienzo a una vorágine de caricias y de besos, de susurros y gemidos, de saliva, de semen, durante la cual los dos se hicieron uno. Fue aquel un viaje sin retorno en el que, ebrios de amor y de ganas, de pasión y de arrebatos, se arrojaron, a ciegas y sin red, por una sima voluptuosa, por un húmedo túnel del que resultaba imposible salir indemne.

Martín e Inés yacían abrazados sin otro abrigo que sus propias pieles, húmedas a causa del sudor y del rocío. Los pájaros anticipaban el alba con su canto, titilaban todavía las estrellas. Hacía frío, aunque ellos apenas lo notaran. Se hallaban completamente exhaustos, agotados por el largo y gozoso combate que habían librado sus cuerpos, sus almas, sobre aquella alfombra de hojas muertas por la que resbaló la sangre de la chica.

Tanto una como otro se sentían dichosos y satisfechos. Estaban embebidos de una indefinible sensación de plenitud que les colmaba, que rezumaba por todos y cada uno de los poros, aún dilatados, de su dermis. No hablaban. Todo se lo habían dicho ya, unas veces con palabras y otras sin ellas, a lo largo de aquellas horas, eternas y fugaces, que ninguno de los dos olvidaría nunca.

Se tomaron de las manos y se fundieron en un último beso. Ya no quedaba tiempo. Había llegado la hora de que el embrujo se rompiera. Ambos sabían que no podían prolongar más aquel momento. Inés se apartó un poco y, tras sacudir las hojarasca que se había adherido tanto a su piel como a las telas, comenzó a ponerse el traje de luto que, en la penumbra, bien podía confundirse con el que portaba la hermana de Martín, quien la había suplantado en el interior del templo. Cuando él también estuvo listo, caminaron en silencio hacia el centro del pueblo.

Poco antes de llegar a las inmediaciones de la iglesia, los sentidos de Martín, agudizados por la furtiva vida en la montaña, dieron la voz de alarma; su instinto, lo mismo que el de un lobo, le avisaba de una presencia extraña, de un peligro inminente. Le indicó a la muchacha que aguardase y se acercó con gran sigilo. Allí, merodeando impacientemente junto al pórtico, había un hombre vestido con una capa oscura. Sus manos empuñaban sendas pistolas. No tuvo dificultad para adivinar quién era.

Regresó hasta donde esperaba la joven y explicó la situación. Inés se asustó mucho, más por Isabel y por Catalina que por sí misma; ya poco importaba lo que le hiciese su hermano.

El agote parecía pensativo. Dentro de poco, con las primeras luces, los vecinos de Arizcun despertarían dispuestos a afrontar el nuevo día. No debían permanecer allí, expuestos a sus miradas. Por otra parte, tampoco podían penetrar en la iglesia sin que Juan les descubriese. Tenía que cambiar a Catalina por Inés y alejarse de la localidad

sin que nadie se percatara del engaño. La chica escrutó atentamente el rostro de su amado. Estaba lívida y temblorosa. Él habló con voz calma.

—Iremos hasta la parte lateral de la parroquia y entraremos por la puerta que usan los de mi raza. Tu hermano no la vigila. Para él es como si no existiera.

La joven sonrió con inquietud. Aquella era su única posibilidad.

## XI



artín, apoyados los brazos sobre la borda del barco, contemplaba, sin verlo realmente, el mar que resollaba, infatigable, bajo sus pies descalzos. Se asemejaba a un gigante adormecido que lucía el mismo color azulado de sus ojos y que acunaba a las decenas de navíos, de diversas esloras, fondeados en las turbias aguas de la dársena. Llovía sin descanso. Las gaviotas revoloteaban en el cielo de plomo y hacían piruetas en torno a los mástiles más altos, ojo avizor en busca del sustento, entonando una desafinada sinfonía de graznidos. El murmullo pausado de las olas, el crujir del maderamen, el viento soplando entre las jarcias, acunaban sus sentimientos contrapuestos y le empujaban a ensimismarse en la nostalgia.

Se hallaba en la cubierta de un esbelto buque de dos palos que ultimaba los preparativos para zarpar rumbo a Terranova. El ajeteo era febril. Tanto en la nao como en el muelle los hombres iban y venían sin descanso, cruzando frases parcas y acarreando una infinidad de utensilios que resultarían necesarios en la larga e incierta singladura. Por doquier se divisaban redes y maromas, cajas, toneles, herramientas, lonas, sogas... Los sonidos y las voces se entremezclaban en el aire saturado de humedad y de agitación. Aquel ambiente enfebrecido no dejaba de sorprender al chico. A pesar de que el valle distaba escasas leguas de la costa, él, a semejanza de la mayoría de sus paisanos, agotes o no, era un ser de tierra adentro, una persona apegada al caserío y a los prados, a los árboles y al río, a las montañas. Contados eran los baztaneses que, una vez abandonado el terruño, se dedicaban a la navegación. La mayor parte preferían afanarse en el comercio, en la administración, en el pastoreo o en las armas...

Había llegado a San Juan de Luz una semana después de despedirse de su amada. La tristeza le corroía el alma de igual modo que el salitre descomponía los metales y las tablas cercanos a la costa. La soledad lastraba las alas de su espíritu. Tenía el corazón partido en mil pedazos. No podía resignarse a que el adiós de Inés fuera para siempre.

Al poco de separarse de la joven que lloraba en silencio bajo el velo, había contemplado con angustia cómo su hermana Catalina se alejaba hacia Bozate sin tan siquiera detenerse para mirar atrás, para esbozar un postrero adiós. Amanecía quedamente y un gallo cantaba en la distancia. Se preguntó si volvería a verlas otra vez, si retornaría algún día a aquellos pagos. Prefirió no anticipar una respuesta. El tiempo la daría por él.

Pasó aquella jornada oculto entre las ruinas de un molino en desuso y, cuando anocheció, dio comienzo a un sigiloso caminar que, atravesando prados y bosquecillos, hollando sendas y vados poco frecuentados, en ocasiones desconocidos

incluso para él, le llevó hasta una frontera que atravesó sin contratiempo.

Durante aquellas horas solitarias, primero entre unas paredes devoradas por la hiedra y el abandono, y, después, andando sin descanso ni esperanza hacia el exilio, su mente no había tenido un instante de asueto. Debía decidir lo antes posible sobre el más inmediato porvenir.

Diversas eran las opciones que se le presentaban una vez que sus intentos de convencer a Inés para que se fugase con él y le acompañara en busca de otras tierras habían resultado infructuosos. Quizá lo mejor fuera dirigirse a las posesiones que la Corona tenía allende los mares. Se contaban por centenares los vascos que habían hecho fortuna tanto en América como en las Filipinas. Tal vez alguno de ellos se dignara a concederle una oportunidad. Era un joven fornido y vigoroso, hábil con las manos, despierto de cabeza, honesto y decidido, que no le temía al trabajo más duro. Faenaría con tesón, saldría adelante y se labraría un futuro digno, lejos del lugar en donde había venido al mundo. Puede que la existencia, en su imprevisible devenir, le enseñara a superar el recuerdo agri dulce de Inés, a desterrarla de su corazón, de sus sentimientos, de sus sueños. Sabía que resultaría muy difícil, pues su amor era profundo y, en vez de menguar, se fortalecía en lo más hondo de su ser, pero quizá el tiempo y la distancia se pusieran de su parte y restañasen las heridas por las cuales se desangraba ahora su alma. Encontraría otra mujer a la que aprendería a querer. Tendría hermosos hijos que crecerían ajenos al oprobio y a la vergüenza que imperaban a sus anchas en el valle, vástagos carentes de complejos que se abrirían camino en la vida sin tener que padecer la continua humillación que significaba haber visto la luz en el barrio maldito de Bozate.

Aquel alud de quiméricos proyectos tomaba cuerpo en el cerebro del muchacho con toda su carga de promesas deslumbrantes. No obstante, a medida que se acercaba a la frontera, reparó en que aquellos pensamientos no constituían sino castillos en el aire, que le resultaría imposible llevarlos a cabo. Lo que realmente era, un prófugo acusado de asesinato, le cerraba a canto y a cal todas las puertas. Además, incluso obviando eso, sospechó que los navarros que hubieran podido echarle una mano le negarían el pan y la sal en cuanto descubrieran que se trataba de un agote. Por mucho que lo ocultase, no tardarían en enterarse de ello; los largos tentáculos del paisanaje funcionaban a las mil maravillas en aquella diáspora unida por el común origen de sus miembros.

Barajó después una segunda idea, un plan que en un primer momento le pudo resultar descabellado pero que, al fin y a la postre, fue tomando entidad en el indeciso campo de batalla de su mente. Pese a que, recientemente, se habían visto forzados a entregar a Gran Bretaña la bahía de Hudson, Acadia y Terranova, los franceses contaban con diversas colonias en la parte norteña del continente americano. Se decía que aquella era una tierra libre y salvaje, aún sin explorar, que abundaba la caza en

sus frondosos bosques, la pesca en sus ríos caudalosos, que comenzaba a surgir un incipiente comercio basado en las pides... Resultaba tentador dirigirse hacia aquel vasto país en donde todo estaba por hacer, en donde aún no había leyes ni fronteras. Allí, seguramente, encontraría algunos vascos septentrionales a quienes quizá importase menos que a los del sur cuál fuera su lugar de nacimiento. Hablaban el mismo idioma, poseían costumbres similares, habían crecido contemplando idénticas montañas, viendo los mismos cielos... puede que le hicieran un hueco entre ellos. En caso contrario, siempre podría pasar inadvertido con mayor facilidad que con los peninsulares. Poco perdía con intentarlo. Cuando menos, no tendría que andar escondiéndose de las autoridades; no necesitaría medir cada uno de sus pasos, ni vivir continuamente alerta, igual que una alimaña. Nada había hecho para padecer esa condena.

Al día siguiente de arribar a San Juan de Luz, cuna de navegantes intrépidos, de pescadores esforzados, de corsarios, comenzó a buscar un barco cuyo destino le conviniera. En el puerto fondeaban diversos navíos que se hallaban a punto de hacerse a la mar rumbo a lejanas latitudes. Algunos se dedicaban a la caza de la ballena, mas esa industria, que hasta hacía pocos años había ocupado a gran cantidad de hombres en todo el litoral labortano, comenzaba a languidecer a causa de la creciente escasez de aquellos gigantescos cetáceos, cuyas imponentes siluetas jalonaban los escudos de armas de no pocas villas de la costa, y estaba dando lugar a un incremento en la actividad de quienes se dedicaban a pescar bacalao en las gélidas aguas de Terranova.

Le sonrió la suerte y no le fue difícil hallar trabajo en uno de estos últimos buques. Habló con unos y con otros, en las tabernas, en las lonjas, en las callejas y en los muelles... y, finalmente, se entrevistó con un armador que necesitaba un carpintero para esa campaña. Él le confesó a su interlocutor que quizá no efectuara el viaje de regreso, mas a este no pareció importarle en demasía aquella circunstancia. Un apretón de manos selló la contratación.

Así que allí estaba, inmóvil en cubierta, mirando con los ojos empañados por la melancolía cómo, en el dique, unos mocosos soltaban las últimas amarras. La lluvia caía sin descanso y empapaba más su corazón que su cabello. En el puerto, las familias despedían emocionadamente a sus deudos embarcados. Pasaría largo tiempo antes del reencuentro, eso si no acontecía una desgracia. Martín sentía una profunda tristeza, una nostalgia infinita que le producía un daño casi físico que le hacía derramar en su interior lágrimas preñadas de amargura. Supo que añoraría aquella tierra, sus verdes prados, sus bosques, sus montañas. También comprendió que extrañaría a sus padres y a su hermana, a los amigos y conocidos que quedaban en Bozate, condenados a vivir en la ignominia. Adivinó que, sobre todo, más que a nada o a nadie, echaría de menos a su amada. Ninguna otra ocuparía jamás su lugar.

Inés no conseguía olvidarse del agote. Tanto de día como de noche, la imagen del muchacho ocupaba sus atribulados pensamientos. No podía evitar que fuera así, aunque tampoco sabía si lo deseaba realmente. La brisa que soplaba entre las tejas, el agua que salía de las fuentes, el grave tañer de las campanas, el canto alegre de las aves, el chirriar de puertas y ventanas..., todos y cada uno de los elementos que rodeaban su existencia cotidiana parecían haberse conjurado para pronunciar, una y otra vez, el nombre biensonante del buen mozo. La piel se le erizaba al evocarle. Su corazón se aceleraba al recordar lo acaecido durante aquella noche que no acertaba a definir; el cúmulo de sensaciones contrapuestas que la habían colmado de dolor y de placer, que habían separado su alma de su cuerpo, que la habían elevado sobre el suelo cubierto de hojarasca, por encima de la tierra humedecida del Baztán.

¿Debía acaso sentirse avergonzada por haber yacido con aquel hombre a quien quería más que a nada en el mundo? ¿Tenía que penar agobiada por el peso insoportable de los remordimientos, por la herida lacerante de la culpa? Lo cierto era que a ella no le ocurría nada de eso. Quizá hubiese cometido un horrendo pecado, tal vez se hubiera condenado para toda la eternidad, pero no se arrepentía de lo hecho. ¿Quién se acuerda del fuego del Infierno cuando se acaba de tocar el Paraíso con las yemas de los dedos, cuando se llora de gozo y se ríe de sufrimiento, cuando el placer se torna insoportable y las ganas de vivir se entremezclan con la agonía más atroz? Cerró los ojos. Estaba segura de que Dios sabría perdonarla por aquello. Subió con gran sigilo al palomar y espantó a todas las aves que allí había. Imaginó que volaban muy lejos, que encontraban a Martín y le hacían partícipe de aquellos pensamientos.

Aquel lluvioso mediodía, durante la comida, Inés e Isabel cruzaron sucesivas miradas a hurtadillas, como si se comunicaran sin palabras. La relación entre ambas mujeres se habían fortalecido todavía más desde la noche del encuentro con Martín. Las dos cuñadas habían ido construyendo, poco a poco, un lenguaje cifrado, un código compuesto de gestos, de expresiones, de silencios, cuyo significado nadie excepto ellas era capaz de entender. A la amistad previamente establecida se le había agregado toda una gama de vínculos que iban desde la complicidad hasta la resignación. Aquel secreto compartido había contribuido al surgimiento de unos lazos que las unían de manera aún más estrecha y que ellas se cuidaban de no poner de manifiesto ante quienes las rodeaban. A los ojos de Juan, de los criados, de los familiares y de los vecinos, continuaban siendo dos muchachas de carácter apocado que se hacían mutua compañía en el oscuro solar de los Arralde.

De pronto, el señor de la casa despidió a los sirvientes y comenzó a platicar con tono serio. Tanto su hermana como su esposa le escucharon en silencio. Sabían que resultaba mejor no interrumpirle.

—Esta mañana me he entrevistado con sor Anastasia... La madre superiora es

una persona de altas miras que sabe desenvolverse con soltura entre la curia de Pamplona. Te aprecia, Inés, y está mirando por ti y por tus intereses. Espero que algún día sepas agradecer tanta atención. Pues bien..., ha conseguido el beneplácito de las autoridades eclesiásticas para que tu boda se celebre conforme habíamos pensado. Esta misma noche cogeré pluma y pergamino y le propondré al padre de tu futuro esposo que el enlace tenga lugar el próximo agosto, más concretamente el día de la Virgen. Me parece una fecha adecuada tanto para ellos como para nosotros.

Inés guardó silencio y asintió. Isabel ladeó la cabeza y le dirigió a su cuñada una mirada solidaria que Juan cazó al vuelo, lo mismo que si fuera una de aquellas palomas que habían escapado de manera inexplicable esa misma mañana.

La luna llena asomaba entre las nubes cargadas de lluvia y silueteaba las montañas que circundaban el valle del Baztán. Hacía mucho frío. Un muchacho detuvo su andadura y se acuclilló sobre la hierba humedecida de una loma. A escasa distancia, bañados por la luz plateada de los astros, envueltos en una neblina algodonosa que parecía surgir del propio suelo, se alzaban los orgullosos edificios que jalonaban Arizcun; la enhiesta torre de la iglesia, las casas de recias paredes, el palacio de Arralde, el recoleto bosquecillo en el que estaba la borda en donde su amada y él se habían entregado el uno al otro.

Habían transcurrido escasos días desde que Martín saltara a tierra, dejando atrás el casco de aquel barco ya a punto de zarpar hacia lejanos caladeros. No se debía ni a la desazón ni al miedo el que hubiera obrado así. Muy al contrario, había sido la rotunda certeza de que si se hacia a la mar jamás volvería a ver a Inés lo que, en última instancia, casi sin tiempo de pensarlo, le empujó a abandonar el navío en medio de las burlas de cuantos se hallaban en el puerto. El griterío enfurecido de la tripulación, sus insultos y sus imprecaciones, le persiguieron hasta que se perdió entre las calles, relucientes a causa de la lluvia. Sin saber ni qué hacer ni adónde ir, entró en una taberna cercana y demandó comida y vino con su último dinero. Para cuando salió, bastante ebrio, profundamente triste, el aguacero ya había concluido.

El muchacho había cruzado la frontera con las primeras sombras y, pese a que el barro causado por las copiosas precipitaciones de las últimas semanas había tornado impracticables no pocos caminos, confiaba en hallarse de nuevo al otro lado antes de que el sol saliera. Aquella nueva singladura le llevó de vuelta a un valle del que comenzaba a enseñorearse el largo invierno. Sabía que lo que hacía era una temeridad, que se jugaba la vida, pero algo más fuerte que su propia voluntad le empujaba a dar por bueno cualquier riesgo con tal de encontrarse cerca de Inés. Pensó en ella. Las antiguas piedras del palacio refulgían bajo los rayos de la luna cual si fueran de bronce. Su amada debía de estar durmiendo. ¿Aparecería él en sus sueños del mismo modo en que ella soliviantaba los suyos? ¿Susurrarían su nombre aquellos labios de amapola? Necesitaba a Inés mucho más que al aire o la comida. No estaba

dispuesto a renunciar a sus caricias. Lucharía. Arrostraría cuantas dificultades fueran menester por conseguir su amor.

De improviso, toda la rabia y la impotencia que llenaban su alma, toda su congoja y su emoción, tomaron forma en su interior y se desbordaron, incontenibles, a través de la garganta. Sus cuerdas vocales estuvieron a punto de romperse debido al *irrintzi*, potente y desgarrado, que surgió de lo más profundo de su ser.

Inés se estremeció al escuchar aquel grito que parecía provenir de las entrañas mismas de la noche. La joven no dormía, apenas lo había hecho durante las últimas jornadas. Una sucesión de oscuros presagios le impedía hallar sosiego. De un tiempo a esa parte, sus sueños se estaban convirtiendo en pesadillas.

Se incorporó despacio y encendió el candelabro que reposaba junto a la cabecera de la cama. La luz oscilante de la llama pobló la alcoba de sombras amenazadoras y concitó sus miedos en lugar de espantarlos. Sintió un repentino escalofrío y se echó un chal sobre los hombros. Caminó hasta la ventana con los pies descalzos. El suelo estaba helado. Su corazón, también.

Apoyó la frente en el cristal. De él emanaba una humedad que atravesó su piel y despertó del todo sus sentidos. Clavó su mirada en la negrura y, de improviso, creyó vislumbrar una silueta con forma humana que danzaba en la pelada cima de una loma próxima. Tal vez fuera algún loco, o quizá se tratase del *Gaueko*, aquella criatura antojadiza que moraba entre las sombras y abandonaba su guarida nada más ponerse el sol. A lo peor aquello significaba que las brujas habían vuelto al valle; esa podía ser la explicación a todo lo que estaba ocurriendo. Un nubarrón ocultó el rostro nacarado de la luna. Se persignó. La sangre que, regularmente, coincidiendo con el cuarto creciente de aquel astro, teñía de rojo sus partes más íntimas, no había aparecido todavía. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Tenía una premonición.

## XII



Martín halló trabajo en unos astilleros cercanos a Ziburu. Su habilidad con la madera y el ahínco con que afrontaba cada jornada la tarea le granjearon las simpatías del propietario, un anciano, testarudo y bonachón, que se dedicaba a construir pequeñas embarcaciones que los lugareños empleaban en la pesca de bajura. El muchacho se encontraba a gusto con aquella ocupación. Ganaba lo suficiente como para poder vivir y aprendía técnicas de carpintería hasta entonces desconocidas para él. Además, la extenuante faena, a la que se aplicaba en cuerpo y alma, le ayudaba a entretener la mente y a alejar de su cabeza el recuerdo de su amada. Comía lo que le daban y dormía en un pequeño cobertizo anexo al taller. El dueño, que se lo había cedido de forma gratuita, nada había preguntado acerca de su origen. Algunos detalles inconexos llevaron al chico a sospechar que él también era un agote. En aquel pueblo, algo alejado del centro, había un barrio llamado despectivamente de los *kaskarot*, y se decía que quienes lo habitaban eran gentes de su misma raza.

Al poco, Martín entabló una gratificante relación de camaradería con un mozo de su edad llamado Beñat Etcheverry. El joven, natural de la relativamente próxima localidad de Sara, la misma en donde había nacido la difunta madre de Inés, era pariente de la esposa del patrón y, a menudo, se alojaba en casa de este, donde se le apreciaba y tenía una pieza reservada. Poseía un carácter abierto y locuaz, proclive a la charla y a los cánticos, aunque, a veces, se mostraba bastante reservado acerca de sus actividades y desaparecía durante varios días sin dar explicación sobre su paradero.

Una noche de enero, cuando ya su amistad se había tornado lo suficientemente estrecha como para intercambiar algunas confidencias, ambos muchachos compartieron mesa y mantel en una acogedora posada cercana al puerto. A los postres, el labortano, que había pagado la opípara cena, observó fijamente al bozatarra. La botella de vino estaba vacía.

—Me caes bien, Martín. Ignoro de qué huyes, porque está muy claro que escapas de alguien o de algo, pero estoy convencido de que eres una buena persona. Mi intuición no acostumbra a engañarme —el aludido bajó la cabeza, azorado—, por eso te he entregado mi confianza. Escucha con atención lo que tengo que decirte, pues estoy convencido de que lo encontrarás interesante. Supongo que más de una vez te habrás preguntado a qué me dedico —su interlocutor asintió en completo silencio. Beñat bajó el tono antes de proseguir—. En mi pueblo hay gente involucrada en un tipo de comercio que no es del todo lícito... me refiero, naturalmente, al contrabando. Algunos de mis parientes participan también de esa ocupación. Nosotros no hemos

puesto ahí esa frontera, mas, ya que está, ¿por qué no sacarle algún provecho? Bastante nos exprimen ya los nobles, que no dudan en condenarnos a padecer miseria y necesidades con tal de proseguir con sus guerras estúpidas, con sus fastos y prebendas. Bien se celebró la muerte del rey Luis hace unos años. La gente no cabía en si de contento. El caso es que, ciertas noches, grupos de jóvenes con buenas piernas salen de Sara con sacos repletos de mercancía cargados a la espalda y los transportan, campo a través, hasta Elizondo, Zugarramurdi o Vera, donde otras personas, nativas de dichos pueblos, se encargan de recogerlos. Es menester hallarse de regreso antes del alba. A veces hay soldados pero es fácil burlarlos, pues vienen de lejos y desconocen el terreno. Además, sus jefes reciben suculentas gratificaciones por mirar hacia otro lado y dejarnos hacer. Bueno..., lo que tengo que proponerte es lo siguiente: nos vendría bien alguien como tú el jueves por la noche. Piénsalo detenidamente. Sé que no te caerían mal unos ducados. No hace falta que me des ahora mismo una respuesta.

Martín no consiguió conciliar el sueño aquella noche. La oferta de su amigo le resultaba atractiva y ominosa a partes iguales. Sus padres le habían inculcado el amor por el trabajo bien hecho, por la rectitud, por el tesón... estaba seguro de que no les agradaría en absoluto que él se dedicara a aquellas ocupaciones. No eran escasos quienes en el Baztán se encontraban implicados en el tráfico fraudulento de animales, de mercancías, de personas, pero sabía que ninguno de ellos era agote; los mismos contrabandistas hubieran denunciado ante las autoridades a cualquiera de los de su raza que osara echarse al monte. Por otra parte, estaba el riesgo de ser apresado. Era un prófugo acusado de un crimen terrible, y lo que para Beñat y sus compañeros se saldaría con una simple multa, con la cárcel o el destierro, para él acarrearía un castigo infinitamente más severo: la muerte.

No obstante, aquel ofrecimiento no dejaba de resultar sumamente tentador. Podían sacarse cuantiosos dividendos mediante aquella actividad. Poco le importaba que fuese ilegal. Nada debía él a nadie. No tenía por qué respetar unas leyes que le arrinconaban, que condenaban a los de su estirpe a una vida de postergación. Quizá el dinero contribuyera a mejorar las cosas. Tal vez, en poco tiempo, consiguiera ahorrar lo suficiente como para adquirir dos pasajes y marcharse con Inés, a la que no olvidaba, rumbo a tierras lejanas. Además, en el peor de los casos, si la chica seguía rechazando sus propuestas, si tenía finalmente que irse solo, siempre podría ayudar a los suyos, que no andaban sobrados de caudal.

El amanecer le encontró sentado frente al mar. El cielo estaba rojo y sin nubes. La brisa le acariciaba el rostro y jugueteaba con su cabello largo y rebelde. Temblaba debido al frío de la noche pasada a la intemperie. Había tomado una decisión. En cuanto llegó Beñat, se dirigió hacia él y asintió con la cabeza. El otro sonrió. Estrecharon las manos.

Inés, más lánguida que nunca, una pálida sombra de si misma, deambulaba igual que un alma en pena por las oscuras dependencias del caserón de Arralde. Llevaba varias semanas ensimismada en un sopor autista. Se había recluido en una burbuja de silencio que la había llevado a rechazar todo trato con sus semejantes. Incluso los reiterados intentos de Isabel por sacarla de aquel estado habían resultado infructuosos.

La chica apenas ingería bebida o alimentos, y ya no salía del palacio ni tan siquiera para cumplir con sus obligaciones religiosas, aunque fuera domingo o fiesta de guardar, hecho que había levantado infinidad de comentarios entre una población proclive a ellos como pocas. El pretexto utilizado para no ir a la iglesia era que la muerte de Lope la había afectado tanto que no lograba recuperarse de la aflicción. Su aspecto había empeorado de manera ostensible. Su rostro se estaba marchitando y su sonrisa, antaño fácil, se había desdibujado hasta borrarse del todo. Tan sólo cuando Juan, preocupado por aquel calamitoso estado de salud, habló de traer al médico, comenzó ella a variar su comportamiento y a comer. No deseaba que ningún doctor la examinara: no hubiese tardado en descubrir que estaba embarazada.

Se hallaba profundamente confundida. Lo cierto era que no acertaba a vislumbrar cómo debía obrar, qué hacer ni qué decir, en dónde poner sus miras. Temía la reacción de su hermano cuando este se enterara de que esperaba un hijo de Martín. Era incapaz de adivinar cuál iba a ser el comportamiento de Juan, pero intuía que lo que acontecía acarrearía terribles consecuencias para todos. Sabía bien del carácter iracundo de aquel varón y no dudaba de que la nueva situación no les depararía nada bueno. El dueño de Arralde tenía depositadas todas las esperanzas en su enlace con Vicente de Mihura e Ybarra, y aquella preñez provocaría la segura cancelación del matrimonio. Además, estaban los chismes y las burlas que inventarían los vecinos a expensas suyas. Aquello sí que le dolería en lo más hondo. Era orgulloso hasta el extremo. Jamás había podido soportar que le menospreciaran.

La chica comenzó a bajar las escaleras camino de la cena cuando, de pronto, sus piernas se negaron a sostenerla y cayó rodando estrepitosamente sobre los peldaños hasta el piso inferior. Isabel y Fermina, atraídas por el ruido y los sollozos, no tardaron en llegar. Se acuclillaron a su lado y la incorporaron con mimo. Todo giraba en torno a su cabeza. Una sirvienta trajo agua. Cuando la vieja criada puso el vaso en sus labios, Inés leyó en su rostro que había comprendido qué pasaba.

Atardecía lentamente cuando Martín hizo su entrada en la localidad fronteriza de Sara. Estaba inquieto y cabizbajo. No las tenía todas consigo en aquella aventura a punto de comenzar. El pueblo se hallaba casi vacío y el humo blanquecino de la leña salía por la mayor parte de las chimeneas que coronaban los tejados. En lontananza, oculta a medias por las nubes, se elevaba la mole del Larrún, la escarpada montaña

por cuyas laderas deberían transitar aquella misma noche. Estaba calado hasta los huesos. No había dejado de llover en toda la jornada y el viaje desde Ziburu había sido largo y pasado por agua. El patrón le había dado un par de días libres en el astillero. Parecía ver con buenos ojos sus relaciones con el pariente de su esposa.

Deambuló sin rumbo fijo por las callejas embarradas. La luz satinada del ocaso se reflejaba en los charcos cual si fueran espejos. Había quedado con Beñat en que este pasaría a recogerle por la plaza, justo cuando el sol cayera. Se preguntó sin un solo atisbo de curiosidad en cuál de aquellas casas habría venido al mundo la madre de su amada. Pensó en Inés. Resultaba irónico, pero todos sus pasos le conducían hacia ella de forma irremediable. Era como si el destino se complaciera en jugar con él, enredándole entre sus hilos, abocándole a caminar a ciegas por un laberinto cuya salida estaba decidida de antemano.

Sonó cinco veces el reloj del campanario. La noche había arribado y, en la plaza, el agote aguardaba impaciente, aterido de frío, empapado, la llegada de su camarada. No tardó este en hacer su aparición. El labortano sonrió cordialmente y le palmeó la espalda tratando de infundirle confianza. Martín se lo agradeció en silencio y fue tras él.

Al cabo de un rato, arribaron a un enorme caserío oculto en el fondo de un vaguada cubierta de árboles, algo alejada del pueblo. Allí, a salvo de miradas indiscretas, esperaba una partida de mozos que saludaron a Beñat con una mezcla de confianza y de respeto. El joven parecía estar al mando del grupo que le siguió hasta una cuadra iluminada por antorchas en donde se hallaban varios hombres que les indicaron cuáles eran los bultos que debían transportar. Etcheverry asintió quedamente y se retiró a un rincón para departir con un vejestorio de aires reservados que no cesaba de gesticular con la cabeza y con las manos, como si fuera un muñeco de guiñol. Cuando acabó la plática, tomó uno de los sacos y se lo echó a la espalda, agarrándolo con ambas manos. Los demás le imitaron.

Una luna de plata menguaba en el cielo cubierto de oscuros nubarrones. Soplaban un viento frío que venía del mar. La cuadrilla marchaba compacta y silenciosamente a través de veredas enfangadas, de prados resbaladizos, de arboledas. A veces, se escuchaba en la lejanía el sonido apelmazado de algún animal, pero todo se antojaba tranquilo y rutinario, no daba sensación de peligro. El ritmo de la marcha era muy vivo pese a que en ningún momento dejaban de ascender. Tenían que estar de vuelta antes del alba. Si la aurora les sorprendía en territorio navarro, deberían esconderse hasta el anochecer para retornar a Sara; disponían para ello de lugares adecuados, de covachas y bordas, de caseríos amigos. La carga pesaba en los hombros del agote, que se preguntaba sin especial curiosidad qué habría dentro del saco. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. No se oía una sola voz; a lo sumo, alguna respiración entrecortada, algún jadeo, el crujir de las hojas bajo los pies ligeros. Los

miembros de la partida, una decena, eran hombres fuertes y experimentados, pese a la juventud extrema de varios de ellos. Todos sabían cómo obrar.

En un momento dado, el camino comenzó a descender marcadamente. Martín adivinó que ya habían cruzado la frontera. Su corazón comenzó a latir con fuerza y un escalofrío recorrió de improviso su columna vertebral. Allí empezaba el verdadero peligro para él. Nada le había dicho a su amigo de las acusaciones que pesaban sobre su persona. No se trataba de que desconfiara del saratarra; simplemente, prefería mantener en secreto aquel oscuro tema.

Cuando la luna estaba en lo más alto, avistaron un caserón en mitad de una ladera. Las paredes brillaban, encaladas, bajo el resplandor mortecino de los astros. Allí era a donde se dirigían. El último tramo del camino lo habían hecho a la vera de un arroyo flanqueado por una densa vegetación. Todos se hallaban empapados, puesto que el sirimiri apenas había dejado de caer. Beñat, que había ido el primero durante todo el rato, esbozó un gesto con la mano y el grupo se detuvo y se pegó al terreno. Aguzó la vista y el oído, dejó su fardo sobre el suelo y se adelantó con movimientos sigilosos. Al poco, una luz se encendió en un ventanuco. Era la señal convenida para confirmar que todo marchaba bien.

Los miembros de la partida depositaron el contrabando en el piso de la cocina del enorme edificio. Allí había varios hombres que, tras un escueto saludo, les ofrecieron alimentos y vino para que repusieran fuerzas. Mientras comía, el agote supuso que, en cuanto ellos se fueran, aquellos individuos se ocuparían de poner a buen recaudo la carga. Los de Vera comentaron con una preocupación patente que, hacía pocos días, habían recalado en la comarca diversas compañías de soldados, y que no conocían a los mandos, quienes, bien por exceso de celo o bien porque desearan percibir algún soborno, podían albergar la tentación de crear complicaciones. En los últimos tiempos, tras la instauración en el trono de Madrid de la dinastía borbónica, de ascendencia gala, las relaciones entre ambos reinos vecinos eran buenas, pero nunca podía saberse a ciencia cierta. Además, en Francia crecía por doquier el descontento. La nación entera bullía a causa de una agitación desconocida, debida en buena parte a la crisis del banco emisor de papel moneda, a los insoportables impuestos, al despotismo que campaba a sus anchas.

Etcheverry, que había desaparecido nada más llegar, retornó a la cocina acompañado de un sujeto de facciones afiladas que Martín creyó haber visto alguna vez en el Baztán, y ordenó que se aprestaran para emprender el viaje de regreso. Se le veía rígido y pensativo.

Al principio, todo fue bien. Libre ya del peso de los sacos, la cuadrilla avanzó a buen ritmo siguiendo el cauce sinuoso del regato. Pese a que el silencio continuaba imperando entre sus componentes, se palpaba que el ambiente era ahora algo más relajado. Lo más difícil ya estaba hecho. Tan sólo Beñat y el bozatarra, cada uno por

un motivo diferente, proseguían con la tensión a flor de piel.

Poco antes de llegar al collado en donde estaba la frontera terminaba la protección del bosquecillo de alisos por el que habían transitado gran parte del camino. Luego, venía un repecho descampado. La distancia que les separaba de territorio francés era ya escasa. La majestuosa silueta del Larrún presidía el paisaje blanqueado por la luz de la lima. Estaban casi al otro lado.

Justo entonces, cuando menos lo esperaban, cuando se hallaban a punto de alcanzar el promontorio, se desencadenó la cacería. La noche se pobló súbitamente de estampidos, de fognazos, de chasquidos, y el plomo voló en busca de carne que morder. Uno de los que formaban el grupo cayó al suelo, alcanzado por las balas. Gritó pidiendo ayuda. Los contrabandistas, que corrían ciegamente en pos de algún refugio, titubearon sin saber cómo actuar. La voz crispada de Beñat les conminó a que no se detuvieran. No obstante, él no predicó con el ejemplo y, dando media vuelta, se encaminó hacia el herido, que no cesaba de gemir. Los soldados descendían la pendiente a la carrera después de haber cargado los mosquetones. Sus siluetas alargadas, coronadas por sombreros de tres picos, se recortaban amenazantes contra el lienzo del cielo. Etcheverry intentaba levantar al compañero, mas este pesaba demasiado como para que pudiera hacerlo por sí solo. Los militares estaban al llegar. Les cogerían sin remedio. En ese momento hizo su aparición Martín, quien ayudó a su amigo a alzar en volandas al caído. Los tres jóvenes se internaron en la cercana espesura buscando una vía de escape.

Los fugitivos descendieron a tumba abierta por un talud muy pronunciado, resbalando a cada paso a causa del barro, de la irregular orografía del terreno, de las raíces que asomaban, de las hojas y los charcos que cubrían el suelo. Escuchaban nítidamente el sonido de las pisadas de sus perseguidores, que parecían hallarse cada vez más próximos. La claridad ahora más patente del alba hacía que los árboles desnudos se asemejaran a seres grotescos y encorvados. El herido iba en el medio y avanzaba a duras penas gracias al socorro de sus camaradas, sin el cual hubiera caído irremisiblemente. Apretaba los dientes y no emitía ni una sola queja a pesar del trajín y de la sangre que brotaba sin cesar por su costado. Se oyeron gritos marciales y algún que otro disparo. Intentaban cercarles.

Pero Etcheverry conocía bien la zona. Cuando cesaron de bajar, tiró hacia la izquierda y se metió en una vaguada estrecha y arbolada por cuyo fondo discurría un riachuelo de aguas turbias. Al rato, dejaron de percibir los ruidos de quienes les buscaban. Vadearon el arroyo haciendo uso de un tronco caído que lo atravesaba de orilla a orilla, y salieron del bosque a la vera de un prado. A lo lejos, divisaron un par de caseríos de cuyas chimeneas surgía un humo blanquecino que hablaba de calor y de comida. Ya había amanecido totalmente. Beñat detuvo su carrera y sonrió.

—Estamos a salvo —exclamó con alivio—. Ahí vive mi familia.

—Ya está todo arreglado —le explicó aquella misma noche un eufórico Juan a su hermana, que se sentaba frente a él, indiferente a cuanto decía, en el interior del gabinete; tan sólo la mesa de madera separaba sus cuerpos—. La fecha del enlace será, tal y como habíamos apuntado en un principio, el día de la Virgen, el quince de agosto.

Inés no contestó. A decir verdad, apenas había prestado atención a las palabras engoladas de su interlocutor. Se hallaba sumida en otro tipo de consideraciones de mayor importancia. El señor de Arralde prosiguió con su monólogo, completamente ajeno al ensimismamiento de la chica.

—A mediados del mes próximo se personarán en esta casa los representantes de los Mihura e Ybarra. Una vez concretemos los últimos detalles, procederemos tanto a la redacción como a la firma del contrato matrimonial. Cuando llegue el verano, tú, mi esposa y yo, nos desplazaremos hasta Sevilla para celebrar allí la boda. Nadie más irá por nuestra parte. Está demasiado lejos. Además, debemos observar como Dios manda el duelo que le corresponde a nuestro padre. Es curiosa la parentela de tu prometido... Pese a su origen navarro, a la fidelidad ilimitada que profesan a esta tierra, han adoptado no pocas de las relajadas costumbres meridionales: no sólo se niegan a aceptar una dote, sino que efectuarán diversos donativos aquí, en Urdax y en Arizcun, para ser más exactos. No obstante, tú no marcharás con las manos vacías. Puedes estar segura de ello.

La muchacha pareció despertar de su letargo. Durante la triunfante perorata de su hermano se había dedicado a intentar dar con el modo más propicio de exponer lo que pasaba. Tenía miedo, pero no le quedaba otro remedio que hacerlo así, de sopetón, sin rodeos ni preámbulos que amortiguaran el efecto demoledor de sus palabras. Alzó la cabeza y miró directamente al rostro de su interlocutor. Su voz sonó tranquila.

—Me temo que los enviados de la familia Mihura e Ybarra no querrán rubricar nada cuando se enteren de que estoy embarazada.

Juan necesitó de un tiempo para digerir aquella frase que por nada del mundo esperaba escuchar. Perdió el aplomo y el habla. Se apagó. Mas, poco a poco, su semblante, en un primer momento demudado, fue recuperando la compostura y tornándose sombrío y amenazador. Un escalofrío recorrió la espalda de la joven, que se puso a temblar lo mismo que un potrillo recién nacido. El hombre se irguió en todo su tamaño y asestó un fuerte puñetazo a la mesa de roble. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—¡Ha sido él! —rugió—. ¡Ha sido ese agote malnacido!

Inés bajó la mirada y guardó un silencio de trinchera. Pretendía aguantar sin inmutarse el violento chaparrón que se avecinaba. Eso enervó aún más a su hermano.

—¡Voy a matarle! Me da igual dónde se esconda, le encontraré de todos modos. Juro por mi honor que he de acabar con ese apestado, con ese perro sarnoso que te ha

ultrajado, que nos ha humillado a todos —se dirigió hacia la chica y alzó la mano, dispuesto a descargarla sobre ella—. Y después seguiré contigo, ¡perdida!, ¡vergüenza de esta casa!... Te haré pagar muy caro lo que has hecho.

Inés se estremeció a causa del pánico. Se protegió instintivamente la cara con las manos, aguardando lo peor.

Justo en aquel momento, se abrió con un chirrido la puerta del gabinete. Isabel, que se había acercado alertada por los gritos, estaba allí, observando a ambos hermanos con expresión de no entender lo que pasaba. Juan, a punto de golpear a la moza, se giró hacia su consorte y descargó sobre ella toda su rabia, todo su enfado y su impotencia. Agarró a la mujer por la muñeca y le asestó un sonoro bofetón que la hizo besar el suelo. Ella se echó a llorar, mas su marido, ebrio ya de cólera y de ira, perdida la medida de sus fuerzas, lanzó un puntapié que restalló contra el cuerpo femenino, alzándolo del piso. La tersa voz de Inés rebotó con decisión en las paredes encaladas de la estancia.

—¡Déjala! ¡Vas a matarla!...

—Eso es lo que merece esta desgraciada. Seguro que ha sido tu cómplice, que te ha ayudado a verte con él, que os ha ocultado.

—Ella no sabe nada. Os he engañado a todos.

Juan no pareció escuchar aquellas últimas palabras y volvió a pegar a su esposa, que gimió, dolorida, al encajar el golpe. Entonces Inés, casi sin tiempo de pensarlo, sorprendiéndose incluso a ella misma, dio media vuelta y abrió de par en par las puertas de la galería.

—¡Cierra ahora mismo! —vociferó su hermano, confundido—. ¿Es que deseas que se entere todo el pueblo?

—Si vuelves a pegarle, me tiro.

—Pues tírate. Acaba con tu vida si es que aún te queda un mínimo decoro.

La chica le contempló con las pupilas refulgiendo igual que antorchas. Su rostro era de nieve. Salió a la balconada y se acuclilló junto a la barandilla preparándose para tomar impulso. El viento soplaba con furia desbocada. Miró hacia abajo y respiró profundamente. La altura resultaba lo bastante grande como para que ocurriera algo irreversible, una grave lesión, quizá la muerte. Isabel, al comprender que la joven estaba decidida a arrojarse al vacío, profirió un alarido desgarrador, un gemido que congelaba las sangre de las venas, tratando de pararla.

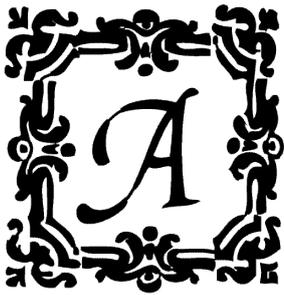
Justo cuando la muchacha se hallaba a punto de saltar, la ronca voz de Juan se elevó en el ambiente envenenado de la pieza.

—Detente, Inés. Te juro que no volveré a tocarla.

Ella cruzó la mirada con la de su hermano y leyó en aquel rostro sombrío que, pese a quedarse con ganas de hacer justo lo contrario, el hombre cumpliría su palabra. Se giró hacia su cuñada, que la observaba desde el suelo, con el semblante lívido, la

piel amoratada y las lágrimas manando a borbotones. Esbozó una sonrisa triste con la que trató de confortarla. Luego, cerró las puertas y se encaminó hacia su alcoba, despacio, con calma, como si nada hubiera sucedido.

## XIII



rizcun, fiel a su tradición y a sus costumbres, celebraba con una algarabía desbocada el Martes de Carnaval. La festividad del Carnaval, de gran arraigo entre los vecinos, daba comienzo el domingo siguiente a San Antón y se dilataba en el tiempo hasta la entrada de la Cuaresma. El primer jueves a partir de dicho santo estaba exclusivamente dedicado a los varones y se denominaba *Gizakunde*. Durante el segundo, que llevaba por nombre *Emakunde*, eran las mujeres quienes recibían todo tipo de atenciones, quienes reinaban, siquiera por una efímera jornada, en la austera localidad. En el tercero, llamado *Orakunde* por los lugareños, el jolgorio y la alegría eran generales, tanto para los hombres como para las féminas. El Domingo y el Lunes de Carnaval, el *Iñaute* propiamente dicho, diferentes cuadrillas de alborzados mozos, acompañados de *txistus*, atabales y tambores, iban de casa en casa, tanto en el centro como en los diversos barrios, recogiendo convites y donativos; raro era el sitio en donde, poco o mucho, no se les obsequiaba con algo de comer o de beber, con huevos o txistorra, con sidra o vino. Las comparsas cantaban y bailaban ante la puerta de los hogares más dadivosos, y el bullicio continuaba hasta bien entrada la noche. El martes, salía *Hartza*, el oso.

Inés, encerrada a canto y a cal en el solar de Arralde, escuchaba las voces y la música cual si de un rumor lejano se tratasen. Aquel alboroto desmedido no constituía para ella sino un grotesco contrapunto a la tristeza que la invadía, que flagelaba su espíritu como una penitencia. Las puertas y las ventanas del palacio se encontraban rigurosamente clausuradas. Así mandaba la tradición que actuaran quienes habían perdido a un ser querido durante el último año.

La chica no había abandonado el edificio desde el instante en que le confesara a Juan que estaba embarazada. Su hermano, amén de castigarla así por ello, quería sustraerla de las miradas indiscretas de quienes les rodeaban, pues lo último que deseaba era que los arizcundarras se dieran cuenta de su estado. El amplio y oscuro traje negro contribuía eficazmente a aquella labor, ocultando su rostro y disipando las formas de su cuerpo que, a fuer de la verdad, aún no había engordado en demasía. Además, estaban las costumbres propias del duelo, que propiciaban el enclaustramiento y restringían, hasta hacerlo casi nulo, el trato con el vecindario. Fermina se había encargado de obtener el silencio de las sirvientas que conocían la verdad y nada de cuanto sucedía había trascendido más allá de aquellos muros. Los lugareños daban por sentado que eran cosas del luto y respetaban, comprensivos, el recogimiento de la familia del difunto Lope. Incluso los mozos que celebraban el *Iñaute* se habían abstenido de llamar a las puertas de Arralde, cuyos dueños, además, jamás habían sido excesivamente generosos con ellos.

Lo cierto era que la diosa fortuna parecía haberse aliado con Juan. Hacía una semana que los emisarios de los Mihura e Ybarra, tres individuos circunspectos, ataviados con coloridas chupas provistas de faldones y tocados con largas pelucas blanquecinas, habían abandonado el Baztán, adonde habían arribado con la intención de redactar y rubricar el contrato mediante el cual se oficializaba el enlace entre Vicente e Inés. El señor de la casa había puesto buen cuidado en colmarles con todo tipo de atenciones, en agasajarles a base de comilonas y libaciones, de cabalgadas y cacerías, de lisonjas y halagos. Los emisarios, bien por estar ofuscados por aquel cúmulo de deferencias, o bien porque así lo habían decidido de antemano, apenas pusieron objeciones a las cláusulas que su anfitrión procuró introducir durante la farragosa escritura del documento. El hermano de Inés salvó el instante más delicado, el de la entrevista con la chica, alegando que la aflicción causada por el reciente fallecimiento de su padre la imposibilitaba para platicar con desconocidos. Los sevillanos, que al contemplar a la muchacha quedaron satisfechos de la belleza del rostro que se vislumbraba bajo el velo y no repararon en la incipiente gravidez que anchaba sus caderas y abultaba su vientre, achacaron aquel retraimiento tanto a la pena debida a la orfandad como a las extrañas costumbres de aquellas verdes tierras que les despertaban una viva añoranza de la suya. Abandonaron el valle al día siguiente de la firma. Si todo transcurría como era debido, volverían a encontrarse en agosto.

Juan respiró satisfecho al verles marchar. Todo había salido mejor de lo esperado con aquellos tiesos leguleyos. Les había engañado. Ahora, quedaba por solucionar la segunda parte de aquel galimatías: deshacerse del ser que crecía en las entrañas de su hermana.

Todos sus esfuerzos por convencer a Inés de que abortara habían resultado completamente estériles. La joven se negaba a que su hijo no naciera y había amenazado con inmolarse si intentaba algo en su contra. Sor Anastasia, dispuesta a hacer lo que fuera por auxiliarle, le había proporcionado a Juan ciertas pócimas, de probada eficacia, merced a las cuales las mujeres acostumbraban a dar al traste con su preñez; pero la embarazada no transigía de ninguna de las maneras, y las hierbas y polvos que Fermina había introducido subrepticamente en la comida no habían dado el resultado apetecido.

Por fin, después de innumerables sinsabores, de crispadas discusiones y de noches en vela, Juan de Arralde, el orgulloso, comprendió que no le quedaba otra salida y decidió llegar a un acuerdo con su hermana que conllevaría respetar su decisión y no oponerse a que el niño viniera al mundo.

Recapacitaba Inés acerca de las condiciones de aquel pacto mientras trataba de abstraerse del bullicio que llegaba del exterior atravesando los gruesos muros de piedra. Había consentido en aceptarlo a sabiendas de que aquella era, tanto para su

hijo como para ella misma, la menos mala de cuantas soluciones barajaba. De pronto, el agudo sonido del txistu que alegraba la fiesta le recordó a su amado. Volvió a verle allí, tocando frente a la puerta de la iglesia de Elizondo, el día de la boda. Parecía haber pasado una eternidad desde entonces, aunque, en realidad, no habían transcurrido sino unos meses, los más felices y, a la vez, los más desdichados de su vida. Se preguntó por dónde andaría Martín, si aún la querría, si la echaría de menos lo mismo que ella a él. Le hacía al otro lado del océano, en esa tierra prometida adonde había querido llevarla para empezar una nueva existencia.

La chica entornó unos párpados que comenzaban a humedecerse poco a poco debido a la nostalgia que le producía lo que pudo haber sido y no sería. Su mano, pequeña y tibia, temblorosa, se introdujo por entre las negras vestiduras y se posó con delicadeza sobre el vientre. Estaba terso y abultado, suave como la piel de una manzana, como el pétalo de una azucena o el ala de una mariposa. Lo acarició con una ternura rayana en el deleite y aguzó los sentidos tratando de captar una señal. Sonrió. La vida crecía imparable en su interior. Notó un brusco movimiento en las entrañas. Creyó oír los latidos de aquel minúsculo corazón que palpitaba al unísono con el suyo.

Cerró los ojos y pensó en Martín. Evocó sus besos ardientes, sus caricias y abrazos, la indescriptible dulzura de su voz. Y deseó emocionada que su hijo se asemejase a él lo más posible, que tuviera su mirada luminosa, sus gráciles facciones, su sonrisa fácil... Anheló que poseyera su entereza, su generosidad, su alegría... Y soñó, sin llegar a estar dormida, que la semilla que germinaba en su interior se convertía, aunque ella no lo viera, en un enhiesto árbol profundamente enraizado en tierra fértil, en un roble frondoso bajo cuyas ramas anidaba la blanca paloma de la paz, de la esperanza, de la vida.

Martín entró en Arizcun en plena ebullición carnavalesca. Era la tarde del martes y la localidad estaba llena de gente que, ajena a las bajas temperaturas y al viento racheado que soplaba del norte, celebraba el punto álgido de aquellas festividades consagradas al goce. Un año más, *Hartza*, el oso, encarnado por un ebrio y fornido mozo envuelto en pieles de carnero, deambulaba por las calles propinando manotazos, empujones, abrazos que asfixiaban, a todos cuantos tenían la desdicha de cruzarse en su camino. Le acompañaba un variopinto cortejo de mozorros y de txantxos, que cantaban y bailaban sin cesar, con los pulmones espoleados por el vino y las piernas animadas por la música. Sonaba incansablemente el txistu, y los tambores percutían con ritmo endiablado. El cuidador llevaba sujeto mediante una cadena a aquel plantígrado, tan imponente y violento como uno real, que a veces se escapaba y ponía en desbandada a los curiosos; sobre todo a los escasos forasteros que osaban acercarse hasta la población, que no gustaba en exceso de visitantes.

El joven agote confiaba en que nadie le reconociera, ataviado de la guisa en que

estaba. Había ennegrecido su blanca tez con corteza de árbol quemada y, además de un sombrero en la cabeza, portaba a modo de disfraz, igual que aquellos espantapájaros que protegían huertos y sembrados, uno de los sacos que, en las noches oscuras, solía llevar a la espalda, cargado de contrabando.

Beñat iba a su lado. La relación que unía a ambos muchachos se había tornado aún más estrecha tras la experiencia inolvidable del Larrún. El hecho de que el bozatarra regresara para contribuir al salvamento del caído cuando las cosas se habían puesto peliagudas le había granjeado el respeto y la admiración de los de Sara, que le habían acogido de buen grado, uno más de entre ellos, en aquellas veladas de sudor y sobresaltos. El herido había resultado ser el hermano menor de Etcheverry, que cumplía uno de sus primeros pasos de frontera, y la familia de este no perdió ocasión de demostrar al mozo su agradecimiento por lo que consideraban un impagable acto de valor que había contribuido a salvar la vida del más pequeño de los suyos. Además, había surgido una cuestión de no poca importancia: Beñat estaba interesado en Catalina.

En cierta ocasión, después de una de aquellas furtivas excursiones, Martín le había pedido a su compañero que entregase a su familia parte del dinero obtenido en los últimos tiempos y les hiciese saber que estaba bien. Había aceptado de buen grado el labortano, que se presentó en el domicilio de los padres de su amigo sin cursar ningún aviso ni encomendarse ni a nada ni a nadie. Al entrar en el barrio maldito, al darse cuenta del estado de las casas, poco más que chozas mal trazadas, de la tristeza y la resignación que reflejaban los rostros de cuantos encontraba en su camino, comprendió el contrabandista los sentimientos más profundos de Martín, quien, una vez superados los últimos temores que sellaban sus labios, le había relatado con todo lujo de detalles los pormenores de su injusta peripecia. Como la mayoría de los habitantes de esas tierras, él también había oído hablar de la existencia de aquel lugar, pero jamás había estado allí, no había tenido la oportunidad de conocer por sí mismo lo que ocurría en aquella aldea estigmatizada, borrada de los mapas por la insidiosa mano del interés, por los burdos prejuicios, por el odio. Aquello le reafirmó aún más aquellos ideales de cambio que en los últimos tiempos se estaban propagando por tierras francesas de manera imparable.

Llamó Etcheverry a la puerta del taller y entró sin aguardar contestación. Nicolás, encorvado sobre un yugo en el que trabajaba, le contempló entre sorprendido y asustado, y preguntó quién era. Al comprobar que venía de parte de su hijo todos los celos se disiparon del mismo modo en que se diluye la niebla merced al sol de la mañana. Inquirió el carpintero, que no dejó de avisar a su mujer, sobre la suerte de su vástago. Su interlocutor respondió que se encontraba bien, que les extrañaba y les quería, que ansiaba reunirse con ellos, aunque, por el momento, no resultaba posible hacerlo. Luego, quitando importancia al acto, le tendió la bolsa repleta de dinero que

le había entregado Martín.

Nicolás se negó en redondo a aceptar aquellas monedas que, a buen seguro, hubieran contribuido a mejorar su siempre precaria situación. Sus principios más hondos le impedían coger la plata que su retoño le enviaba, pues sospechaba que la había obtenido de modo fraudulento y aquello hería profundamente su orgullo de hombre honrado a carta cabal. Posó la vista en los ojos de Beñat y le preguntó cómo había amasado Martín aquel montante. El labortano mantuvo la compostura y contestó que a base de esfuerzo y de sudor, que podía sentirse orgulloso de su hijo, a quien calificó como joven valiente y generoso, como amigo. El carpintero agradeció en lo más hondo aquellas palabras y, con una sonrisa emocionada, le rogó a su interlocutor que cuidara del chico.

Se disponía Etcheverry a abandonar la casa cuando apareció Catalina, que venía de la fuente con un cántaro lleno de agua sobre la cabeza. Cruzó el mozo una fugaz mirada con la chica, que bajó la frente, azorada. Él, deslumbrado por aquella belleza recatada, con el corazón palpitando sin compás, pretextó una repentina sed y se hizo invitar al interior de la vivienda. Mientras daba cuenta de la sidra que Ana, la madre de su amigo, sacó de la barrica, observó de soslayo cómo la joven aparentaba ocuparse en algo en una habitación contigua. Volvieron a intercambiar una sonrisa furtiva. Con una voz que no parecía la suya, dijo que ya era tarde y que la noche se le echaría encima antes de conseguir llegar a Sara. Nicolás le invitó a pasar la noche en su humilde morada. Catalina esbozó un guiño antes de entrar en la cocina.

Nada había contado el osado contrabandista acerca de todo aquello, pero Martín, complacido, adivinaba que un sentimiento que a él le resultaba familiar comenzaba a fraguarse en el alma de su camarada, ya que este le había preguntado, como de pasada, acerca de su hermana en más de una ocasión.

Pero todo eso había acontecido antes de aquella helada tarde, hacia varias semanas. En Arizcun finalizaba el carnaval. Los vecinos, frotándose las manos para ahuyentar el frío, comenzaban a congregarse en los alrededores de la plaza, deseosos de asistir a la representación de la *sagar dantza*, el baile de la manzana.

El bozatarra intentaba superar el temor que le embargaba, que agarrotaba sus miembros y constreñía sus pensamientos. Adivinaba que, si alguno de los lugareños le reconocía, lo pasaría mal. Había conminado a Beñat para que no le siguiera en aquella insensata correría, pero el saratarra se mofó de él, diciéndole que por nada del mundo querría perderse ver cómo le linchaban y colgaban de un árbol su cadáver. Él se encogió de hombros, agradeciéndoselo secretamente. Habían llegado poco después del mediodía y se habían mezclado con la multitud sin pérdida de tiempo.

Antes de entrar en el pueblo, Martín se había empeñado en cruzar ante la casa de su amada. El palacio de Arralde, como correspondía a una vivienda afectada por el luto, se encontraba completamente clausurado. Puertas y ventanas estaban atrancadas

y una gran tela negra pendía en el lugar más visible de la fachada principal. También el escudo ajedrezado del linaje se hallaba oculto por un paño oscuro. El muchacho apretó los puños y maldijo para su fuero interno. Su corazón indómito se sublevaba al saber a Inés allí, tan cercana y tan distante al mismo tiempo. Ansiaba reunirse con ella, besarla, ver su rostro. A punto estuvo de gritar su nombre a los cuatro vientos. Etcheverry le alejó antes de que cometiera una locura.

La explanada, el mismo solar arbolado en donde había protagonizado aquel escándalo mayúsculo el día de San Juan, se aprestaba para acoger el grácil baile que ponía colofón al carnaval. Sonó la música del txistu. Cuatro mozos, ataviados de un blanco immaculado, cuya cabeza estaba coronada por un capirote puntiagudo, engalanado con cintas de colores llamativos, comenzaron a ejecutar diestramente los cadenciosos movimientos de aquella danza. Sus manos sostenían sendas manzanas, verdes y sanas, saludables, que arrojarían al aire al terminar.

Martín aprovechó un despiste de su compañero para abandonar el centro de la localidad y encaminarse nuevamente hacia el solar de Arralde. Su corazón enamorado albergaba la esperanza de que Inés se asomara a una ventana. Necesitaba verla, aunque tan sólo fuera durante un momento.

Anduvo igual que un alma en pena, como un lebel hambriento o un vagabundo menesteroso de cariño, por los alrededores de la casa de su amada. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Soplaban un viento helado que le obligó a agachar la cabeza y calarse el sombrero. Miró hacia la fachada. La puerta era una muralla oscura. Las contraventanas estaban tan cerradas como el corazón de los perlutas.

Finalmente, cuando ya se hallaba a punto de abandonar la observación, cuando de disponía a ir en busca de su amigo para regresar a Sara, percibió un ruido proveniente del caserón. Se giró sobresaltado: una de las claraboyas del piso segundo estaba abriéndose, produciendo al hacerlo un chirrido apelmazado. Aguzó las pupilas y, con el alma en un puño y el corazón en vilo, esperó a ver lo que pasaba. Una figura, frágil y menuda, se asomó de repente y se quedó apoyada en el alféizar, con la cabeza gacha y los brazos cruzados, como atendiendo a los sonidos que llegaban del pueblo que apuraba la fiesta. Era una mujer. Tardó sólo un segundo en darse cuenta de que no se trataba de su amada, sino de Isabel.

Ambos jóvenes cruzaron una mirada en el plumizo claroscuro de la noche que caía. El agote leyó en la expresión la cara de la hija de Yrigoyen, cuyo pálido semblante se descompuso víctima del asombro, que esta le había reconocido pese al disfraz. Martín creyó atisbar cómo ella le dirigía un gesto apresurado antes de desaparecer en el interior del edificio.

Durante algunos minutos no ocurrió absolutamente nada, no se escucharon las temidas voces, ni ruidos de pisadas, ni gritos de alarma. Dudaba el muchacho sobre si echar a correr cuando la mujer regresó al tragaluz y, haciéndole señas para que se

acercara, arrojó algo al exterior antes de cerrar. Se aproximó con cautela y se agachó para recoger el objeto. Se trataba de un pañuelo de lino en cuyo dorso la mujer había garrapateado algunas frases. El chico se desesperó. No sabía leer.

Ya era de noche cuando el agote volvió a la plaza del pueblo. Los arizcundarras cantaban y bailaban, eufóricos, al alegre compás del tamboril. El oso había desaparecido y no regresaría hasta pasado un año, el siguiente martes de carnaval. Ladeó la cabeza y divisó a Beñat entre la multitud. Su amigo estaba preocupado por su suerte y le recriminó con duras palabras por haberse marchado sin avisar. Martín, que no se molestó en contestar, sacó la nota de entre sus ropas y se la tendió, impaciente, desistiendo de aportar aclaración alguna. En el mismo momento en que el sorprendido Etcheverry iba a comenzar a descifrar la misiva, se alzó una voz de alarma en la explanada. Todos los cuerpos se giraron hacia donde indicaba quién había gritado. Un resplandor rojizo iluminaba el cielo en la distancia. Se demudó el rostro del agote; flaquearon sus piernas; se estremeció su cuerpo lo mismo que una hoja. Supo dónde ocurría aquel incendio. Tuvo una lúgubre premonición.

Los dos amigos arribaron a Bozate boqueando a causa de la apresurada carrera. Resultaban grotescos con sus disfraces y sus sacos, con sus rostros tiznados, sus sombreros. El presentimiento del muchacho no había sido errado. El barrio entero se había congregado ante la casa de Nicolás, que ardía por los cuatro costados. Los vecinos se habían afanado en cuerpo y alma por apagar el fuego, mas todos sus esfuerzos resultaron baldíos y ahora contemplaban impotentes, con las llamas reflejándose en sus ojos atónitos, cómo el edificio del carpintero, casi todo de madera, al igual que el resto de las edificaciones de la aldea, se convertía en una siniestra columna de humo negro que ascendía hacia la inmensidad aún más oscura del firmamento.

Martín sintió que su corazón se detenía. Con el gesto crispado por la rabia buscó a sus seres queridos entre la concurrencia. Le costó hallar a su hermana, que lloraba desconsoladamente, arropada por los brazos de varias de sus primas. Intuyó que sus padres, seguramente dormidos, no habían podido abandonar a tiempo la vivienda. Tuvo ganas de matar. De morir.

Echó a correr hacia la pira, pero su compañero anduvo presto y consiguió interceptarle justo antes de que el tejado se desmoronara sobre el piso. Era imposible que se hubiera salvado nadie. El rugido desgarrado que surgió de las entrañas de Martín provocó que los presentes se girasen hacia él. No parecieron sorprenderse en demasía de verle allí. Catalina, al reconocerle, corrió hasta donde estaba y se arrojó en sus brazos sin cesar de llorar. La acarició con dulzura, tratando de calmarla.

Cuando el llanto quebrado de la chica se convirtió en un gemido entrecortado, el joven le preguntó por la causa del incendio, pero ella no fue capaz de contestar, se encontraba en el interior de la morada cuando esta empezó a arder. Entonces, se giró

hacia los cabizbajos vecinos y repitió la cuestión a voz en grito. Nadie respondió. Tan sólo se topó con un manso silencio de corderos, con unos ojos que horadaban el suelo, con unas caras que se volvían con vergüenza hacia otra parte. Aquel mutismo amedrentado contestó a sus interrogantes con más claridad que una avalancha de palabras. Sintió como si le clavaran un puñal en plena espalda. Las llamas continuaban crepitando en la frialdad infinita de la noche.

De improviso, Martín se acordó de la misiva que había lanzado Isabel, la cuñada de su amada, desde la ventana del palacio de Arralde. Continuaba en manos de Etcheverry, que aún no había tenido ocasión de desvelarle su contenido. Un pensamiento oscuro asaltó su cerebro.

—¿Qué ponía en esa tela? —exclamó bruscamente. Su amigo calló. El agote, fuera de sí, ebrio de ira y de impotencia, le agarró por la pechera y le zarandeó con energía—. ¡Dime lo que ponía! ¡Dímelo ya! —Beñat fue incapaz de sostener la mirada.

## XIV



costado en un lecho que hacía aún más profunda su implacable soledad, Juan de Arralde, sombrío, taciturno, reflexionaba con calma acerca de lo que estaba aconteciendo últimamente. Las cosas se torcían de manera irremediable y ya casi nada era lo que debía ser. La alocada conducta de su hermana lo había trastocado todo.

Se incorporó sin ruido y caminó descalzo sobre el suelo de roble. Estaba frío y rezumaba una humedad que parecía surgir del mismo corazón de la madera. Un candelabro de tres brazos iluminaba tenuemente la estancia. Se sentía inquieto y angustiado. No era hombre que pudiera mantenerse inmóvil mucho tiempo, así que anduvo de lado a lado, cual preso en su celda, llevado en volandas por una tempestad en ciernes. Isabel dormía en la alcoba contigua. Llevaba haciéndolo así varias semanas; concretamente, desde que Inés confesara aquel embarazo inesperado que complicaba sus planes hasta hacerlos pender de un débil hilo, de un cordón umbilical que podía romperse en el momento menos deseado. Se acercó de puntillas al tabique y posó sobre él la oreja, tratando de captar algún sonido al otro lado. Creyó escuchar la leve respiración de su consorte.

Lo fundamental era mantener el secreto, que nadie más que quienes ya lo sabían se enterase de la preñez de la muchacha. A esos había conseguido callarlos. Fermina había conversado con las criadas, haciendo hincapié en el daño irreparable que cualquier delación le causaría a la chica quien, de esa forma, amén de convertirse en blanco de las habladurías de todo el valle, quedaría imposibilitada para casarse, tanto con aquel rico sevillano como con cualquier otro varón en sus cabales. El señor de la casa, por su parte, había recurrido a otro tipo de argumentos a la hora de asegurarse el silencio de la servidumbre: a unos les había ofrecido buenas palabras y promesas; a los demás, amenazas más o menos veladas. Lo mismo las unas que las otras parecían haber surtido el efecto deseado, aunque nunca se podía saber a ciencia cierta con aquella chusma amante de hacer leña del árbol caído. Quizá tan sólo fuera cuestión de tiempo que la noticia se extendiera, de igual modo que un incendio veraniego, por todo el Baztán.

Sus intenciones estaban meridianamente claras. Inés, recluida en el palacio, sin contacto con el mundo exterior, seguiría adelante con su embarazo. Al cabo de unos meses, poco antes de que llegase la hora de dar a luz, trasladaría a la joven hasta una pequeña abadía situada en tierras forasteras. Sor Anastasia lo había arreglado todo. Las mismas religiosas que atenderían a su hermana en el alumbramiento, se encargarían de buscar para la criatura una familia de buena posición, imposibilitada para concebir hijos, a quienes sería entregado en adopción. Nada le faltaría al recién

nacido: ni educación, ni cuidados, ni atenciones, infinitamente más de lo que merecía aquel bastardo medio agote. La parturienta se repondría en pocas semanas gracias a los cuidados de las monjas, quienes verían recompensada su atención mediante un generoso donativo que deberían repartir con el convento que la orden poseía en Arizcun.

Luego, cuando llegase el momento adecuado, él pasaría a recoger a la moza y se dirigiría junto con ella rumbo al sur, a la cálida ciudad de Sevilla, lugar adonde arribarían con el tiempo necesario para celebrar la boda.

En cuanto a cómo reaccionaría el flamante marido de su hermana al darse cuenta de que su esposa no era virgen... Juan tenía la fundada sospecha de que el ínclito don Vicente de Mihura e Ybarra ni tan siquiera se enteraría de aquella contingencia. Lo más probable era que no llegase a consumir el matrimonio. Intuía que aquel petimetre maquillado prefería otro tipo de platos con los que deleitarse.

Un sentimiento extraño recorrió su interior al imaginar a Inés sola, desairada, agostándose en un sitio lejano, lamentando su infortunio cada noche. Si la joven no podía ser suya, no sería de ningún otro hombre. Le enloquecía el imaginarla estremeciéndose de gozo bajo el cuerpo de aquel perro agote. Los celos se entremezclaban con la envidia y el asco. No podía soportarlo. El mejor modo de calmar sus más bajos instintos, aquel deseo incontrolable que le empujaba a creerse capaz de cualquier cosa, era alejar para siempre a la muchacha del Baztán.

Desbarató su dicha el visualizar en su mente la imagen de Martín. Aquel perro sarnoso, aquel maldito agote, volvía a causarle graves quebraderos de cabeza. Parecía estar escrito que en todo lo relacionado con él debía correr la sangre. Primero había sido la muerte de Aguerre; luego, el incendio de Bozate. Caminó hasta la ventana y apoyó la frente en el cristal. Lo cierto era que, al ordenar la quema de la casa, no había pretendido causar aquellas muertes, sino tan sólo dar un escarmiento a los deudos del fugitivo, a los habitantes del barrio en general, pues se había hecho necesario recordarles tajantemente quiénes eran. En los últimos tiempos, varios de aquellos miserables habían interpuesto pleitos ante las Cortes de Pamplona, e incluso ante el mismísimo Rey de las Españas, con la asombrosa intención de obtener una serie de reconocimientos que en absoluto merecían. ¿Cómo se atrevían aquellos apestados a querer compararse a un baztanés de sangre limpia? ¿Cómo osaban siquiera soñarse iguales a ellos? ¡Ojalá permitiera el Dios del Cielo que aquella estirpe degenerada, que aquella grey de malnacidos, desapareciese para siempre de la faz de la Tierra!

A fuer de la verdad, no le apenaba en absoluto el fallecimiento de aquellas dos personas, si es que de ser humano podía calificarse a un vil agote. Ellos habían engendrado al principal causante de sus actuales infortunios y no merecían mejor suerte. ¿Acaso no había estado el insolente joven en la aldea aquella misma noche del

incendio? ¿Qué hacía allí? ¿Qué intenciones traía? ¿Había merodeado por Arizcun aprovechándose de la celebración del Carnaval? ¿Había intentado ver a Inés? Hubiera dado cualquier cosa por encontrársele, por tenerle frente a sí y hacerle pagar muy caras sus acciones. No desesperaba. Quizá algún día arribase el momento en que pudiera resarcirse de todos aquellos sinsabores. En cuanto al niño que crecía en las entrañas de su hermana, no sabía si cumpliría su palabra. De buen grado estrangularía con sus propias manos a aquel bastardo.

La tos de su esposa resonó al otro lado del tabique. Pensó detenidamente en Isabel. No sabía si creer en su inocencia o si, por el contrario, considerarla cómplice de Inés. Ambas mujeres juraban y perjuraban, cada una por su lado, que ella nada sabía de aquella furtiva relación. Tal vez fuera cierto, pero, en ese caso... ¿cuándo había tenido lugar el encuentro entre los dos amantes? ¿En alguno de sus paseos por las inmediaciones de Arizcun? Su esposa decía no haberse separado jamás de la chica, no haberla dejado ni a sol ni a sombra en el transcurso de aquellas caminatas. ¿Cuándo entonces? Poco importaban ya ni el momento ni el lugar de aquel pecado. Las cuentas no fallaban: el ayuntamiento se había producido tras la fuga del muchacho, en torno a la fecha del óbito de su padre. ¿Habría sido ella capaz de hacer lo que él no se atrevía siquiera a imaginar?

Isabel de Yrigoyen, hija de Teodoro, último fruto de aquella estirpe noble... Juan no amaba en absoluto a su consorte, y estaba seguro de que ella tampoco le quería a él. A veces, en noches frías y lluviosas, aquella hembra sumisa aplacaba mal que bien sus ganas, satisfacía su apetito de carne y llenaba por unos instantes aquel vacío que se abría en lo más hondo de su ser. No obstante, aún no había conseguido que le diera lo único que realmente deseaba de ella: un hijo varón que perpetuara el apellido, un heredero que, cuando él faltase, sacara adelante con mano de hierro aquella casa. Necesitaba un descendiente, y lo necesitaba ya. De pronto, notó cómo un arrebato irracional se expandía por sus venas en ebullición. Sus puños se crisparon. Sus pupilas centellearon. Su pene pareció ir a reventar. Abandonó la estancia a grandes trancos y se dirigió hacia la alcoba contigua. Isabel se despertó asustada y contempló a su esposo con los ojos dilatados por el miedo. Juan se abalanzó sobre ella y la poseyó con furia, con desesperación, con violencia. Fornicaron hasta que el sol les encontró rendidos en el lecho.

Martín continuaba viviendo en la pequeña localidad costera de Ziburu, en el cobertizo anexo al astillero. Pese a seguir cruzando la frontera varias noches al mes, el mozo no había querido abandonar aquel trabajo a la orilla del mar. El contacto con la madera, además de colmar su vocación, haciéndole sentirse bien, le parecía una especie de homenaje a sus difuntos padres. El alma del muchacho se hallaba repleta de amargura, de rencor y de odio, tanto para con Juan de Arralde como para consigo mismo. Una idea le obsesionaba noche y día. No podía dejar de pensar que la muerte

de sus progenitores había sido, en gran medida, culpa suya.

Catalina estaba en Sara. Había vuelto con él y con Beñat la fatídica noche del incendio. Nada la ataba ya a Bozate, en donde su vida hubiera constituido un auténtico calvario. La familia Etcheverry la había recibido con los brazos abiertos, asignándole un liviano trabajo de criada que ayudaba a que no le quedase tiempo para oscuras elucubraciones. Tanto la madre como las hermanas y primas de su amigo, al corriente de todo lo ocurrido, se habían volcado con la chica y le prodigaban confianzas y atenciones a las que esta respondía, complacida.

Una tarde, al poco de comenzar la primavera, Beñat le había dicho a Martín que deseaba tratar con él un tema delicado. Con sendos ribetes colorados aflorando a las mejillas, el labortano le había preguntado al bozatarra si vería con buenos ojos que cortejase a Catalina, pues se había enamorado profundamente de ella. El agote no pudo contener una sonora carcajada: había adivinado hacía tiempo los sentimientos que turbaban a su compañero. Lleno de sincera emoción, había contestado que no podía imaginar un marido mejor para la chica. Ambos zagales se abrazaron cual si fueran hermanos. Era la primera vez que sonreía desde el fallecimiento de sus padres.

Pero el alma torturada del muchacho no encontraba descanso. Cada noche, en el cobertizo, contemplando las estrellas refulgir en el cielo a través de los huecos del techo, creía morir en soledad. Pensaba continuamente en Inés, en el hijo que esta esperaba, sangre de su sangre, carne de su carne, fruto de su infinito amor.

Estaba decidido a recuperarlos a los dos. No podía dejarlos a merced de aquel malvado de quien había jurado desquitarse. Desconocía si los proyectos de boda continuaban adelante. La misiva que Isabel arrojó por la ventana era escueta y no entraba en detalles al respecto: tan sólo daba cuenta del embarazo de su amada y le exigía que se alejase para siempre de ella. Ignoraba las intenciones que albergaba el oscuro cerebro de Juan de Arralde. No obstante, sabía que era mejor hallarse prevenido para todo tipo de contingencias. Podía esperar cualquier ignominia de su parte.

Quedaba escaso tiempo. Tenía que actuar sin dilación. Durante aquellos meses había logrado reunir algún dinero, lo suficiente como para adquirir una modesta vivienda y adecentarla dignamente. San Juan de Luz, Bayona o Sara no parecían malos lugares para ello. Allí podrían establecerse y criar al retoño que esperaban. Beñat y Catalina se encontrarían cerca y les ayudarían en cuanto fuera menester. Además, él podría seguir contrabandeando; se defendía bien en aquel negocio, al que había llegado a coger gusto. Pero otro viento bramaba, imposible de aplacar, en lo más hondo de su ser. Deseaba conocer el mundo, perder de vista esas montañas, alejarse de aquel valle que, pese a su hermosura, tan dramáticos recuerdos le traía. Quizá el tiempo y la distancia, el cariño de su amada y de su hijo, le hicieran recobrar la alegría perdida. Había tomado una decisión irrevocable: cruzaría el mar junto con

ellos y, en latitudes más bonancibles, abriría una carpintería y se ganaría la vida honradamente, tal y como habría querido Nicolás, tal y como deseaba hacerlo él mismo.

Ya no cabía echarse atrás. Arrancaría a Inés de las garras de su hermano y huiría muy lejos con ella y con el niño. Juan no lograría impedirselo. La chica no podría alegar ahora pretexto alguno. Su corazón palpitó con salvaje excitación. Tan sólo necesitaba un plan. Y algo de suerte.

## XV



nés pasó aquella noche, la última en el Baztán, dando vueltas y más vueltas sobre una cama en la que no volvería a dormir nunca. Tenía los ojos abiertos y reseco, ya sin lágrimas que derramar. Las sábanas se adherían a su piel como si fueran plomo derretido. No había sido capaz de conciliar el sueño. Por su cabeza al paio transitaba una mezcla de recuerdos, de sensaciones, de incertidumbres y certezas, que ella trató de ordenar del mejor modo posible. Mas resultaba inútil ponerle diques al agitado mar de los sentimientos, y la joven se conformó con zambullirse en ellos, con chapotear entre la espuma evitando ahogarse en la resaca de aquel furioso vendaval.

Durante aquella vigilia prolongada, las horas habían basculado alrededor de Martín del mismo modo inexorable en que la tierra gira en torno al sol. Inés evocó sus caricias, sus besos, sus abrazos... Reconstruyó con mimo cada detalle de su añorado físico: su cabello rojizo, sus pobladas cejas, su nariz... Tras la cabeza, vinieron las demás partes que componían el cuerpo del muchacho: sus hombros de colina, sus brazos de río, su espalda de arena... Imaginó poro a poro su vientre blanco y liso, su pecho despejado, el vello que ascendía por su ombligo como una enredadera... hasta que, finalmente, le tocó el turno a lo más íntimo de cuanto había en la sutil anatomía de su amado. Y entonces, la tristeza se desvaneció en la oscuridad del mismo modo en que las tinieblas desaparecen al despuntar el alba.

Ahora, ya era de día. Mediaba el mes de mayo, y el paisaje baztanés, rabiosamente verde aquella primavera, iba tomando forma al otro lado del cristal. Los árboles estaban en flor; la hierba, crecida; los corderos correteaban tras sus madres por los prados. El cielo era una pesada losa a punto de caer sobre los montes saturados de agua. No obstante, ni siquiera un diluvio postergaría la partida. Su hermano lo había dispuesto todo a conciencia y, a mitad de mañana, antes de que el sol se encontrara en su cenit, subirían al carruaje que la conduciría hasta el lugar en donde daría a luz a aquella criatura que crecía, imparable, en su interior. Notaba su cabeza pequeña y ovalada, sus brazos y sus piernas, sus nalgas... Ella también había cambiado, más por dentro que por fuera: hasta hacía muy poco, había sido apenas una niña; ahora, en cambio, era toda una mujer, una hembra a punto de ser madre. Se sintió morir. Tan sólo tendría a su hijo en el instante del alumbramiento. Luego, se lo arrebatarían y no volvería a verle nunca.

Sonaron unos golpes a su espalda. Se giró. Fermina se hallaba allí, de pie bajo el marco de la puerta, preparada para emprender el viaje. La adusta sirvienta la acompañaría en aquel periplo malhadado. Estaría a su lado en la abadía. La seguiría a Sevilla y se quedaría con ella hasta el final.

—¿Aún no te has preparado? —preguntó, inmune a la desolación que emanaba del rostro de la chica—. El señor desea que te apresures.

El astro rey comenzaba a declinar cuando Inés salió del palacio de Arralde, por la parte posterior del edificio, y se introdujo en el carruaje que esperaba ante la puerta. No se demoró. Así lo había convenido con su hermano, que no quería que los ojos curiosos de sus convecinos reparasen en el estado de la joven.

Juan aguardaba erguido orgullosamente en el pescante. Tenía las riendas en una mano, mientras que, con la otra, empuñaba la fusta. Llevaba sombrero y capa oscuros. Su semblante era sombrío. La partida se había retrasado y se sentía impaciente. Él y sor Anastasia, cada uno por su lado, habían hecho correr la voz de que Inés dejaba Arizcun para buscar paz y sosiego retirada en un convento castellano, en donde se prepararía para el matrimonio, asesorada por las religiosas. Aquel, decían, era el mejor modo de que se mitigara el profundo dolor que la muerte de su padre le había producido y que tanto afectaba a su salud.

La muchacha tomó asiento a la vera de Fermina. Nadie más iría con ellos. Poco antes, se había despedido emocionadamente de Isabel que, pálida y temblorosa, incapaz de contener el llanto, la estrechó entre sus brazos cual si intuyera que no volvería a verla nunca. Ambas cuñadas se habían comprometido a mantener una correspondencia que las ayudara a sobrellevar la mutua ausencia. Se habían conjurado para cruzar epístolas en contra del olvido y la distancia a que les abocaba la existencia. Nada le había dicho la mujer de su hermano de que había visto a Martín merodeando por las inmediaciones de la casa, ni de que le había comunicado tanto su marcha como su embarazo, ni tampoco de que los padres del muchacho habían perecido en el incendio de su vivienda. Había juzgado conveniente que la moza nada supiera de aquellos asuntos que quizá hubieran podido afectar a su ya precario estado.

Los caballos, dos briosos corceles, uno tordo, otro bayo, resoplaban impacientes por emprender el trote. En las cartolas del vehículo, aseguradas con sogas y cinchas en previsión del largo viaje, iban varias valijas que contenían ropas y enseres. No llevaban excesiva impedimenta, sólo lo estrictamente necesario; el resto de las cosas se enviarían después, una vez establecida Inés en casa de su esposo. Quizá también fuera entonces alguna joven sirvienta baztanesa para que la atendiera y le hiciese compañía.

Había poca gente en el pueblo. La mayor parte de los varones se hallaban ausentes, ya que esa misma mañana se habían formado las manadas de vacas para ser llevadas a los pastos altos. Un grupo de comadres se aproximó al caserón de Arralde para decirle adiós a la muchacha, pero la torva mirada de Juan las hizo desistir de su intención. Había mandado construir en la parte posterior del carruaje una cabina de madera y de esparto para que ambas mujeres viajasen sin ser vistas. El hombre dio una voz y chasqueó el látigo para animar al tiro. Su rostro era de piedra. Llevaba a

mano su pistola. Los bandidos abundaban en los caminos que debían transitar.

Los equinos comenzaron a caminar entre relinchos y bufidos. A través de los visillos que su hermano había hecho instalar para ocultarla, Inés contempló por última vez el palacio en donde había nacido y crecido, la cuna de su estirpe. Atrás quedaban los orgullosos caserones de Arizcun, la iglesia en la que reposaban para siempre su padre y su madre, el resto de sus antepasados, los conventos, la fuente, la plaza en la que había bailado con Martín. Sin saber por qué, cruzó por su memoria aquella tibia tarde de primavera en que otras niñas de su edad la pasearon por las calles, vestida de blanco, la cabeza coronada de flores de colores, proclamándola reina de aquella ingenua fiesta en la que se celebraba la llegada de la nueva estación. Aquel constituía uno de sus recuerdos más vívidos. Sus sentimientos eran intensos y encontrados. Amaba aquella tierra en la misma medida en que la odiaba: con toda su alma. Una lágrima resbaló por su mejilla. Empezó a llover.

Ya se escondía el sol cuando el carruaje afrontó las últimas rampas del alto de Velate. Los caballos avanzaban a paso lento por el camino real que unía Pamplona con Bayona. Aquel pausado discurrir se debía tanto al estado de la pasajera como a que la senda se encontraba enlodazada a causa de la lluvia que no había cesado de caer un solo instante. En el pescante, Juan, cubierto de barro y de agua, lívido, deseoso de abandonar el valle cuanto antes, lanzaba continuos exabruptos al constatar que la pareja de corceles no podía lograr la rapidez que él demandaba. Por mor de aquel retraso, se verían forzados a hacer noche en la venta que se alzaba en la cima del puerto. Maldijo entre dientes. Aquella contingencia podía causarle indeseados contratiempos, pues resultaba harto probable que allí se encontraran con alguien conocido, con baztaneses que fueran o que vinieran de la capital. Tendría que ver la manera de introducir a su hermana en el albergue sin que nadie reparara en su embarazo.

Aquella primera era la peor etapa del viaje. Una vez abandonada la comarca, el relieve se tornaría menos abrupto; el clima, más benigno; los caminos, transitables. No tardarían en dejar atrás las últimas estribaciones pirenaicas y pasarían a hollar las extensas planicies del centro y del sur del Viejo Reino, atravesando campos y ciudades hasta llegar al Ebro, a cuyas orillas se ubicaba el convento en que daría a luz la chica. Quizá avistaran alguno de los baluartes que los castellanos habían ordenado desmochar, después de la conquista, con el propósito de conjurar el riesgo de alzamientos en contra de sus intereses. Juan, que apenas había salido del Baztán a lo largo de su existencia, pensaba en todo aquello, oído en labios de los suyos, mientras arreaba con saña a los caballos. Aún les restaban cuatro días para llegar a su destino.

De improviso, el auriga tiró con fuerza de las riendas y detuvo el vehículo justo a tiempo de evitar chocar contra el tronco de un haya que cortaba el sendero a la salida de una curva. Las pasajeras se sobresaltaron. Juan maldijo a voz en grito

conminándolas a que callaran. Introdujo el arma en el cinturón y echó pie a tierra, dispuesto a retirar aquel obstáculo.

El señor de Arralde se acercó al árbol caído y pasó los brazos por debajo. La madera estaba carcomida y no le costó demasiado dejar expedito el camino. Se hallaba tenso y preocupado. Aquella era zona de bandidos. Arrojó el tronco a la cuneta y se volvió, impaciente por regresar al carruaje y reemprender la marcha.

—¡No te muevas, o lo pagarás caro! —atronó una voz entre las hayas. Juan se llevó la mano al ceñidor—. ¡He dicho quieto!

El hombre obedeció, asustado. De repente, una figura esbelta y alargada, empapada por la lluvia, aterida de frío, surgió del bosque que flanqueaba la senda. Iba embozado en una capa de color pardo y su rojo cabello flameaba en el claroscuro del ocaso lo mismo que una antorcha. Se trataba de Martín, que empuñaba una pistola. Su rostro era de acero. Sus ojos centelleaban como ascuas. Juan se quedó petrificado. Temblaba de pánico y de ira. No podía creer lo que veía.

—¡Inés!

El agote gritó sin dar la espalda a su enemigo. La chica se asomó, emocionada, y pronunció el nombre de su amado. Una sonrisa engalanó su boca.

—Inés —continuó el muchacho—, ha llegado nuestra hora, el momento de partir en pos de la felicidad. Dejaremos estas tierras ingratas, estos húmedos valles, y nos iremos lejos para comenzar una nueva existencia los tres juntos: tú, yo, y el hijo que esperamos. No podrán impedir que nos queramos. Viviremos en donde nadie se oponga a nuestro amor.

—¡No os burlaréis de mí tan fácilmente! —rugió Juan, buscando el arma. La voz de su contrincante paró en seco aquel movimiento.

—No imaginas cuánto he esperado este momento. He soñado con él durante todos estos meses.

La pistola cayó de la mano titubeante del dueño de Arralde. El agote apuntó pausadamente, como solazándose con ello, a la cabeza de su rival, que musitó, amedrentado, con un hilillo de voz casi inaudible.

—Estoy desarmado...

Las pupilas de Martín refulgieron igual que dagas. Su dedo se crispó sobre el gatillo. Sus palabras rezumaban un odio inconmensurable.

—Mis padres también lo estaban. Dime, ¿qué mal te habían hecho ellos? Eran buenas personas, devotos creyentes que jamás le habían infligido daño a nadie... ¿Por qué mandaste que les asesinaran de ese modo? ¿Por qué querías verles muertos? Eres tan ruin que ni siquiera te atreviste a hacerlo tú mismo. Sé muy bien cómo obras. A veces se me antoja que te conozco desde siempre. Tratas de aparentar una altivez de la que careces. No eres más que un vil cobarde. Nunca has tenido el valor de hacerme frente. Ni a mí, ni a nadie que no fuera un pobre agote desvalido.

Inés asistía estupefacta a aquella escena sin apearse del vehículo. Miró a Fermina, que bajó la cabeza. Lo cierto era que la joven ignoraba a qué se refería el muchacho. Nadie le había informado de los hechos. Las frases de su hermano fueron un gemido quejumbroso que movía más a la hilaridad que a la lástima. El terror le encogía. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Yo no quería que pasara lo que pasó..., únicamente pretendía escarmentarles..., poner a los de tu raza en su lugar... Debes creerme..., te juro que ocurrió así... A mis hombres se les fue la mano..., no deseaba causar víctimas...

Martín le interrumpió, ebrio de cólera, sediento de venganza.

—Reza lo que sepas, malnacido, aunque estoy seguro de que, por mucho que lo hagas, el Señor no te acogerá en su regazo. Has causado demasiados sufrimientos y vas a pagarlo con la vida. Ten por seguro que el Baztán será un lugar más habitable sin ti. Nadie te echará de menos.

Juan se hincó de rodillas en el lodo. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Apiádate de mí! ¡Por favor, no me mates! Soy el último de los Arralde; sin mí, se perderá la casa, se extinguirá por siempre nuestra estirpe. Déjame seguir vivo..., te colmaré de oro... Te doy mi palabra de que no volveré a molestaros... No me quites la vida, por Inés.

Martín, que apenas prestó atención a aquellos ruegos, se dispuso a accionar el percutor. Ver allí, humillado, implorando cual si fuera un guiñapo, al hombre que tan graves quebrantos le había causado, le producía náuseas. Terminaría con él y escaparía acompañado de su amada.

—¡No lo hagas! —gritó de pronto Inés a sus espaldas—. Perdónale.

El joven se volvió.

—Merece morir. Asesinó a mis padres.

Ella le miró. Su rostro era sereno. Sus ojos brillaban plenos de emoción.

—Quizá la muerte sea el justo pago a su maldad, pero no por eso deja de ser mi hermano. Que sea Dios, y no tú, quien le juzgue y le condene. Por lo que más quieras, cariño mío, por el inmenso amor que te profeso, por el hijo que llevo en las entrañas, no le arrebatas la vida, no seas igual que él. ¿Podría ser feliz contigo después de verte derramar la misma sangre que corre por mis venas?

Martín la contempló con gesto grave. Su torturado corazón se debatía entre apretar el gatillo y no hacerlo. No era una elección fácil. Las entrañas le pedían a gritos que disparara, que terminara con aquel malvado que tanto dolor le había acarreado. No obstante, algo en lo más profundo de su ser le susurraba que la chica tenía razón; que si mataba a aquel hombre que aguardaba, tembloroso y expectante, con el corazón en un puño, a que tomara una decisión, Inés jamás sería suya en cuerpo y alma. Deshojó aquella margarita envenenada. Su semblante se relajó poco a poco. La chica leyó en su rostro que no acabaría con Juan.

—¡Levántate, inmundicia! Y tú —le ordenó secamente a la criada—, baja y entrégame unas cuerdas. —Fermina obedeció sin rechistar. El ver a su señor humillarse de aquel modo ante un agote le había causado una enorme conmoción de la que aún no se había recuperado—. Ahora, camina delante de mí, hacia el bosque, y sin hacer tonterías. Estoy deseando que me deis una excusa para hacer fuego.

La pareja actuó conforme a aquella orden. El mozo le hizo un gesto a Inés, conminándola a esperar, y con las sogas en la mano, sin dejar de encañonar al dueño de Arralde y a su sirvienta, se internó en el hayedo verdeado por la lluviosa estación primaveral. La noche caía inapelable. Les mandó detenerse en un pequeño claro.

—Mujer —exclamó, dirigiéndose a la criada—, coge una cuerda y ata sus manos a la espalda —ella titubeo—. Hazlo, y no cometas ninguna estupidez, mejor será que el nudo sea fuerte.

La vieja contempló con menoscabo a su amo que, como si fuera un animal sin voluntad, juntó las muñecas y procedió acorde a lo mandado. Acto seguido, Martín se acercó a Juan, quien, viéndose morir, perdido ya el aplomo, se arrojó de bruces a sus pies, implorando caridad desesperadamente.

—Apiádate de mí... No me quites la vida... Por lo que más quieras..., perdóname...

El agote miró hacia abajo y empuñó la pistola con más fuerza. El dueño de Arralde gimoteaba igual que un niño delante de él. Resultaba patético. ¿Dónde quedaba su habitual altanería, aquel engreimiento que exhibía ante los de su raza? Martín sintió vivos deseos de disparar, pero pensó en la petición de Inés y se contuvo. Habló con tono preñado de desprecio.

—Si no te mato es únicamente por tu hermana. No lo olvides jamás.

Acto seguido, levantó el arma y descargó un fortísimo golpe sobre la cabeza de su rival, que quedó sin sentido en el suelo encharcado. Un hilillo de sangre manaba de aquella testa en la que se habían fraguado tantas cosas en su contra. Comprobó el nudo. Estaba prieto. Amarró los pies del caído y, luego, ató a Fermina al tronco de un árbol.

—Mañana temprano pasarán los arrieros por el camino real. Si gritas, alguien te oirá y os liberará. Mientras tanto, procura no desperdiciar tus energías. Hará frío esta noche.

Después de dejar bien atados a Fermina y a Juan, regresó hasta donde aguardaba su amada, a quien estrechó apasionadamente entre sus brazos. Ambos jóvenes se besaron con fruición, jurándose, con voz entrecortada, que no volverían a separarse pasara lo que pasase, que se querrían siempre. El agote, feliz, emocionado, acarició el vientre abultado de la moza. Allí latía el corazón diminuto de su hijo. Lloraron, henchidos de felicidad.

Martín había trazado cuidadosamente, durante largas semanas, el plan del que iba

a valerse para conseguir llevar a cabo sus propósitos. Una vez arreglada la situación de su hermana, que pronto se casaría con Beñat, se había dedicado en cuerpo y alma a vigilar el predio de Arralde, provisto de un catalejo que, junto con la pistola que portaba, le había comprado a un comerciante de Bayona. A eso le habían seguido interminables jornadas de espera, ajeno al frío y a la lluvia, al hambre y a la sed, al hastío y al desánimo, apostado en un bosque cercano a Arizcun, con todos los sentidos aguzados, tanto para captar el menor movimiento en el palacio de la familia de su amada, como para evitar ser descubierto por algún vecino que llevara los ganados a pacer o hiciese leña en las inmediaciones. A veces, había estado a punto de abandonar la guardia, desesperado, pero el cariño que sentía le insuflaba la paciencia y el tesón necesarios para no cejar en aquel empeño. El instinto le decía que, más temprano que tarde, Juan sacaría a su hermana de la casa.

Un anochecer percibió un ajeteo inusitado en la parte trasera del predio: varios mozos cargaban valijas y baúles en la baca de un carruaje. Escuchó el rebufar de los caballos en la cuadra. Adivinó que Inés partiría por la mañana.

Martín, carente de montura con la que ir en pos de los de Arralde, convino en que debía anticiparse a ellos si quería tener alguna posibilidad de salirse con la suya. Se puso a cavilar qué rumbo tomarían. Resultaba ilógico que fueran a Francia, así que tan sólo quedaban dos posibilidades: podían dirigirse, bien hacia la costa guipuzcoana, o bien hacia la región del Mediodía. El camino real que unía la frontera de Dancharinea con Pamplona cruzaba de lado a lado el Baztán y, en Oronoz, se bifurcaba en dos ramales; el primero, serpenteaba entre montañas escarpadas, siguiendo el curso del río Bidasoa, hasta llegar a Irún, en tanto que, el segundo, ascendía el boscoso puerto de Velate y, una vez en lo alto, proseguía directamente hasta la capital navarra, desde donde podrían optar por diversas veredas.

El joven tuvo una corazonada que secundaba la lógica más pura: su amada se encaminaría hacia el sur. Ignoraba qué compañía llevaría, mas no importaba, se sentía con los bríos suficientes para enfrentarse incluso a un ejército. Se escabulló de su escondrijo con las primeras sombras y, tras caminar durante toda la noche por atajos embarrados, se emboscó en Velate, catalejo en mano, pistolas a la cintura, aguardando a que llegaran.

Martín guiaba el carruaje en medio de la oscuridad y de la lluvia, que había arreciado nuevamente. Los caballos resbalaban una y otra vez en el barro y relinchaban, nerviosos, a causa del pésimo gobierno que imprimía el nuevo auriga. El chico jamás había conducido un vehículo de aquella índole; toda su experiencia se reducía, a lo sumo, a algún pequeño carromato tirado por un asno o una mula.

Azuzó a los corceles. Inés iba en el interior de la cabina. A veces, le hablaba, pero la ventisca se llevaba muy lejos sus palabras. Tras el exitoso desarrollo de la primera parte de su plan, ahora debía culminar igualmente bien lo que había empezado. Se

atuvo a rajatabla a lo pensado. Recorrerían la senda principal hacia el norte y, una vez atravesado el valle, ascenderían las lomas de Ochondo. Después de abandonar el vehículo, cruzarían la frontera haciendo uso de los pasos que tan bien conocía últimamente. Beñat, a quien había prohibido acompañarle en aquella aventura, había encontrado un lugar seguro para que su amada diera a luz y se recuperase de las fatigas del parto. Los suyos les ofrecían completa protección. Chasqueó la fusta con energía. Debían aprovechar la oscuridad de la noche.

Juan de Arralde no tardó demasiado en recobrar el conocimiento. Estaba tendido en el suelo enlodado, maniatado de pies y de muñecas, pero su corazón destilaba odio a borbotones y le otorgó las fuerzas que necesitaba para incorporarse. La cabeza le dolía. La sangre y el agua empapaban su cabello. Hizo un rápido balance de la situación: aquella alimaña se había llevado a su hermana, infligiéndole con ello una humillación insoportable que pagaría con su vida. Tenía que atraparles.

Ofuscado y sereno al mismo tiempo, paseó su mirada alrededor y pensó en la mejor forma de librarse de aquellas ataduras. La luz mortecina de una luna oculta por las nubes se filtraba a través de las copas de las hayas, otorgando al bosque un aura de irrealidad que le hizo estremecer. Vio a Fermina, amarrada a un árbol cercano, y se dirigió hacia ella.

—Voy a soltarte, vieja —espetó con voz de hielo—, y, luego, tú me despojarás de estas malditas sogas.

La mujer asintió nerviosamente. El hombre se aproximó, de rodillas, y se colocó tras ella para, mediante furiosas dentelladas, deshacer el nudo que Martín había trenzado en torno al tronco. De su boca fluían sangre, agua y barro. Sus labios se hallaban cuarteados. Su lengua estaba hinchada. Una vez libre, la sirvienta le quitó con prontitud las ataduras.

Juan contempló a la anciana con las pupilas inyectadas en rencor. Aquella entrometida le había visto humillarse ante el agote lo mismo que un gusano. No podía permitir que viviera para que se lo contara a todo el valle, su reputación estaba en entredicho. Ella leyó en los ojos de aquel hombre sus intenciones. Su semblante se descompuso. No tuvo tiempo de escapar. El señor de Arralde, ebrio de resentimiento, la estranguló con sus propias manos allí mismo, sin importarle lo más mínimo que hubiera servido fielmente a su familia durante tantos años.

Juan encontró el camino y descifró las rodadas que indicaban que el carruaje había dado allí la vuelta. Adivinó que se dirigían hacia la frontera, que tratarían de escapar por Ochondo. Empujado por el despecho, por la ira, por las ganas de desquitarse de aquella afrenta, se lanzó a tumba abierta ladera abajo. Caía una y otra vez, pero siempre volvía a levantarse, ajeno a las heridas y a los golpes, al cansancio que acuchillaba sus pulmones. Cuando arribó a Almandoz, el pueblo más cercano, llamó con alboroto a la puerta de la mayor de sus casas. Conocía bien al propietario.

Había estado presente en su boda.

—Dadme un par de pistolas y un caballo que vuele como el viento —exigió tras contar que un agote les había asaltado traicioneramente y, no contento con llevarse por la fuerza a su querida hermana, había asesinado a sangre fría a la sirvienta que les acompañaba. El dueño, indignado, montó en cólera y accedió presuroso a aquella petición.

Era noche cerrada cuando ocurrió el accidente. Se había echado la niebla y ni Martín ni los caballos pudieron evitarlo. Acababan de dejar atrás Arizcun, y ya afrontaban las primeras rampas del alto de Ochondo, cuando el vehículo se salió del camino y volcó en un talud.

El muchacho, que había caído del pescante, se incorporó a duras penas y anduvo, renqueante, hasta la cabina en donde se encontraba la chica. Abrió la puerta con mano temblorosa. Su pierna estaba dolorida; su semblante, lívido.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió. El golpe, pese a su violencia, no parecía haberla afectado demasiado.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Debemos seguir adelante. La frontera no está lejos. Nos hallaremos a salvo en cuanto la crucemos.

—¿Estás seguro?

Martín respondió solemnemente.

—No podemos echarnos atrás ahora, tan cerca de conseguir nuestro objetivo. La felicidad está esperándonos al otro lado del puerto. Mi amigo y mi hermana nos aguardan impacientes. Nos han preparado un lugar donde vivir, un sitio donde traer al mundo a nuestro hijo. Luego, ya habrá tiempo de pensar con calma en el futuro.

Inés le contempló, decidida. Sus ojos brillaban como lagos iluminados por la luna.

—Iré donde tu vayas, vida mía. Nunca más me separaré de ti.

Él, reconfortado, feliz pese a lo que ocurría, ayudó a la chica a salir del carruaje. Una bruma densa que surgía del suelo se había extendido por el valle lo mismo que un sudario. Contempló los corceles. Uno yacía exangüe sobre el barro, mientras que el otro parecía encontrarse en mejores condiciones. Lo despojó del arreo. Estaba cojo, pero podría servirles para llegar hasta Sara.

—Tú irás a caballo. Yo caminaré delante, con las riendas en la mano.

La joven movió la cabeza con gesto afirmativo. Justo cuando se disponía a montar, un dolor agudo demudó su semblante. Gritó sin poder contenerse. Martín se giró, asustado.

—¿Qué sucede?

—Creo que nuestro hijo quiere venir antes de tiempo.

Las campanas de Arizcun tocaron a rebato, haciendo añicos la húmeda calma de

la noche. Los lugareños, que se congregaron presurosos ante el templo creyendo que se avisaba de algún incendio, de alguna catástrofe, se encontraron, sorprendidos, con que era el señor de Arralde quien tiraba, furioso, de la cuerda.

Juan, que había cabalgado como alma que lleva el diablo a lomos del corcel que le había prestado el de Almandoz, acababa de arribar al pueblo, siguiendo las huellas todavía frescas de los fugitivos.

Al verse rodeado de la mayor parte de los habitantes de la localidad, el palaciano empapado, cubierto de lodo de los pies a la cabeza, se encaramó al muro que rodeaba el pórtico y exclamó con voz tonante, para que todos le oyeran.

—Ha sido ese maldito agote..., el mismo desalmado que mató a Aguerre..., el que ultrajó a mi hermana en el baile... Nos ha asaltado, a traición, pistola en mano, en las últimas rampas de Velate, y se ha llevado a Inés. Colocó el cañón en la cabeza de mi hermana y amenazó con disparar si yo intentaba algo. No pude hacerle frente. Me golpeó con su arma, dejándome sin sentido sobre el barro. Cuando recuperé el conocimiento, me encontré con que había asesinado a la pobre Fermina. Debió de creermelo muerto... Aún no me explico cómo no terminó conmigo.

Un murmullo, pleno de indignación y de condena, se elevó de entre la muchedumbre congregada ante la iglesia. Don Anselmo, el cura, también estaba allí. Juan, observando el efecto que causaban sus palabras, prosiguió, satisfecho, con la arenga.

—Se dirigen hacia Dancharinea. Hemos de alcanzarles antes de que crucen la muga. Los que queráis colaborar en el rescate de mi inocente hermana, los que deseéis hacer justicia a la entrañable Fermina, que nunca hizo daño a nadie, coged las armas y seguidme. No hay tiempo que perder. Quienes tengan montura, que la traigan. Yo iré a casa a pertrecharme y a reunir a mis criados. Esperadme en la puerta de Arralde. Ese malhechor no logrará salirse con la suya.

La mayoría de los hombres gritaron, enardecidos. No podían consentir que aquel desvergonzado huyera impunemente, burlándose de ellos. Estaba en juego el honor del pueblo. El párroco les animó mediante frases iracundas. Se encaminaron hacia sus moradas para proveerse de cuanto necesitaban antes de emprender la persecución.

Juan entró en su palacio del mismo modo en que un jabalí penetra en un sembrado. Llamó a gritos a los sirvientes y les conminó a que se preparasen para acompañarle. Se dirigió al armero y, además de pólvora y balas, tomó un arcabuz y unas pistolas, también una daga.

Cuando se disponía a salir, se presentó Isabel, vestida con un camisón y una toquilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó, asustada.

Su esposo la contempló igual que si fuera una cucaracha que se está deseoso de aplastar. Sus pupilas brillaban a causa de la furia. Temblaba de ira y de rencor. Alzó

la mano y le propinó un empujón que dio con ella en el suelo.

—Antes de que amanezca, correrá la sangre en el Baztán. Reza por quien te plazca; por mí, por él, por ella...

El hombre se echó una capa seca sobre los hombros. Su rostro se iluminó con una sonrisa demente. La mujer tuvo miedo. Fuera, clamaba la multitud, ladraban los perros.

El eco de un disparo soliviantó los oídos de Martín, quien, al momento, adivinó que les seguían. De un modo u otro, el hermano de Inés habría conseguido librarse de las ataduras y, tras llegar hasta Arizcun, había reunido una partida con la intención de darles caza. Ya era tarde para lamentar no haberle matado. Lo hecho, hecho estaba; no había vuelta atrás. Cruzó una mirada con su amada. La chica estaba asustada, pero se guardó de decirlo, pues no deseaba que su miedo influyera en el ánimo del agote que, ahora más que nunca, precisaba de todo su valor, de su pericia, para evitar que les alcanzasen. Sabía que le asesinarían tan pronto le cogieran.

La fatiga hacía mella en sus miembros. Desde aquella primera contracción, ocurrida justo al abandonar el carruaje accidentado, los calambres se venían repitiendo con un intervalo cada vez menor. Las fuerzas flaqueaban y su vientre parecía a punto de rasgarse. Estaba preocupada: faltaba más de un mes para que se cumpliera la fecha prevista para el parto, pero la criatura pugnaba por salir al exterior, cual si no aguantara más tiempo constreñida en la prisión de sus entrañas. Sabía que un alumbramiento prematuro, más aún en aquellas adversas condiciones, era sumamente peligroso, tanto para ella, como para su hijo. Sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

Detuvo el paso al padecer un nuevo latigazo. Él la observó, angustiado. Se encontraba exhausta a causa de la larga caminata. Habían tenido que abandonar el caballo al poco de reemprender la huida, pues, debido a la cojera causada por el accidente, el animal había sido incapaz de proseguir la marcha. A Inés también le resultaba difícil avanzar en aquella oscuridad invadida por la niebla. El terreno estaba húmedo y resbaladizo y hacía mucho frío. Su cuerpo, hinchado y torpe, se rebelaba contra ella; pero, gracias a la ayuda de Martín, a cuya mano se aferraba cual si estuviera ciega, seguía andando, inasequible al desaliento, en pos de aquella meta que ya no se le antojaba inalcanzable.

El viento trajo el ladrido excitado de los perros, las voces de los hombres.

Juan le entregó la pistola a uno de sus criados para que la cargara. Acababa de disparar contra el caballo que habían encontrado, renqueante, en la cuneta. El otro equino, uncido todavía al carruaje volcado, estaba muerto apenas una legua más abajo. El señor de Arralde se hallaba enajenado, preso de un arrebató que le empujaba a toda prisa montaña arriba, detrás de los huidos. Deseaba ser el primero en

encontrarles. Mataría al agote con sus propias manos. Entrar en Arizcun con su cadáver a la grupa mitigaría, en parte, el deshonor que significaba que todos supieran que Inés estaba embarazada.

Adivinaba que no estaban muy lejos. Sus lebreles, aquellos magníficos animales que en tantas cacerías de ciervo o de jabalí le habían auxiliado, olisqueaban el rastro de la chica en el aire espesado por la bruma. Les azuzó con un bramido. Pidió a los hombres que apretaran el paso. Comenzaba a amanecer.

—Aguanta, amor mío, falta ya muy poco —exclamó Martín, sin dejar de correr pendiente arriba. Cargaba a sus espaldas a la joven, del mismo modo en que había portado los sacos llenos de contrabando, junto a los saratarras, en ocasiones más felices. Su corazón estaba a punto de estallar a causa del esfuerzo sobrehumano. Inés se encontraba mal. Podía dar a luz en cualquier momento.

Adivinaba que sus perseguidores se acercaban cada vez más. No obstante, confiaba en mantener la ventaja hasta llegar a Sara. Habían abandonado el camino real para internarse en la montaña poblada de árboles, lo cual, además de acortar el trayecto considerablemente, dificultaría su captura. La niebla era su aliada; impediría que los hombres les vieran y, con un poco de suerte, confundiría por un tiempo a los canes. Ya estaba clareando, pero no se veía a cuatro pasos. Conocía el terreno a causa de sus actividades fraudulentas y sabía que quedaba poco trecho para llegar a la cumbre de aquella loma, en donde se alzaba el mojón que separaba ambos reinos. Luego, todo sería más sencillo. No se le ocultaba que la frontera no detendría a quienes conformaban la partida, pero también estaba seguro de que aquellos hombres nada se atreverían a hacerles en el pueblo de Beñat. Los Etcheverry les protegerían de su ira. Oyó voces, gruñidos. Su pecho se vació en un último esfuerzo.

De pronto, un grito resonó, desgarrado, a sus espaldas. Se sintió morir. Inés había roto aguas.

Juan escuchó aquel gemido en medio de la bruma, cada vez más espesa, pese al amanecer. Los fugitivos estaban más cerca de lo que había calculado. Sonrió al pensar en la captura y su mano se crispó en la empuñadura de la pistola. Volvió a animar a sus acompañantes que, incapaces de seguir el ritmo, insuflado por el odio, del palaciano, se habían quedado rezagados. De pronto, el señor de Arralde distinguió una sombra moviéndose furtivamente entre los árboles. Alzó el arma y disparó. Supo que había acertado. Un júbilo salvaje llenó su alma.

Martín depositó a Inés sobre la hierba húmeda de la ladera. Estaba desesperado. Se agachó junto a ella y la besó en la frente. Ardía. La sangre manaba a borbotones de su espalda.

—Resiste, mi bien, ellos nos ayudarán; todos te aprecian —musitó, refiriéndose a

los hombres que venían en su busca.

—Ya es demasiado tarde...

—No digas eso. Vivirás. La herida no es profunda. Nuestro vástago nacerá aquí, ahora. Será una niña y llevará tu nombre.

La voz de la muchacha fue un susurro entrecortado. Le iba faltando el aliento.

—Me hubiera gustado que fuese un varón, y que se pareciera a ti..., que fuera tu viva imagen...

—Será como tú dices...

—No sabes cuánto hubiera deseado ser feliz a tu lado; amarte, honrarte, cuidarte, concebir hijos tuyos... pero Dios no ha querido permitirnoslo. Fue demasiado grande nuestra osadía.

—¡Estamos aquí! —gritó él a pleno pulmón, para que no dejaran de oírle quienes les buscaban. ¡Venid a por nosotros!—. Notaba cómo la vida de la chica se iba extinguiendo rápidamente, cómo la parca merodeaba alrededor, igual que un pájaro invisible. Estrechó sus manos tratando de insuflarle ánimos. Estaban frías. Temblaban.

—Debes huir... Te matarán si te cogen...

—Mi lugar está aquí, contigo... juramos que no volveríamos a separarnos.

Inés le contempló con una tristeza infinita. Sentía que la muerte se acercaba. Cada palabra pronunciada le causaba un dolor insoportable. Contuvo el llanto a duras penas.

—Escapa, amado mío —dijo con un débil murmullo— y no busques venganza. Debes vivir... por mí, por nuestro hijo, por ti mismo... Quiero que seas feliz, que rías y que goces, que te enamores... Yo, allí donde me encuentre, me sentiré reconfortada... De alguna forma viviré en ti, gracias a ti, contigo... Te amo, Martín, te querré siempre, durante toda la eternidad... Te esperaré. Quizá el Señor nos acoja a ambos en su seno y tenga a bien concedernos la oportunidad que aquí nos ha negado... Júrame que vivirás. Júramelo.

El agote, con el rostro congestionado por el llanto, asintió emocionadamente al requerimiento de la joven, cuyo semblante se relajó en un gesto sereno. No reflejaba temor, sino placidez. A él le pareció que sonreía. La luz de aquella mirada límpida se apagaba para siempre. Se abrazó a aquel cuerpo aún caliente sin dejar de llorar con desconsuelo. Comprendió que Inés había muerto con su hijo en el vientre. Entornó los párpados amoratados de su amada y la besó por última vez. Aulló igual que un lobo malherido.

Juan encontró a Martín acucillado sobre el cadáver de su hermana. No pudo contenerse y rugió de rabia y de enajenación. El agote se giró lentamente y lanzó una mirada desnuda y triste, desolada, que rebotó en el endurecido corazón de su oponente. El señor de Arralde, al comprender lo que había ocurrido, caminó más

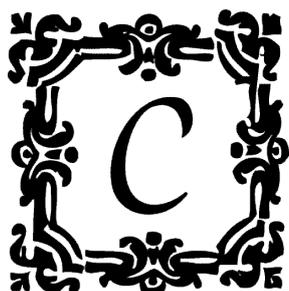
despacio, algo distanciado de quienes le secundaban. Su rostro estaba rígido. Alzó el brazo y apuntó con su segunda arma hacia el bozatarra que, sereno, cual si le diera lo mismo la vida que la muerte, se encaminó hacia él con paso quedo. Sonó un disparo. Martín no se inmutó. La bala había pasado rozando su cabeza. El palaciano llevó la mano a la cintura en busca de la daga, pero, antes de que consiguiera su propósito, se vio sorprendido por el rival, quien le asió de la garganta y apretó con todas sus energías, con aquella impotencia inconmensurable, aquel dolor que llenaba todos y cada uno de los resquicios de su ser. Justo cuando estaba a punto de estrangularle, se recortaron en la luz láctea del alba las alargadas figuras de quienes le seguían.

El joven soltó a su oponente y empuñó la pistola, dispuesto a vender cara su piel. Mas, de improviso, recordó las postreras palabras de su amada. Le había jurado que viviría y cumpliría su palabra. Debía, pues, huir. Quizá algún día llegara el momento del desquite. Dirigió una última mirada hacia el cuerpo inanimado de la chica y echó a correr, con toda la velocidad que sus piernas fueron capaces de imprimir, perdiéndose en la niebla.

El grito de Juan, enloquecido, atronó exigiendo a los hombres que disparasen contra el fugitivo. Nadie apretó el gatillo. Habían descubierto el cadáver de la chica tendido en la hierba, también habían reparado en su embarazo. Martín continuó corriendo. Coronó la cima y se internó en un bosque de hayas. Había cruzado la frontera.

El rumor grave de las voces se alzó en el aire algodonoso de la aurora. Alguien dijo que Inés había fallecido. La bruma era un sudario. Olía a tierra mojada. A muerte. A vida.

## Epitafio



umplí a rajatabla con la última voluntad de Inés. Surqué los mares, recorrí el mundo..., gocé, reí, quise, soñé..., me aferré a la existencia de manera insaciable, apuré cada copa, cada beso, creyendo que así mi amada viviría eternamente, convencido de que, si yo no la olvidaba, ella no estaría del todo muerta. Me sonrió la fortuna en tierras extranjeras, en ese mar Caribe que a todos, linajudos o plebeyos, soñadores o rufianes, varones honrados o enemigos de la ley, acoge con el mismo talante de ramera complaciente presta a pasar factura al mínimo descuido. Hice negocios arriesgados, a menudo inconfesables, y amasé una fortuna de un modo del que no estoy orgulloso, que no me resulta grato recordar. Di con mis huesos en la cárcel y escapé de ella en varias ocasiones. Fui perseguido por diversas coronas. Maté a más de un rival y a punto me hallé de fenecer a manos enemigas, pero salí de apuros con entereza, haciendo frente al peligro por grande que este fuera. El recuerdo de Inés y mi futura venganza, que estaba aguardándome al otro lado del océano, me insuflaban energías para continuar mis correrías. Fui un hombre libre, prosperé. No obstante, en el fondo de mi alma, permaneció incólume aquel agujero que ni el oro, ni el alcohol, ni las mujeres consiguieron llenar completamente.

Regresé al Valle, tal como había jurado, convertido en una persona respetable. Había suplantado al hijo de un baztanés emigrado al nuevo mundo a quien estrangulé con mis propias manos en el transcurso de un oscuro episodio de contrabando en el que ambos nos vimos involucrados. Aquello me dotaba de una nueva identidad, me daba un apellido, un origen, una cuna, que me harían ser aceptado por ellos. Nadie podría descubrir la impostura. Terminaba noviembre; el otoño se había instalado tanto en los bosques y prados como en mi corazón. Las dos décadas transcurridas desde que marchara me habían hecho más viejo y más escéptico. El tiempo y la nostalgia habían marchitado los deseos de desquite que una vez me llenaron. No obstante, quizá por un prurito de honor mal entendido, estaba decido a matar a Juan de Arralde.

Arribé a Arizcun un domingo a mediodía.

Antes, había pasado unas semanas en Sara, con Beñat y Catalina, con sus hijos; les iba bien, habían prosperado. Nada quisieron contarme de cuanto había acontecido en el Baztán durante mi ausencia.

Llovía intensamente. Los lugareños salían de la iglesia protegiendo sus cabezas del viento cargado de agua. Observé con atención y reconocí los rostros apagados de algunos bozatarras, sus miradas esquivas, sus frentes gachas... Supe que nada había cambiado.

*Anduve calle abajo hacia el predio de Arralde. Lo que encontré no hizo sino confirmarme la impresión recibida al avistar la casa desde el interior del carruaje. El antaño orgulloso edificio se hallaba ahora en ruinas. El tejado se había derrumbado y la hiedra trepaba por los muros ennegrecidos; las puertas y las ventanas se asemejaban a las cuencas de unos ojos sin vida. No me produjo impresión alguna ver de aquella guisa el solar de la familia de mi amada. Tal vez, en el fondo, esperase algo parecido.*

*Una voz a mis espaldas carraspeó los buenos días. Me volví lentamente. Un anciano me observaba con una luz enigmática brillando en el fondo de sus pupilas. No tuve que insistir para que relatará lo que había sucedido. Pese a que lo intuía, no pude resistir la tentación de escucharlo de sus labios.*

*Tras la muerte de Inés, la mayoría de los vecinos, incluidos sus propios criados, optaron por dar la espalda al señor de Arralde, que se tornó aún más oscuro, más irascible, y se recluyó en el interior del caserón, abandonándolo tan sólo en contadas ocasiones. Isabel falleció poco más tarde, a resultas de una brutal paliza propinada por su esposo quien, enajenado, ebrio de licor y de resentimiento, la acusaba de no querer tener hijos suyos, de procurar que su estirpe desapareciera con él. Los Yrigoyen se llevaron el cadáver y, pese a renunciar a pleitos, se dedicaron en cuerpo y alma a arruinar al asesino. Incluso sor Anastasia se alejó para siempre de Juan.*

*A partir de aquel momento, el hermano de Inés se convirtió en una sombra de sí mismo, en un espectro grotesco que, botella en mano, demente y amargado, deambulaba por las vacías estancias gritando y delirando, viendo fantasmas, inventando conjuras, imprecando a viva voz a cuantos transitaban por las inmediaciones.*

*Una noche de viento sur, en mitad de un verano caluroso, las llamas devoraron completamente el palacio. Los vecinos, que nada pudieron hacer por extinguir el fuego, encontraron el cuerpo calcinado de Juan, el último de los Arralde, entre los rescoldos aún humeantes de la pira. Dijeron que lo más probable era que él mismo hubiese provocado el incendio. Con su muerte se extinguía aquel linaje de seres orgullosos. Muy pocos lloraron aquella circunstancia.*

*Me despedí del anciano. Algo en mi interior me decía que adivinaba quién era yo. Caminé nuevamente hasta la plaza. Me sentía vacío, quizá decepcionado. Entré en el templo y el ruido de mis pasos resonó entre las gruesas paredes de la nave. Anduve muy despacio, hilvanando recuerdos, emociones, sentimientos, hasta detenerme junto a la sepultura de la casa de Arralde. Allí, bajo aquella lápida que ya no cobijaría a nadie más, reposaba mi amada. Me persigné y rogué por su alma. Pensé en ella. Evoqué su mirada, su rostro, su sonrisa. Escuché el eco de su voz. Por primera vez en veinte años, las lágrimas manaron libremente de mis ojos. Cuando mi corazón se quedó seco, cuando la tristeza dejó lugar a la nostalgia, me acuclillé y*

*deposité sobre la tumba un ramillete de flores silvestres. Salí. Llovía sin recato. La plaza estaba vacía, muerta como mis ilusiones. Monté en el carruaje que esperaba y, diciéndome que quizá lo sucedido fuera lo mejor para todos, que Inés sonreiría satisfecha dondequiera que se hallase, abandoné para siempre aquel valle que ya no era el mío, que, tal vez, nunca lo había sido realmente.*



Este libro se terminó de  
digitalizar  
en enero de 2012  
para el  
proyecto scriptorium  
de ePublibre



GAIZKA AROSTEGI CASTRILLO. Nacido en Portugalete el año 1965, es un viajero impenitente, además de lector febril y amante del cine. Ha trabajado como camarero, bobinador, electricista y músico. Ha recorrido Europa y Centro América tocando la guitarra en cafés y esquinas. En su faceta creativa, ha escrito y dirigido varios cortometrajes y documentales. Ha publicado un libro de relatos, *Made in Usa, Benetazco Zapore Amerikarra*, y algunas de sus narraciones han sido galardonadas en distintos certámenes literarios. El agote es su primera novela.